

GARRAS ROJAS



A pesar de las dos demoledoras derrotas sufridas en sendos enfrentamientos, tanto físicos como espirituales, en el este de Europa, los defensores de Gaia no se rinden. En la Novela de tribu: Garras Rojas, «Ojo de Tormenta», veterana de guerra, recibe el encargo de reunir nuevos guerreros y convertirlos en una manada que se enfrente al horror que ha engendrado el Wyrn en Serbia.



Philippe Boulle

Garras Rojas

Novelas de tribu - 5

ePub r1.1

TaliZorah 03.06.13

Título original: *Werewolf Tribe Novel 3: Red Talons & Fianna*

Philippe Boule, octubre de 2001

Traducción: Manuel de los Reyes

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0



Prólogo

Lobo y hombre



En cuanto el caribú se hubo apartado del rebaño, su suerte quedó echada. Lucha contra el Oso cargó a la par de Ojo de Tormenta, con el resto de la manada pisándoles los talones. Ojo de Tormenta se abalanzó sobre el costado de la bestia y Lucha contra el Oso le golpeó en lo alto de la paletilla. No pasó mucho tiempo antes de que otros cuatro lobos estuvieran también encima de él, desplomándolo en un estrepitoso amasijo de astas y pezuñas.

Salta la Liebre gañó cuando la bestia, en su pataleo, le coceó en el costado. Ojo de Tormenta y Lucha contra el Oso, los alfas, pusieron fin a los forcejeos de la presa mediante fuertes mordiscos en el vientre y en la garganta. Al poco, los demás asistían hambrientos a su festín. Corre sin Fatiga se acercó demasiado para el gusto de Ojo de Tormenta, que le mostró los dientes a su sempiterno rival. Su gruñido gutural, su pelo erizado y sus labios fruncidos citaban la Letanía de los Garou mejor que ningún Galliard: La primera porción de la caza para el de mayor rango. Corre sin

Fatiga se tiró al suelo y gañó, sometiéndose. Ojo de Tormenta volvió a concentrarse en su opípara comida.

Aquella noche de invierno, con la tripa llena, la manada de lobos durmió profundamente con la gracia de Gaia.



Mick aparcó su SLK 320 negro en doble fila enfrente del club Release, al sur de Londres, haciendo caso omiso de las luces largas del panoli al volante del VW que intentaba pasar por esa misma calle. La cola que conducía hasta el cordón de terciopelo ocupaba tres manzanas, mas él no le prestó atención. El gorila, un negro vestido de Armani de los pies a la cabeza que debía de pesar al menos cuarenta kilos más que Mick, le dedicó la típica mirada fulminante desde detrás de sus gafas de espejo, antes de apartar la cuerda. Mick sacó un billete de diez del bolsillo de sus pantalones negros de Prada y se lo entregó. En el interior, Stash se encontraba a los platos, produciendo un ritmo a dos tiempos que estaba consiguiendo enloquecer a la multitud. Hombres con trajes de mil libras se contoneaban junto a mujeres cubiertas por unos vestidos tan elegantes que revelaban mucho más de lo que ocultaban. Mick se paseó por en medio de todo aquello igual que un tigre en la selva, dejándose sentir, que no ver. Superpuesto a los aromas del sudor y la marihuana, podía oler el erótico almizcle resultante de mezclar libido y temor. Caminó en línea recta a través de la masa de bailarines sin que nadie llegara a rozarlo siquiera; de manera inconsciente, todo el mundo le abría paso. Aquellos danzantes cuyo instinto de supervivencia no era tan aguzado, hombres y mujeres por igual, lo observaban sin ocultar su deseo. Polillas para la llama, sin duda.

Llegó al pequeño entresuelo desde el que se divisaba toda la muchedumbre, enfrente de la garita del DJ. Uno de los reservados tapizados de cuero estaba vacío (desde luego) y se coló dentro. La camarera tardó un minuto en llegar con su Glenlivet. Bien hecho.

—Bueno, y, ¿de dónde eres? —La muchacha llevaba un modelo de Dolce y Gabbana que resaltaba su deliciosa figura. Entró en el reservado para sentarse junto a Mick con apenas un atisbo de aprensión. Atrevida.

—De muchos lugares —repuso Mick, sin mirarla—. En principio, de Croacia. —Su mente flotó diez años hacia atrás, al día en que su madre y él habían aterrizado en Gatwick. Sí, el pequeño Mika Gerbovic había sido un mocoso enclenque que no dejaba de llorar por su difunto papi, pero eso había ocurrido antes de que creciera, antes de que la Señora hubiese despertado al espíritu oscuro que se había traído consigo desde su tierra natal, antes del cambio. A mamá aquello no le había hecho ninguna gracia, claro que no.

Se dio cuenta de que la muchacha estaba balbuciendo algo y la atajó.

—Vamos arriba, ¿vale?

La expresión de su rostro era una ricura. La sala VIP del club Release era el sanctasanctórum de la movida nocturna, un lugar que aumentaba su leyenda con cada estrella del cine americano al que le cerraba sus puertas... y les había ocurrido a muchas. La muchacha salió del reservado y le ofreció la mano a Mick. Éste prefirió cogerla del brazo, sentir el calor de su sangre acelerada. Sí, el cambio había sido para bien, y Mick sabía que se avecindaba más. Aquel glorioso susurro áspero de su interior hablaba de una liberación, de que la tierra iba a soltar su más gloriosa semilla, aquello a lo que todos servían. Y qué nombre más hermoso tenía aquello.

Llevó a la muchacha hacia el exclusivo ascensor de hierro forjado que conducía hasta el piso de las personalidades y volvió a mirar abajo, hacia la pista de baile. Se preguntó si alguien conseguiría encontrar algún día a mamá bajo todo ese cemento.

Capítulo uno



—Jo'cllath'mattric.

Ojo de Tormenta permanecía en silencio, inmersa en la fronda de coníferas y en el gélido viento otoñal que envolvía a la Colina de las Lamentaciones, el cementerio sagrado de los Camada de Fenris que llamaban hogar al clan de la Forja del Klaive. Aquí era una visitante, apenas convencida de que el viaje a través del Ártico hubiese merecido la pena, pero éste era el lugar donde un amigo ocasional pasaba su tiempo en el túmulo y aquí era donde ella había esperado verlo.

En su lugar se había encontrado con una asamblea de aspecto ominoso. Había tres Garou en la colina, todos ellos en forma de Homínido. Dos eran oriundos del clan, y no dos Fenris cualquiera: el hombre era Faldas de Montaña, el recién designado guardián del túmulo. La mujer era Karin Jarlsdottir, líder del clan. Pese a ser homínida y Fenrir, Jarlsdottir era también una juez de la luna, de prestigio nada desdeñable. Ojo de Tormenta, nacida bajo la media luna al igual que ella, había oído hablar bien de ella en el seno de su propia tribu, al otro lado del polo, en lo

que los humanos llamaban Canadá. Los Garras Rojas no tenían fama de lisonjeros.

El tercero de los presentes, también una mujer lobo, acababa de musitar aquella única y temible palabra antes de desplomarse en los brazos de Jarlsdottir. Ojo de Tormenta la reconocía como a otra visitante procedente del otro lado del Atlántico, una Furia Negra estadounidense llamada Mari Cabrah. Como tantos otros, había acudido aquí para asistir a una importante asamblea pero, en lugar de regresar a su hogar, había acompañado a una manada de Fenris en una expedición hacia el corazón de Europa. Su misión consistía en corroborar las historias que hablaban acerca de una amenaza del Wyrn. El que estuviera ahí, sin duda herida y sola, no podía significar nada bueno para los guerreros Fenrir que habían viajado con ella.

—Gaia misericordiosa, ellos también no.

La voz, apenas un susurro incluso para el oído lobuno de Ojo de Tormenta, procedía de unos cuantos metros de distancia. De no haber hablado, Mephi Más Veloz que la Muerte podría haber permanecido oculto por tiempo indeterminado, aun cuando fuera él al que Ojo de Tormenta había venido a buscar. Mephi, trotamundos y explorador, no tenía rival en lo que atañía a moverse con sigilo, ni siquiera entre los miembros de su tribu, los Caminantes Silenciosos.

Más bajas, dijo Ojo de Tormenta, sin palabras, al tiempo que se acercaba a su antiguo compañero. Nacida loba y criada como tal, al igual que todos los Garras Rojas genuinos, Ojo de Tormenta hablaba el idioma de los lobos, consistente en gestos, miradas y movimientos. *Siempre, más bajas*.

—Intenté prevenirles —repuso Mephi, en la lengua de los Garou, curiosamente universal, una combinación de palabras humanas y movimientos lupinos que era uno de tantos dones

cedidos por la madre Gaia a sus favoritos. Parecía abatido, lleno de un profundo pesar que Ojo de Tormenta conocía de sobra. También él había partido de aquel lugar junto a una manada para desvelar trazas del Wyrn en Europa, y también él había regresado solo, con relatos que hablaban de la masacre de la manada, de un río corrupto y de un terrible espíritu del Wyrn que se revolvía en el sur—. Debería haber evitado...

—**Mostraos!** —La orden, medio grito, medio gruñido, procedía de la cima de la Colina de las Lamentaciones. Ojo de Tormenta se maldijo en silencio por haberse distraído. Tendría que haber sabido que el guardián Faldas de Montaña, pese a su reciente incorporación al cargo, no pasaría por alto la presencia de intrusos en ese lugar. Mephi y ella salieron de la espesura a largas zancadas. Ambos comprendían la conveniencia de acatar los dictados de un guardián enfurecido.

Faldas de Montaña levantaba unos sobrecogedores tres metros de alto en su forma guerrera de Crinos. Parecía que su pelaje gris reluciera en la noche, como si reflejara su rabia interior al tiempo que cubría al hombre lobo en que se había convertido. En cada mano aferraba una enorme hacha nórdica; sus fauces lobunas restallaban amenazadoras y terribles. También Karin había asumido su forma de Crinos, aunque su tamaño era menor que el de Faldas de Montaña. Permanecía agazapada junto a la maltrecha Mari, para protegerla.

El impulso de plantar cara y pelear fluyó a través de Ojo de Tormenta con la caricia familiar de un antiguo amigo, mas sabía que aquello era una estupidez. El guardián era un guerrero nato armado hasta los dientes. Más importante aún, cumplía con su deber. Aquel era territorio Fenrir, terreno sagrado incluso, y ella, como forastera, tenía que mostrar la debida deferencia. Agachó la cabeza y el rabo, antes de tumbarse en el suelo en señal de

acatamiento de aquel hecho. Observó que Mephi, pese a permanecer en forma homínida, bajaba la mirada y extendía las manos con las palmas hacia fuera, algo alejadas del cuerpo.

—Basta, guardián. —Karin Jarlsdottir retomó forma humana antes de continuar hablando—. Ambos son invitados del clan, no enemigos.

Faldas de Montaña compuso un gesto burlesco durante un segundo y se tragó su rabia, antes de asumir a su vez la forma de hombre. Las dos hachas ahora parecían inmensas en sus manos encogidas, aunque él no demostraba que le costara esfuerzo ninguno cargar con ellas.

—Más Veloz que la Muerte, lo conozco, pero no a la loba.

Ojo de Tormenta, respondió la aludida con un rápido aullido, *enviada de los clanes de los Pinos Celestes y el Cruce del Caribú*.

—Bienvenida, Hija de Dos Mundos —añadió Jarlsdottir—. No nos sobra tiempo para presentaciones. Me temo que hemos perdido a los mejores de entre nosotros, y debemos pertrecharnos para las inminentes batallas. Guardián, prepara las defensas del túmulo y dile a todos aquellos de los que puedas prescindir que se reúnan conmigo en la Casa del Vuelo de Lanza. Voy a llamar a los videntes y a los demás invitados.

Ojo de Tormenta se preguntó por qué habría empleado su nombre de guerra la cabecilla de los Fenrir. Sólo sus compañeros más allegados y aquellos que habían acudido a ella en busca de dictamen la llamaban Hija de Dos Mundos. De haber procedido de cualquier otra, se lo habría tomado como una afrenta pero, de labios de Jarlsdottir, constituía una muestra de respeto.

—Por favor —añadió la Fenrir—, conducid a Mari ante el Theurge Guardián de la Tejedora. Él cuidará de ella.

Ojo de Tormenta miró a Mephi de soslayo y rezó para que no la obligara a hacer algo que sólo podía acabar mal. Sólo una forma

resultaba apropiada para transportar a salvo a una persona herida, y no era una con la ella se sintiera cómoda.

—Está bien. Entendido. —Mephi cogió a Mari con cuidado de brazos de Karin Jarlsdottir y partió en dirección a la choza del vidente de los Fenrir. Ojo de Tormenta trotaba a su lado, con el hocico siempre vuelto hacia el viento. No tardaron demasiado y, al cabo, Mephi depositaba a Mari sobre una tosca cama en el hogar tradicional de Toren Guardián de la Tejedora. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones Garou y runas nórdicas, epopeyas del mundo de los espíritus y de sus defensores. Cuando Guardián de la Tejedora hubo comenzado a auscultar a Mari, Mephi comentó:

—Me parece que está en coma, completamente inerte.

No, ladró Ojo de Tormenta. *Sigue combatiendo.* ¿Cómo podía haberla sostenido en sus brazos sin sentirlo? Maldita fuera esa ciega forma de Homínido! Quizá sus músculos se mostraran relajados, pero su corazón palpitaba igual que una nube de tormenta. El inconfundible y sutil aroma de la determinación y la concentración emanaba de ella de un modo que cualquier lobo podría oler. Estaba concentrada por entero en una batalla que se libraba en su interior, empleaba toda su energía en mantener algo a raya. Un fetiche de algún tipo, dos grandes dientes de lobo, se hincaban en su muñeca y contribuían a concentrar sus esfuerzos. ¿Cómo era posible que no lo vieran? ¿Cómo era posible que Mephi se atreviera a decir tan a la ligera que estaba gravemente herida, quizá más allá de toda ayuda? Aquel era un túmulo de la Camada y se tomaba muy en serio el mandamiento de la Letanía que rezaba que no debía permitirse que nadie cuidara de uno en los momentos de debilidad.

—Tienes razón —dijo Guardián de la Tejedora, con una voz cálida que desmentía la reputación que tenía su tribu de

antisocial, así como su imponente constitución. Sus ojos grises atravesaron a Mari, desenfocados; señal de que el Garou estaba escrutando el mundo de los espíritus—. Hay un espíritu del Wyrn que tira de ella, pero lo está combatiendo. He de ser testigo de la batalla y ofrecerle todo el apoyo que me sea posible.

—Oh, no —dijo Mephi, con la mirada fija en una de las bandas reflectoras que le rodeaban los brazos. Desapareció de la vista cuando atravesó la Celosía para adentrarse en la Penumbra.

Ojo de Tormenta vaciló por un instante antes de imitarlo. Sintió cómo la sedosa Celosía la traspasaba y vio que el reino espiritual cobraba vida a su alrededor. Menudo espectáculo. La sencilla choza de Guardián de la Tejedora crecía en la Penumbra hasta convertirse en una fortaleza cuyas inmensas empalizadas se cernían sobre Ojo de Tormenta y Mephi. Las inscripciones y las runas se perdían en el infinito y recorrían las paredes, defensores además de vigías. En el centro de la cabaña se apreciaba el tenue perfil de la forma reclinada de Mari Cabrah. Era inusitado que un Garou presente en el reino físico se reflejara en la Umbra, pero peor aún era que dentro de su perfil se apreciara una astilla de maldad. El esbirro del Wyrn, pese a sus escasos treinta centímetros de longitud, seguía constituyendo una visión terrible, una serpiente negra enroscada dotada de membranosas alas de murciélago y de unas voraces fauces compuestas por tres mandíbulas.

—Oh, no —repitió Mephi—. Son ellos. Tengo que prevenir a los demás. —Dicho lo cual, regresó al reino físico. Cuando Ojo de Tormenta lo siguió, más despacio, tuvo que apresurarse para darle alcance mientras corría hacia la Casa del Vuelo de Lanza, desde donde Karin Jarlsdottir guiaba a su clan.

Los Fenris ya se encontraban inmersos en sus planes para cuando llegaron al salón. Alrededor de una docena de Fenrir, en

pie, se encontraban dispuestos en círculo, junto a una media docena aproximada de forasteros que, al igual que Ojo de Tormenta y Mephi, había acudido a la Forja del Klaive para asistir a la reciente asamblea. Aquella solemne reunión había comenzado como una especie de juicio y había finalizado con una profecía en la que tres manadas de Garou se enfrentaban a una misteriosa amenaza del Wyrn, donde las dos primeras habían sido ya poco menos que aniquiladas. Aquello no había sentado bien dentro de la Camada.

—Esto apesta a ese chaquetero de Arkady vendido al Wyrn! —exclamó alguien que Ojo de Tormenta no pudo ver, ganándose el estruendoso beneplácito de gran parte de la multitud.

—Bjorn Bardo de la Tormenta tiene razón, *Greifynya* —añadió alguien al que Ojo de Tormenta sí que reconoció—. La sangre de Arne Ruina del Wyrn ya salpicaba su abrigo, y ahora Brand Garmson y el Viento Helado se suman a su lista de víctimas.

Ojo de Tormenta se esforzó por suprimir un sonoro gruñido. El orador, un mozo marcado por dos astas de carnero que sobresalían de su ceño, se llamaba Grita Caos. También él había copado las miras de los asistentes a la asamblea. Era un acogido de la Camada que procedía de los Hijos de Gaia del clan del Alba, al que se le había pedido que reparara con su vida la muerte de Arne Ruina del Wyrn, el Fenris que había ocupado su lugar entre los de Gaia. Por medio de alguna incomprensible tradición Fenrir, había pagado ese precio de forma simbólica y se había sumado al clan en lugar de Arne. Ojo de Tormenta enseñó los dientes por un segundo, en señal de repulsa; vaya cachorro llorón, y qué afrenta más descarada contra la Letanía.

—Vengaremos a las manadas del Viento Helado y el Viento Errante —repuso Karin Jarlsdottir, con voz tan sosegada como firme, refiriéndose no sólo a los que se habían perdido con Mari Cabrah sino también a los desaparecidos compañeros de Mephi—.

Pero, si nos precipitamos, no conseguiremos más que aumentar las victorias del Wyrm. —Se encontraba sentada en una alta silla de madera, sosteniendo el enorme martillo que simbolizaba su oficio. Ojo de Tormenta sabía que muchos de los Fenris allí reunidos cuestionaban su liderazgo, que les zahería que fuese una mujer la que les diera órdenes. ☐ Bobadas de humanos! ¿Acaso las manadas de lobos no estaban encabezadas por dos alfas, un macho y una hembra? En cualquier caso, en estos tiempos aciagos, parecía que todos le prestaban atención, como cabía prever en época de guerra—. La Furia Mari Cabrah consiguió regresar de Serbia trayendo una única palabra: *Jo'cllath'mattric*. Nuestros hermanos de sangre murieron por esta palabra, así que debemos averiguar lo que significa.

Todos los Garou congregados arrastraron los pies, cabizbajos, escarbando en sus mentes para encontrar alguna respuesta. Ojo de Tormenta no había tenido tiempo de pensar en la palabra desde que se la escuchara pronunciar a Mari, pero aguijoneaba en el interior de su mente igual que un brote de urticaria. Desprendía el hedor de la lengua del Wyrm, pero no sabía decir si se trataba de un conjuro, de un nombre o de alguna especie de raza corrupta. Al fin y al cabo, el Wyrm poseía muchos rostros.

—Tiene que ver con el Tizza. Debe ser eso —dijo Mephi. Todos los Garou volcaron su atención en él—. La manada del Viento Errante pereció combatiendo a un grupo de Danzantes que estaban invocando al espíritu de ese río. Estaba completamente corrompido, era igual que una Perdición enorme o algo así. Recuperamos la piedra del sendero tras la que íbamos, pero no conseguimos detener la invocación. Vi cómo aquel ser se alzaba para romper una inmensa cadena de la Tejedora y, cuando ésta hubo caído, comenzaron a brotar Perdiciones de la tierra.

Al contrario que la manada del Viento Helado, la del Viento Errante no había estado constituida por Garou residentes en la Forja del Klaive, pero eso no impidió que una oleada de ira y pesar bañara a los Fenris reunidos ante la mención de la muerte de valientes guerreros de Gaia.

—Cabrah combate a uno de esos seres en este mismo momento. Está dentro de ella, o algo así.

—No es para tomárselo a broma —intervino otra voz. La mujer era joven y parecía fuera de lugar en el adusto salón nórdico de la Camada. Su atuendo comprendía todo lo que era aborrecible para Ojo de Tormenta: un diseño absurdo nacido del sentido de la estética de los humanos y tejidos infestados por la Tejedora. Resultaba evidente que se trataba de una de esas condenadas Moradoras del Cristal—. Lo normal cuando se pilla uno de estos bacilos del Wyrn es que sea juego, set y partido. Si está consiguiendo apañárselas, es que su reputación no le hace justicia.

—Bien dicho. —Karin miró a la Moradora del Cristal durante una fracción de segundo—. Julia, ¿verdad? ¿De Inglaterra?

—Julia Spencer del clan de la Antigua Ciudad, para ser más precisos. —Esbozó una sonrisa cargada de lo que a Ojo de Tormenta le pareció irrespetuoso desdén, pese a lo que Karin no se crispó lo mínimo.

—Las presentaciones fueron demasiado breves durante la asamblea. —Aquello parecía zanjar cualquier posible tensión entre ambas—. Pero estás en lo cierto, Mari Cabrah es una feroz guerrera espiritual. Ha de serlo para estar a la par de alguien como Jonas Albrecht. —Los Fenris congregados profirieron en sonoras carcajadas al escuchar la lacónica puya lanzada por su cabecilla contra el «rey» estadounidense de los Colmillos Plateados. La frivolidad y el sarcasmo no eran algo que interesara demasiado a Ojo de Tormenta, pero sabía apreciar la importancia de

unir al clan ante un peligro inminente—. Si las dos manadas que partieron de aquí se enfrentaron al mismo enemigo, hemos de esperar que ese enemigo responda.

La conclusión de Jarlsdottir demostró ser más que acertada cuando el silencio que siguió a sus palabras fue taladrado primero por un poderoso aullido, y luego por otro. El primero advertía del acercamiento del Wym, y el segundo llamaba a los Garou a las armas.

El clan de la Forja del Klaive estaba siendo atacado.

Capítulo dos



Aquella mañana de invierno, con el estómago aún lleno de carne de caribú, Ojo de Tormenta se despertó al cálido roce de Lucha contra el Oso, que acariciaba su pelaje despeinado por el gélido viento subártico. Se giró, remolona, y correspondió a su gesto. En verdad era el mejor de los lobos, más merecedor que ninguno del puesto de alfa. Todavía se acordaba del día en que se ganó su nombre, hacía ya nueve inviernos. Aquello había ocurrido antes de su cambio, cuando seguían siendo unos críos, cachorros en la manada de su madre.

Habían matado a un alce cerca de un río y los alfas estaban alimentándose cuando apareció un oso. Profirió un aullido y empujó a los lobos con la intención de robarles su pieza. Parecía que la manada iba a permitir que la gran bestia se saliera con la suya pero, antes de que nadie pudiera detenerlo, su hermano se abalanzó sobre él. Un lobezno añal solo jamás debería haber sobrevivido al enfrentamiento con un oso enfurecido, pero había elegido el momento preciso para atacar. Tras saltar sobre el lomo del coloso, había hincado los dientes en su hombro y había

mantenido su presa. Las poderosas zarpas del oso no podían alcanzar al lobato y, cuanto más se debatía, más se abría la herida entre las fauces del cachorro. La bestia, enloquecida, se había caído por la orilla del río, atravesando la fina capa de hielo hasta ir a parar al agua helada. A fin de no ahogarse, el oso había emprendido la huida. El recién bautizado Lucha contra el Oso regresó a la nieve para reunirse con su familia, y recibió una buena porción de la caza. Había demostrado el mismo fuego y la misma pasión la noche anterior, con el caribú.

Ojo de Tormenta se lamió el rocío del pelaje. El invierno estaba dando paso a la primavera, su calor no tardaría en hacerse sentir, y aquel era su sitio: una loba rodeada de lobos. Había cumplido con su deber para con la Nación Garou, para con la tribu y el tótem. Había peleado contra el Wurm y la Tejedora. Había visto a compañeros de manada reducidos a trizas por grandes Perdiciones. Había paladeado la amarga bilis de fomori moribundos entre sus fauces. Había llegado la hora de ser una loba, como lo era por nacimiento. De ser lo que era.

La manada se alejó del macizo de altas coníferas tras despuntar las primeras luces. Los añales, ladradores, jugueteaban, estableciendo rangos para después deshacerlos con una velocidad que quedaba reservada para los jóvenes. Salta la Liebre no parecía más resentido del golpe que la noche anterior, enfrascado en tumbar boca arriba a su compañero y pretender que era el alfa.

Corre sin Fatiga promulgó su autoridad a los jóvenes lobos con una serie de sonoros ladridos. Cuando Salta la Liebre hizo caso omiso, lo inmovilizó sobre el manto de hojarasca. El joven lobo ganó su sumisión, tal y como ella misma había hecho ante Ojo de Tormenta tras la última cacería. Aúlla al Alba, de dos años de edad, volvió a hacer honor a su nombre comenzando la llamada. Su aullido estentóreo barrió las laderas de las colinas estivales,

propulsado enseguida por la respuesta de Ojo de Tormenta y el resto de la manada...

Éste es nuestro territorio de caza, anunciaban, la tierra y las presas son nuestras para que las recorramos y las cacemos.

Ojo de Tormenta sospechaba que, a kilómetros de distancia, otra manada estaba percibiendo el último eco de sus aullidos y decidiendo que ese día irían a cazar a otra parte. Esperaba que quizá los espíritus de sus hermanos y hermanas víctimas del Wyrn escucharan también la llamada y se alegraran al saber que su hermana estaba donde debía. Los Garras Rojas llamaban a aquellas tierras el protectorado de los Pinos Celestes; los humanos, los Territorios del Noroeste; para ella era, sencillamente, su hogar.

Con una vigorosa sacudida, se desembarazó de las últimas gotas de rocío que salpicaban su pelaje y liberó su cabeza de aquellas ideas. La teoría y el arrepentimiento eran las muletas en las que se apoyaban los humanos. Ella era una loba. Observó con orgullo a los juguetones cachorros y se percató de que, si Gaia hubiera traído de vuelta una o dos lunas antes, sería ella la que los hubiera parido. *«Propiedad —pensó—. Otra muleta humana»*. Los cachorros pertenecían a la manada y ella era su madre alfa. *«Al diablo con el embarazo de Corre sin Fatiga»*.

Pronto estaban corriendo de nuevo y, para cuando el sol hubo tocado el horizonte del oeste, se habían alejado dieciocho kilómetros del lugar donde habían dormido. Lucha contra el Oso condujo a la manada por una cañada abajo para obtener algo de agua y reponerse, pero no todos los lobos lo siguieron. Salta la Liebre coronó la cresta de la colina y su postura cambió. *Presa*, dijo, con mayor nitidez de la que ningún humano sería capaz. *Una vaca que se ha alejado del rebaño. No nos ha oído ni oído. Es débil.*

Ojo de Tormenta se tensó, presa de la anticipación ante la perspectiva de disfrutar de dos comidas succulentas tan seguidas. Los

demás comenzaron a ascender por la colina, preparándose para seguir a sus alfas en la cacería.

Mas uno de los alfas no aparecía. Lucha contra el Oso se encontraba junto al pequeño riachuelo, lamiendo el agua. Se diría que se encontraba ajeno a todo, tal era la satisfacción que le proporcionaban el refrigerio y el descanso. Salta la Liebre se tensó, dispuesto a correr, y dio un primer paso, tentativo, para alejarse de su padre y alfa. Lucha contra el Oso se giró y ladró, y su hijo dio un respingo, atemorizado. El anciano lobo no corrió para amonestar a su hijo y compañero de manada extraviado, sino que lo inmovilizó con la mirada. Salta la Liebre se la sostuvo durante unos instantes interminables. Su actitud de desafío comunicaba de manera infalible lo que sentía ante la huida de la presa. Por fin apartó los ojos de los de su alfa y se tumbó en el suelo, en silenciosa sumisión. Los demás se aproximaron despacio hasta el agua, tal y como les conminaba Lucha contra el Oso. La comida del día anterior los sustentaría.

Más tarde, cuando la manada se detuvo a descansar por unas horas, Lucha contra el Oso habló con Ojo de Tormenta. Con unos cuantos barridos de su cola y unos movimientos de su cuerpo envejecido, transmitió su mensaje de forma diáfana. *Salta la Liebre te dará buenos cachorros cuando llegue el calor.* Aquella sencilla aseveración lo decía todo. Sólo el macho alfa de la manada podía aparearse, y ahora ése era Lucha contra el Oso. Para que Salta la Liebre pudiera engendrar descendencia tendría que desbancar a su padre, y para que éste abdicara tendría que...

Silencio, ladró Ojo de Tormenta. Los cachorros serán tuyos.

Estoy viejo y cansado, hermana, dijo, sólo con tumbarse. Éste va a ser mi último deshielo. Aquella afirmación carecía de tristeza y de amargura. Sólo había resignación. A la usanza del lobo.

Al cabo, mientras el resto de la manada dormía, Ojo de Tormenta dio un paseo. «*No era justo*», pensó, a su pesar. Ella tenía la misma edad que Lucha contra el Oso, el último superviviente de su camada. Sólo porque Gaia hubiera decidido concederle la piel cambiante, ¿por qué tenía que ser él y no ella el que se adentrara en la primavera a la espera de la muerte? Había dedicado sus diez inviernos a velar por la manada y los cachorros, conduciéndolos a cacerías con éxito y a veranos dichosos a pesar de los humanos y sus costumbres, campo abonado para el Wyrm. Ningún Galliard le dedicaría sus cantares y, sin embargo, era él el que había obedecido los mandamientos de Gaia. ¿Era ésa la justicia que imperaba en el mundo?

En ese momento, sus orejas se irguieron al escuchar el condenado sonido de un motor eructando y captó una débil vaharada de acre humo procedente de un tubo de escape. Fue entonces cuando supo que Lucha contra el Oso no iba a morir al olvido de Gaia.

Capítulo tres



El Himno de Guerra de los Fenrir era algo hermoso y terrible cuyo sonido recordaba al aullido de una tormenta invernal que descendiera sobre una solitaria aldea costera. Por desgracia, en esta ocasión la aldea era el propio clan de la Forja del Klaive de la Camada, y la tormenta era la furia desatada del Wym.

Ojo de Tormenta partió de la Casa del Vuelo de Lanza a toda la velocidad que le permitía su forma lupina, en dirección a la guarida de Toren Guardián de la Tejedora. Karin Jarlsdottir le había ordenado que defendiera del asalto a Mari Cabrah, que aún se debatía, y eso era lo que pensaba hacer. El sonido de la batalla procedía de todas partes, próximo y lejano a un tiempo; los gritos de guerra, casi jubilosos, competían con los terribles y estridentes chillidos de los condenados Danzantes de la Espiral Negra. Ojo de Tormenta comprendía ahora por qué habían sido tan pocos los Fenris reunidos en el Vuelo de Lanza: ya habían dispuesto una férrea defensa del túmulo, defensa que ahora estaba cosechando sus frutos en sangre de Danzante y gloria para los Fenrir.

Coronó la colina más cercana al hogar de Guardián de la Tejedora y se le pusieron los pelos de punta. Dos de los asaltantes del túmulo, seres vetados por Gaia, se alzaban ante ella en su propia versión corrompida de la forma guerrera de Crinos. Resultaba obvio que uno de ellos era una hembra, puesto que pendían de su torso lampiño hileras de mamas oscilantes. Su rostro estaba cubierto por tal cantidad de costra que Ojo de Tormenta se preguntó cómo era posible que pudiera ver nada. El otro Danzante, un macho, exhibía un pelaje de escamas verdosas y las membranosas orejas de un reptil. Avanzaban hacia la choza pese al asalto por parte del mismísimo terreno escarchado. Ambos cubrían distancias palmo a palmo entre los puñales de hielo y nieve que se formaban alrededor de sus pies a cada paso, efecto sin duda de los espíritus guardianes apostados por Guardián de la Tejedora.

Ojo de Tormenta no perdió impulso. De un poderoso brinco, planeó varios metros por los aires hasta cruzar el terreno abierto que rodeaba al hogar de Guardián de la Tejedora. Con la rabia hirviendo en su interior, dobló su peso y su tamaño mientras volaba, adoptando la sobrecogedora forma lobuna del Hispo. Aterrizó convertida en una avalancha de pelaje y colmillos encima del macho, derribándolo gracias a su inercia y cerrando las temibles mandíbulas alrededor de su hombro. Su sangre sabía a larvas y a putrefacción.

La Danzante profirió un alarido que recordaba al sonido del cristal al romperse y laceró el costado de Ojo de Tormenta con su zarpa. El dolor prendió como una llama viva, lo que no consiguió más que enardecer su cólera. Tras soltar al macho herido, se volvió para enfrentarse a su compañera, desnudos los dientes ensangrentados. La Danzante alzó la mano derecha, mostrándole a Ojo de Tormenta su propia sangre adherida a los aserrados garfios metálicos que remataban los dedos hinchados donde

deberían haber estado las garras. Ojo de Tormenta sabía que el macho aún no estaba fuera de combate, pero ahora era la hembra la que constituía la amenaza inmediata.

La Danzante dio un paso de lado, en círculos, procurando incitar a Ojo de Tormenta a alejarse de su compañero herido, pero se veía entorpecida por los espíritus que continuaban combatiéndola. Cada paso era una ardua tarea y, cuando bajó la mirada para volver a liberar su pierna, Ojo de Tormenta saltó. Fue directa a por la garganta de la Danzante, pero el esbirro del Wyrn reaccionó a tiempo de levantar los brazos y sacudirse de encima a la enorme loba feroz. Aquello le costó varios cortes y patadas que le propinó Ojo de Tormenta con los cuartos traseros, pero nada más.

Ojo de Tormenta terminó al otro lado de su enemiga, que se volvió y ululó un grito de batalla, al tiempo que se contoneaba en un baile alienígena. Aquel malévolo encantamiento consiguió alejar a los espíritus y le proporcionó a la Danzante sitio para pelear, para matar. Tras ella, su compañero comenzaba a incorporarse del suelo congelado, con el brazo izquierdo oscilando inerte de un hombro desgarrado y triturado. Una enorme lengua negra se escurrió entre sus fauces para lamer la inmundicia que le había salpicado el rostro. La sangre manaba de las heridas del costado de Ojo de Tormenta, heridas que se negaban a sanar. Sola contra dos Danzantes, se enfrentaba a una feroz batalla, pero la batalla era algo que nunca había asustado a Ojo de Tormenta. Y tampoco estaba sola.

El primero en llegar fue Mephi Más Veloz que la Muerte, haciendo honor a su nombre mientras surcaba la colina en su esbelta forma negra de Crinos. La Danzante, a todas luces el enemigo a batir, reparó en él a pesar de sus contoneos e intentó herirlo con sus garras metálicas. Mephi, pese a estar corriendo más rápido de lo que cabría esperar de ningún chacal o Garou,

esquivó su ataque sin dificultad, giró en redondo, se detuvo y trazó un arco ascendente con sus zarpas. Mephi, Galliard y viajero, no tenía fama de ser un guerrero excepcional, pero sus largas garras de Crinos abrieron a la Danzante en canal de un solo tajo.

El siguiente en coronar la colina fue Grita Caos. Apareció en forma de Lupus, aullando su propio grito de guerra. El Danzante se volvió para encararse con él, pero ya era demasiado tarde para el pobre diablo. Grita Caos ni siquiera redujo el paso para cambiar a la forma guerrera de Crinos. Las pequeñas astas de carnero de su ceño lobuno, la marca que señalaba su condición de metis nacido de dos Garou, crecieron a la par que el resto de su cuerpo. Agachó la cabeza y embistió al Danzante, enviándolo por los aires sobre el campo helado hasta un soto de árboles, donde uno de ellos lo esperaba con una rama extendida que empaló a la bestia.

El silencio que acontece tras el fragor y los aullidos de la batalla siempre es enorme. Los tres Garou permanecieron inmóviles durante unos instantes, sintiendo la ebullición de su rabia. Mas el silencio no era absoluto. Lo rompió un caótico trino apenas audible, procedente de las inmediaciones de Mephi... *¡La hembra!*

La Danzante de la Espiral Negra, tendida en un charco de su propia sangre negra, al parecer ajena a los anillos de intestinos enroscados en su bajo vientre, estaba cantando de nuevo. Como antes hiciera con los espíritus del calvero, su canción apeló a los corazones de los Garou. Cuando la pécora sostuvo en alto un roñoso trozo de cadena envuelta en alambre de espino y anzuelos aserrados, Ojo de Tormenta sintió que se inflamaba la herida de su costado. El dolor era lo único que sentía, y la canción de la Danzante, lo único que oía. Parecía que consistiese tan sólo en

estridentes balbuceos, salvo por una terrible palabra que culminó el *crescendo* del oscuro ensalmo:

—Jo'cllath'mattric.

Ojo de Tormenta acababa de reparar en la cadena dentada que descendía hacia el suelo escarchado cuando la canción fue interrumpida de repente por un sobrecogedor aullido. Ojo de Tormenta y la Danzante alzaron la vista al unísono para ver cómo una Garou en forma de Crinos, martillo en mano, caía del cielo. Ojo de Tormenta había visto antes a Karin Jarlsdottir en su forma guerrera, pero entonces había estado de cuclillas, protegiendo a una Mari derrengada. Ahora era una inmensa mole de furia y músculos, brotando de la Penumbra en las alturas para aplastar a la bestia del Wyrn que se atrevía a amenazar a su túmulo y su clan. Su martillo de juez la acompañaba, y no había duda acerca de la terrible finalidad del veredicto de aquella mujer sabia. En el preciso instante en que sus pies rematados en garras tocaron el suelo entre Mephi y la Danzante, trazó un arco con el martillo, utilizando hasta el último ápice de su impulso para incrustarlo en el cráneo y el corpachón de la invasora. Golpeó el suelo con un estrépito ensordecedor, semejante a una montaña que se desplomara sobre una mosca, y la perra del Wyrn dejó de existir. Ojo de Tormenta podía oír cómo los demás Fenrir aullaban su Himno de Guerra en respuesta al atronador martillazo; sin duda no era la primera vez que escuchaban a su *Greifynya* en combate.

—¡Adentro! —ladró Jarlsdottir a los Garou, con el gruñido lleno de rabia propio de la forma guerrera. Se volvió para mostrar el camino, salpicados su pelaje plateado y su gran trenza con la sangre de adversarios derrotados. Dejaron los cadáveres de los Danzantes al cuidado de los espíritus.

En el interior del robusto hogar de madera de Guardián de la Tejedora, el sonido de la batalla se amortiguó en parte, aunque

Ojo de Tormenta estaba segura de que el enemigo no estaba lejos. No se veía al anciano Theurge por ninguna parte, pero Mari Cabrah yacía donde la habían dejado. Tenía la camiseta y los vaqueros empapados de sudor. Sus ojos giraban enloquecidos bajo los párpados cerrados mientras se enfrentaba al ser de su interior. Una tosca gargantilla le rodeaba el cuello; probablemente un talismán o un fetiche que Guardián de la Tejedora habría dejado allí para ayudarla en su empresa. El brazaletes de dientes de Garou seguía constriñéndole la muñeca.

—De lado —dijo Jarlsdottir en cuanto hubo escudriñado la única estancia de la casa. Extendió su enorme martillo y los cuatro Garou observaron su superficie reflectora; de algún modo, las heces de la batalla no se adherían a él. El mundo físico no tardó en hendirse y se encontraron en el reflejo del túmulo en la Penumbra. No era un espectáculo agradable.

Las imponentes paredes cubiertas de runas de las fortificaciones de la Umbra se erguían a su alrededor, pero el cielo que los cubría ya no se encontraba en calma. Un sobrecogedor tifón espiritual, como Ojo de Tormenta nunca había visto (pese a su nombre), rugía en el firmamento de la Umbra. Guardián de la Tejedora estaba en lo alto de las almenas, agitando una gran lanza en dirección al cielo y las negras sombras que lo surcaban. A su alrededor bregaban espíritus de halcones, lobos y vientos que obedecían su voluntad y se enfrentaban a la arrolladora tempestad. En un segundo se había percatado de su llegada y bajó de un salto para unirse a ellos.

—Este ataque no es fortuito, *Greifynya* —informó. El Theurge era anciano y su pelaje de Crinos encanecía, pero sus ojos brillaban cargados de energía. Las runas y las inscripciones que cubrían su piel resplandecían de poder; los espíritus guardianes que comandaba le fortalecían para la batalla. Su lenguaje corporal

delataba las emociones que bullían en su interior: a partes iguales, preocupación por la seguridad del lugar sagrado que estaba a su cargo y anticipación ante la gran batalla para la que habían nacido todos los Fenrir—. Estos esbirros del Wyrn andan buscando algo.

—Opino lo mismo —convino Karin, cuya voz sonaba más diáfana en la Umbra, pese a su forma de Crinos—. Los Danzantes del reino físico pretendían distraernos mientras los espíritus se apropiaban de lo que habían venido a buscar. ¿Qué son estas cosas, Perdiciones? —añadió, indicando con un gesto las negras formas que ocupaban el cielo tormentoso.

—Yo nunca las había visto así, *Greifynya*.

—Pero yo sí —interrumpió Mephi—. Ésos son los seres que brotaron del erial próximo al Tisza. Me... me parece que han venido a por mí. —Admitir tal cosa suponía un trago amargo para un Garou que se había forjado su reputación eludiendo al Wyrn. Si había puesto en peligro al túmulo, su vida estaría en entredicho.

—O a por ella —sugirió Guardián de la Tejedora, señalando a la sombra de Mari en la Umbra—. El ser de su interior está vinculado a esa tormenta, de alguna manera.

Ojo de Tormenta, perdida en esa conversación, observó el caos arremolinado del cielo de la Umbra sobre sus cabezas. Podía ver cómo la nube espiritual destrozaba y reducía a pedazos los brillantes puentes lunares que habían unido a la Forja del Klaive con otros túmulos. Comenzaba a caer una lluvia de seres negros, espíritus tan abominables como hambrientos.

—Hay multitud de objetivos posibles. ¿Has conseguido serle de alguna ayuda?

—He hecho lo que he podido, *Greifynya*, pero esa batalla sólo puede perderla o ganarla la Furia.

—Le restas importancia a los beneficios de tus cuidados, como siempre, amigo mío. —La amplia sonrisa de Karin al borde de un

asalto a su túmulo daba cuenta de su intrepidez—. Ahora, regresa a las almenas. Pronto me reunirá contigo.

Guardián de la Tejedora recibí la orden con un pequeño ga nido y volvió a planear las corrientes de la Umbra de regreso a las murallas. No tardó en concentrar su atención en lo que a Ojo de Tormenta le pareció un lobo espíritu de algún tipo, aunque negro y ensa nado con el Theurge como si de un esbirro del Wyrn se tratara. Cuando volvió a fijarse en sus compañeros, éstos estaban siguiendo a Jarlsdottir de regreso al reino físico. Se unió a ellos.

La *Greifynya* había retomado su forma de Homínido y sostenía a Mari en sus brazos, apartado por un momento el gran martillo, cuando Ojo de Tormenta anduvo de lado.

—Mephi Más Veloz que la Muerte, ya has dejado atrás a estas Perdiciones en el pasado y te voy a pedir que lo hagas de nuevo, esta vez con algo de sobrepeso. —Su voz volvió a sonar diáfana.

—Um...  ad nde?

—Lleva a Mari hasta el rey Albrecht por la ruta que juzgues oportuna. Mari tendrá más posibilidades de librar su batalla rodeada de amigos y en su hogar; quizá también puedan proporcionarle algo de ayuda. Además, deberás correr la voz de lo que aquí acontece entre los demás clanes. Plantaremos cara ante el Wyrn durante tanto tiempo como nos sea posible, pero nos hará falta ayuda si queremos volver la batalla en su contra.

—Vale, me parece bien. —Mephi cogió un rollo de cuerda de lino de su mochila y envolvió a Mari con ellas de forma estratégica para crear un cabestrillo que le ayudara a transportarla. Parecía un bebé acunado en sus largos y delgados brazos de Crinos.

—Vete ya. El guardián no podrá mantener abiertos los puentes lunares durante mucho más tiempo. Haz honor a tu nombre,

Caminante. —Dicho lo cual, Mephi Más Veloz que la Muerte desapareció.

Voy con él, añadió Ojo de Tormenta en lengua de lobo, con un simple giro de cabeza. Ya casi había salido de la casa cuando la detuvo la orden de Karin.

—No, Ojo de Tormenta, tengo otra misión para ti. —La *Greifynya* le dio a la Garras Rojas la oportunidad de darse la vuelta antes de proseguir—. Es posible que las Perdiciones hayan venido en busca de Mari o de Mephi, pero no lo creo. Hay alguien más en quien podrían estar interesadas.

Volvió la mirada hacia Grita Caos, que la observaba con la boca abierta.

—Pero...

—Llévalo junto a Antonine Gota de Lágrima, a los Estados Unidos —dijo la *Greifynya*—. Procura que esté a salvo.

Ojo de Tormenta sintió cómo una rabia acíbar se acumulaba en su interior. Se le erizó el lomo. ¿Cómo podía pedirle la mujer que protegiera a ese estúpido? No hacía tanto, cuando llegó a la Forja del Klaive, Ojo de Tormenta se había contado entre los que exigían la ejecución inmediata del metis, sin ceremonias, así de débil había sido la resolución del párvulo frente a acusaciones sin fundamento. ¿Ahora tenía que velar por él? ¡Bra absurdo! Era...

Miró de soslayo a Jarlsdottir, que sin duda había leído sin problemas el lenguaje corporal de Ojo de Tormenta y mantenía clavados en ella sus ojos fríos e inflexibles. Era una orden de la *Greifynya* del túmulo donde ella era una invitada. Era una orden de la alfa, y la Letanía estipulaba que no se debía cuestionar al líder en tiempos de guerra. Ojo de Tormenta bajó la mirada, acatando así la orden de la cabecilla Fenrir, y se volvió hacia Grita Caos. No le sorprendió ver que aquel metis Hijo de Gaia, una violación ambulante de la Letanía, no lo veía todo tan claro.

—¡No! ¡Tengo que quedarme para defender el túmulo junto al resto de vosotros! ¡Ahora éste es mi hogar! No puedo marcharme.

—Grita Caos —comenzó Karin, con voz calma, aunque templada por la rabia suprimida—, el Contemplaestrellas Gota de Lágrima dijo que tú habrías de formar parte de una tercera manada, necesaria para derrotar esta amenaza. Sin esa tercera manada, muchos de los mejores guerreros de este clan ya han fallecido, y me temo que serán muchos los que se unan a ellos antes de que termine la batalla. Aprecio tu deseo de defender la Forja del Klaive, pero será mejor que vayas junto a Gota de Lágrima. Así que vete.

—Pero...

Jarlsdottir hubo adoptado su forma de Crinos antes de que los demás la vieran moverse. Su mano derecha saltó a la garganta de Grita Caos y su pie izquierdo avanzó hacia detrás de la pierna derecha del joven. Empujó hacia delante y Grita Caos cayó de espaldas, con las garras de Karin en la tráquea.

—¡Vete!

Ojo de Tormenta sacudió la cola, admirada. Para ser un Homínido, Jarlsdottir sabía comunicarse como un lobo cuando hacía falta. El crío de Gaia (que en esta compañía parecía más niño que nunca, pese a la corpulencia de su forma de Crinos) se levantó en cuanto lo soltaron y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, volvió a mirar a la mujer que lo había vapuleado tan a las claras.

—Ten cuidado —se despidió Karin, antes de caminar de lado.

En lobo, le dijo Ojo de Tormenta al muchacho. Observó cómo cambiaba hasta convertirse en un pequeño y delgado lobo gris, aún con pequeños cuernos de carnero. *Sígueme*, añadió, tras lo que salieron y se encaminaron hacia la Colina de las

Lamentaciones, donde estarían afianzados los puentes de luna que aún se tuvieran en pie.

Aún les quedaba medio kilómetro para llegar cuando el aire se abrió encima de sus cabezas con un sonoro chirrido. Un ser de pesadilla saltó del tajo practicado en la Celosía. Su forma era la de un enorme lobo, pero parecía hecho de pura oscuridad, resaltada por Perdiciones como hilos que reptaban por su interior. Sus ojos ardían con un malévolos fulgor verde y en sus fauces sostenía un jirón ensangrentado de carne de Garou.

Ojo de Tormenta reconoció el pelaje gracias a las runas que lo cubrían.

Capítulo cuatro



Sí, dijo Ojo de Tormenta, en un idioma de dientes desnudos, ojos clavados y pelos erizados.

No, repuso Lucha contra el Oso, de la misma manera, sosteniendo su mirada y levantando la cola ante el desafío a su autoridad por parte de su hembra alfa. *No es nuestro estilo.*

¡Sí!. Su gruñido precedió a un ladrido estruendoso y, de improviso, empezó a correr y a saltar, impulsada por su rabia. Lucha contra el Oso retrocedió de un brinco para tomar una posición más ventajosa, pero ella se movía más rápido de lo que ningún lobo sería capaz y, para cuando atacó, ya había cambiado. La imponente forma del lobo feroz Hispo le proporcionaba al menos cincuenta kilos de ventaja. El macho salió rodando igual que un cachorro.

Lo cierto fue que no se rindió así como así. No hubo chillidos agudos, ni gargantas abiertas de repente. Lucha contra el Oso gruñó, ladró y combatió como si aquella enorme loba cambiante fuese tan sólo uno más de los muchos retos a los que había hecho frente durante el transcurso de sus muchos inviernos. En vano.

En cuestión de segundos, la loba lo había tumbado de espaldas y aquellas grandes fauces rodeaban su garganta, con fuerza. Tenía dos opciones, rendirse o morir, así de sencillo. No había mucho donde elegir.

Sí, concedieron sus orejas gachas y su cola encogida. Sí.

Ojo de Tormenta se apartó del macho acoquinado y se redujo a la forma de una gran loba rojiza. Tenían que ponerse en marcha si querían encontrar a su presa.

Tardaron una hora, pero dieron alcance a los humanos cuando éstos detuvieron su vehículo en lo alto de una ligera elevación. El tiempo que había pasado Ojo de Tormenta entre los humanos le decía que aquel objeto era lo que llamaban una «ranchera» pero, por lo que a ella atañía, era tan sólo otra monstruosidad engendrada por la Tejedora. Tres hombres se encontraban de pie alrededor del objeto, comiendo y charlando. Los sonidos llegaron hasta los oídos de Lucha contra el Oso, pero éste no conseguía comprender las palabras. Ojo de Tormenta no tenía tanta suerte.

—Oye, Maurice —le dijo un hombrecillo rechoncho a su compañero sentado en el suelo del remolque—. ¿Ya sabías que Shauna ha vuelto a las andadas? —Llevaba el largo cabello negro recogido en una trenza.

—Pues sí. Una pena, ya te digo. —Maurice, más esbelto que su camarada, mordisqueaba algún tipo de vianda ya envasada—. Cuentan que se lo está pillando al Viejo Hubert. Los de la montada harían bien en encerrar a ese capullo de una vez por todas.

—El alcohol sirve lo mismo para pillar cogorzas que para pagar sobornos —intervino el tercero, al tiempo que aparecía al otro lado de la camioneta—. Eso es algo que Hubert sabe desde que nosotros éramos críos.

Ése, dijeron la mirada y el pelo crispado de Ojo de Tormenta, *el asesino de lobos*. Aun cuando ella no lo mentara, sabía que su compañero de manada discerniría que aquel hombre alto era el alfa de aquel grupo de humanos. Además de ser el más fuerte y atlético, caminaba con la seguridad de quien está al mando. La postura desgarbada de los demás y sus ojos, algo cautos, denotaban deferencia, incluso sumisión.

—¿Tú crees que podrás hacer algo cuando te nombren jefe, Gregory? —El que hablaba de nuevo era el bajo y gordo. Sus palabras brotaban entre migajas de bocadillo.

—No soy jefe, Dorion. —Gregory el alto se ruborizó al mencionar la palabra, no obstante. A lo lejos, Ojo de Tormenta supo que no tardaría en serlo—. El consejo de la tribu todavía respalda a Henry.

—El Viejo Hubert tiene a Henry en el bolsillo y el consejo lo sabe —dijo Maurice el delgado—. Esos tipejos de Asuntos Indios llegan desde Montana olisqueando junto a la montada y el consejo retira su respaldo antes de que te des cuenta. Además, deja de hacerte el modesto, porque tampoco eres la única alternativa viable.

—Eso, Gregory, que te vimos por la tele en Yellowknife hablando acerca de los derechos de la caza tradicional y tal. Sabemos que te debemos una por lo de la caza, y sabemos que tú lo sabes. ¿Sabes?

Gregory se volvió y se rascó la cabeza por un segundo, antes de proferir una sonora risotada.

—¡Venga ya, pues claro que lo sé, cretino! —Los tres hombres no tardaron en sofocar sus risas al unísono, igual que un rebaño de hienas chillonas. Ojo de Tormenta avanzó, con Lucha contra el Oso pisándole los talones.

—Está bien —dijo Gregory, al tiempo que rebuscaba en el interior de la camioneta—. Ahora que hemos espantado a todos los animales en veinte kilómetros a la redonda, pongámonos manos a la obra. —Sacó un rifle de gran tamaño.

Prepárate, dijo Ojo de Tormenta, con los músculos tensos y el pelaje erizado. Continuaron arrastrándose, acortando distancias, empleando los arbustos y las lomas a modo de cobertura. Mientras los humanos intercambiaban otra de sus chanzas absurdas, salió corriendo hacia la izquierda, a toda prisa, igual que si fuera detrás de una presa.

—¡Allí! —exclamó Maurice—. ¡Mira eso, debe de pesar lo menos cien kilos!

—Me parece que lo tengo a tiro —dijo Gregory, el alfa humano, mientras alzaba su rifle. A través de la mira telescópica disfrutaba de una espléndida imagen de Ojo de Tormenta... mientras que no tenía ninguna oportunidad de ver a Lucha contra el Oso, hasta que fue demasiado tarde.

—¡Cuidado! —gritó Dorion el gordo cuando divisó al enorme lobo gris que cargaba colina abajo. Mas su voz de alarma llegaba tarde, muy tarde, cuando la bestia ya había saltado y Gregory comenzaba a caerse. Maurice disparó su arma, pero no antes de que la sangre de Gregory se vertiera en el suelo. También Dorion disparó, pero fue aún más en vano, ya que el lobo estaba moribundo.

A medio kilómetro de distancia, en lo alto de una pequeña elevación, Ojo de Tormenta le dio la espalda a la matanza y emprendió el regreso al territorio de su manada. El hombre llamado Gregory ya no mataría a más lobos, y el nombre de Lucha contra el Oso sería recordado.

Capítulo cinco



Mick hizo un cuenco con las manos bajo el agua caliente que brotaba del grifo de cromo. La violenta iluminación de su cuarto de baño ponía de manifiesto hasta la última mota de mugre y porquería, y se había propuesto frotar hasta que no quedara nada. Tenía que frotar hasta que no quedara nada. El agua pasó de estar caliente a escaldar, levantando volutas de vapor del pulido lavabo de porcelana. Perfecto. Alcanzó la pequeña balda de cromo donde guardaba una añeja navaja de barbero y otros preciados útiles de aseo y presionó el difusor de Neutrógena una vez, dos.

El gel naranja se disolvió en una jabonadura blanca cuando lo frotó entre sus manos, hasta convertirse en espuma. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cara, rellenando con espuma hasta el último resquicio y recoveco de su rostro perfecto. Empleó los anulares para frotarse alrededor de las aletas de la nariz, y sus anchas palmas para esparcir el jabón, primero por las mejillas y luego por la garganta. Volvió a ascender, empleando todos los dedos para acariciarse la frente. Cuando le pareció que había frotado hasta el último poro, sumergió las manos en el agua para enjuagarlas. La

espuma había adquirido un satisfactorio tono rosado. No había otro jabón como Neutrógena para que saliera la sangre.

Después de aclararse el rostro con agua y palpase (frotarse jamás, sólo palpase) con una toalla limpia de algodón blanco para secarse, pasó la mano por el enorme espejo para limpiarlo de vaho. Su piel presentaba un leve rubor por culpa del tratamiento, pero desaparecería. Miró la toalla y vio que no la manchaba ni una sola mota de sangre. Como decía siempre, no había nada comparable a empezar el día con una buena limpieza.

El vapor había vuelto a empañar el espejo, sumergiendo su reflejo en una neblina gris. En esa niebla, veía cosas. En el agua corriente, oía cosas. Noticias, buenas noticias. Había gente que iba a acudir a él, gente con la que podría jugar de verdad. Mick sonrió al pensar en ello. Reparó en una mota de carne sanguinolenta atrapada entre el canino superior izquierdo y el incisivo. Cogió la seda dental.



La bestia hedía a Wyrms como nada que Ojo de Tormenta se hubiera encontrado antes, y se había enfrentado a más de un engendro a lo largo de sus diez inviernos. Cuando el ser dio un paso hacia delante, el olor a sangre y dolor emanó de él igual que enjambres de moscas de un cadáver al que se le hubiera dado una patada. Otros seres, bien fueran Perdiciones u otro tipo de espíritus de la putrefacción, reptaban y coleaban inmersos en las tinieblas de su pelaje y su cuerpo.

Grita Caos se irguió en Crinos y se aprestó para la batalla, pero el ser mantenía la mirada clavada en Ojo de Tormenta. Avanzó un paso más y, si es que su cuerpo era capaz de transmitir algún

mensaje, su postura parecía decir: «Eres mía, cachorra. Ríndete».

Ojo de Tormenta sintió cómo arreciaba su rabia. En esta ocasión, no ofreció resistencia. Las heridas de su costado izquierdo, aún en carne viva, ardían y azuzaban su cólera. El trago amargo que le había hecho pasar Karin Jarlsdottir al obligarla a hacer de señorita de compañía para aquel cachorro incestuoso de Gaia contribuía a enfurecerla, y se dejó llevar. El fuego de Luna prendió en sus venas cuando su esbelta forma lupina se agigantó en una fracción de segundo. Las zarpas delanteras se estiraron y agrandaron hasta convertirse en poderosos brazos recubiertos de pelo, y no tardó en erguirse cuan alta era su imponente forma de Crinos. Con todos sus sentidos enfocados tan sólo en el lobo del Wym, se propulsó y surcó sin dificultad los veinte metros que la separaban del ser. Con sus temibles garras extendidas y las fauces abiertas, profirió un grito de guerra cargado de rabia y cayó sobre el engendro.

Pareció que apenas se moviera, que se limitara a seguirla con la mirada. Cuando atacó, sus garras se hundieron en humo. Sus zarpas, brazos, y luego todo su cuerpo traspasaron al lobo hasta golpear el suelo. El ente del Wym se disolvió en una bruma salobre, en cuyo interior se arremolinaban los espíritus igual que un enjambre de langostas.

—Es una ilusión! —gritó el metis, que había avanzado para sumarse a la refriega.

Ojo de Tormenta no tardó en comprobar que el joven se equivocaba, no obstante, cuando sintió un dolor lacerante en el hombro. El lobo volvió a materializarse con las fauces cerradas en torno a ese punto, intentando derribarla. Ojo de Tormenta lanzó el brazo izquierdo hacia atrás y asió al ser por la espalda. Su pelaje era resbaladizo, como si estuviese cubierto de aceite, o de los

jugos de la carroña en descomposición. En cualquier caso, hizo presa, y sus garras se hundieron. Sintió que el mordisco se aflojaba una miera y tiró, arrancando al lobo del Wyrms de su espalda y arrojándolo contra un árbol cercano.

El ser planeó por el gélido aire, casi sin inmutarse. Se limitó a flotar, sin intentar en ningún momento contonearse para recuperar el equilibrio o encontrar asidero. Cuando se estrelló contra el árbol, pareció que se desintegrara igual que un puñado de arena apelmazada al golpear el suelo. De repente, fue una nube de humo negro y seres reptantes y, al instante, desapareció, igual que una pesadilla o un amargo recuerdo. Grita Caos proclamó vítores de victoria, pero Ojo de Tormenta no sentía ninguna satisfacción.

Su respiración se ralentizó cuando el torrente de frenesí remitió y las preguntas inundaron su cabeza. ¿Habría muerto? Seguro que no era tan fácil. Entonces, ¿dónde estaba? ¿Iba a regresar? Al librarse del acaloramiento de la batalla, fue plenamente consciente de que portaba su forma guerrera, algo que no ocurría desde hacía muchos ciclos lunares. Erguirse sobre dos piernas le resultaba extraño, así como ver el mundo desde aquella altura. Se acucilló para captar los olores del suelo y sintió que el fetiche de su brazo derecho se tensaba alrededor del bíceps. Estaba formado por el cañón retorcido del arma de un cazador, y alojaba a un alce espíritu que odiaba a los asesinos humanos casi con el mismo fervor que ella. En su forma de loba permanecía oculto por el mismo espíritu, pero ahora volvía a resultar visible. Lo miró de soslayo con su ojo bueno y le recordó al humano al que había arrebatado el cañón. Aquella sí que había sido una cacería gloriosa.

Revirtió a Lupus y se desprendió de los recuerdos del pasado. No era ése momento para reminiscencias. Tenía que poner a salvo a Grita Caos; ése era su deber para con Karin Jarlsdottir y los

demás. Miró de soslayo al metis de Gaia y éste reasumió su forma de lobo.

Cubrieron el último medio kilómetro a toda velocidad, conscientes de que el túmulo se estaba enfrentando a un asalto despiadado. Los gritos de guerra de los Fenrir y los Danzantes de la Espiral Negra rivalizaban en intensidad, y los olores del miedo, la ira, la sangre y el fuego se entremezclaban en el viento. Ojo de Tormenta se alegró de volver a escuchar el estrepitoso tronar del martillo de Jarlsdottir, y Grita Caos contribuyó con una serie de rápidos gañidos a los aullidos de beneplácito que levantaban ecos por todo el territorio de los Fenrir. Fue un grito bien distinto el que les dio la bienvenida cuando hubieron llegado a la Colina de las Lamentaciones.

—¡Santo Cristo en la cruz! —Julia Spencer, la Moradora del Cristal que estuviera antes en el Vuelo de Lanza, apelmazaba el escarchado suelo otoñal con sus botas—. Genial.

Vamos, dijo Ojo de Tormenta con un brusco ladrido lobuno. Se dispuso a invocar a las Lúnulas que le garantizarían el acceso al puente lunar que cruzaría el Ártico y la llevaría de regreso a su hogar. Desde allí, emprenderían un arduo viaje hasta llegar a Albrecht, en Nueva York, pero era factible. Acababa de levantar apenas la voz en un aullido de súplica a los espíritus cuando la Moradora del Cristal habló de nuevo.

—No malgastes saliva, los puñeteros puentes ya no están. —El rostro enjuto de Spencer adoptó un aire que a Ojo de Tormenta le costó esfuerzo reconocer; parte abatimiento y parte desafío, con una pizca de sarcasmo. La opacidad de los humanos podía llegar a resultar frustrante en ocasiones, y en esta ocasión lo empeoraba el hecho de que las gafas tintadas de la mujer le ocultaran los ojos con la misma eficacia que su abultada chaqueta enmascaraba su lenguaje corporal. De hecho, se cubría con un despliegue de telas

típicamente incomprensible. ¿Para qué necesitarían los humanos capa sobre capa de ropa? ¿Cómo ibas a correr o a pelear con los pies envueltos en caucho y cuero?

—¿Qué ha ocurrido? —Grita Caos fluyó a su forma de Homínido para hablar con la Moradora del Cristal.

—¿Le has echado un vistazo a la Penumbra en esta última hora? No es un espectáculo agradable.

—Se ha desencadenado algún tipo de tormenta.

—Enfatiza ese «algún tipo», cuernos de azúcar. Es la primera vez que veo algo así, y las Lúnulas se han vuelto locas. Los puentes desaparecieron antes de que pudiera llegar a ellos. Así que me he quedado bastante pillada, como vosotros. —Una vez más, las palabras de Spencer eran derrotistas, en contraste con la altanería de su lenguaje corporal.

—¿Qué pasa con Mephi Más Veloz que la Muerte? —Ojo de Tormenta empleó la lengua Garou, más adecuada para las preguntas de ese tipo. Quién sabía hasta qué punto era capaz de entender a los lobos aquella niña Moradora.

—¿Alto, oscuro y chacal? ¿Con una mujer en brazos, igual que en un cuento de hadas? Consiguió meterse en el último puente antes de que se desatara la tormenta. Si está bien o no, no tengo ni idea. —Miró a lo lejos y pisoteó el suelo—. Espero que sí. A todos se nos ha acabado la suerte.

—No. —Ojo de Tormenta miró a Grita Caos—. Iremos a campo traviesa. Por el hielo.

—Por el hielo. —Grita Caos tragó saliva—. Hasta Canadá.

—¿Sabíais que ahí fuera acechan Danzantes con cara de rata? —Intervino Spencer—. Además, por aquí no hay hielo apelmazado, así que tendríais que meteros en Finlandia, a lo mejor hasta en Rusia. Eso es una locura. Tendríais más posibilidades si os quedarais y combatirais junto a la Camada, o incluso si os

enfrentarais a la tormenta y al... —Miró alrededor, sopesando la idea—. Vosotros dos no le haríais ascos a una pelea, ¿no? Es decir, sabréis pelear.

Ojo de Tormenta se limitó a mirarla, rígida y con los pelos de punta. Ignoraba el dolor de sus heridas, que no parecían tener ninguna prisa por cicatrizar.

—Bueno, me tomaré eso como un sí. —Sacó un pequeño disco negro de uno de los múltiples bolsillos de su abultado abrigo. Lo abrió para revelar un pequeño espejo—. Entonces, vámonos. —Caminaron de lado para entrar en el infierno.

La tormenta que habían visto antes cerniéndose sobre el túmulo estaba barriendo ahora el suelo con furia desatada. En la Penumbra, las tierras santificadas como los túmulos podían exhibir un inmenso esplendor, y la Forja del Klaive no era ninguna excepción. La Colina de las Lamentaciones, sobre la que se encontraban, era ahora un vasto montículo cuajado de regias lápidas de piedra que señalaban las tumbas de los héroes Fenrir. Las fosas estaban vacías, puesto que sus habitantes aguardaban la llegada del Apocalipsis en la otra vida.

Ojo de Tormenta sabía que también debería ver las altas murallas de runas de la fortaleza de Guardián de la Tejedora, así como el flamante fulgor del deshecho Yunque de Tor del que el túmulo tomaba su nombre. Mas la tempestad era lo único que alcanzaba a ver. Las lápidas desaparecieron en la arrolladora masa de nubes y Lúnulas enloquecidas antes de que hubiesen coronado la cima. Todo lo que quedaba a los pies de la colina había sido absorbido por la tormenta.

—¡Sujétame! —exclamó Spencer, cuyas ropas restallaban al viento de la Umbra—. ¡Deprisa!

Grita Caos cambió a Crinos y cogió a la mujer homínida con su brazo izquierdo, mientras hundía las garras del derecho y de los

pies en el suelo para afianzarse. Ojo de Tormenta sabía que no iba a ser suficiente; el viento parecía decidido a arrojar a aquellos intrusos a su dominio. Fluyó a su vez a la forma guerrera y asió del brazo a Grita Caos. Con el otro brazo, se ancló a la lápida más próxima y se mantuvo firme gracias a su considerable poder. Empero, el viento era muy fuerte y continuaba arreciando.

—¡Gracias! —La Moradora del Cristal, ya algo más segura, metió la mano en otro de sus muchos bolsillos y extrajo una especie de tablilla de plástico gris. Ojo de Tormenta no podía ver con claridad qué estaba haciendo, pero sintió cómo se tensaba Grita Caos. Un haz, una luz, una chispa o tal vez un ascua salió despedida de la tablilla.

Ojo de Tormenta, con las garras aplicadas a la tarea de no soltar la piedra, se arriesgó a alzar la vista. La tormenta lo eclipsaba todo aunque, cada cierto tiempo, las nubes se arrebuñaban como si quisieran permitir un atisbo de la Umbra que rodeaba al túmulo y a la tempestad. En cierta ocasión, Ojo de Tormenta vio la estrella roja que, para algunos, vaticinaba la venida del Fénix y la batalla final. En otras, vio la tenue regularidad reluciente de Urdimbre, la desquiciada trampa de realidad de la Tejedora. Aquel brillo, o al menos una hebra del mismo, se estaba aproximando.

—¡Preparaos! —chilló Spencer, por encima del aullido incesante, y asumió su forma de Crinos. Era delgada y cimbreña para los estándares Garou, con el pelaje marrón y gris oculto bajo atavíos dedicados, pero el cambio de tamaño bastó para que Grita Caos estuviese a punto de perder su presa—. Perdona —se disculpó, no sin cierta timidez, cuando hubo recuperado la verticalidad.

Fue en ese momento cuando Ojo de Tormenta se percató de los chasquidos y levantó la cabeza para ver un horror distinto a

cualquier Danzante de la Espiral Negra o lobo del Wyrm. El ser era tan grande como un perro de buen tamaño, dotado de un cuerpo bulboso y plateado. Sus patas larguiruchas eran engranajes de cromo articulados. Sus múltiples ojos eran lentes negras y su pequeña mandíbula, un taladro. De su abdomen hinchado salía un trémulo hilo por el que descendía del firmamento, atusándolo con sus patas traseras. Una Araña Tejedora. Una Araña Tejedora en un túmulo. Aterrizó delante de ellos y se posó en el suelo igual que un cuerpo saciado encima de un cadáver.

Antes de que su cólera pudiera impulsarla a actuar, Ojo de Tormenta oyó cómo la Moradora del Cristal chillaba:

—¡Arriba! ¡Rápido! —Dicho lo cual, se dispuso a trepar por la Urdimbre y Grita Caos, pobre infeliz, también. A Ojo de Tormenta no le quedó más remedio que imitarlos.

La escalada resultó sorprendentemente sencilla al principio. Aunque la tela restallaba a uno y otro lado a merced del viento de la Umbra, las rachas más violentas y los espíritus que transportaban nunca conseguían alcanzarlos. Ojo de Tormenta no era ninguna experta en cuestiones espirituales, pero supuso que los engendros del Wyrm procuraban evitar la Urdimbre. Aquello aumentó sus preocupaciones.

El tiempo, al igual que las distancias, es bastante flexible en la Umbra, por lo que Ojo de Tormenta no pudo decir que había transcurrido mucho tiempo hasta que hubieron capeado el temporal. No fue una transición gradual a través de cirros nubosos cada vez menos densos, sino una emergencia súbita, semejante a romper la superficie del agua salobre para llenarse los pulmones de aire fresco. Al mirar abajo, Ojo de Tormenta vio que la arrolladora masa de la tormenta seguía rugiendo, aunque ahora parecía que se encontrase a kilómetros de distancia. Al mirar arriba, vio el cielo de la Umbra, cuajado su firmamento por los

blancos cuerpos celestes y por la profética estrella escarlata. La Urdimbre, ahora mucho más límpida pero, de algún modo, alejada hasta el infinito, a pesar del hecho de que resultaba obvio que el hilo por el que ascendían estaba unido a ella.

Fue en ese momento cuando comenzaron los problemas. Al principio, unos bichos diminutos salieron de la tela entre sus dedos, tejiendo finísimos hilos que los adherían a ella. Ojo de Tormenta apartó la mano en un acto reflejo y rompió las hebras de un tirón.

—Seguid —dijo la Moradora del Cristal, Spencer—. No permitáis que os aprisionen. —Continuaron ascendiendo, arrancando hilos palmo a palmo—. Vaya, aquí vienen. —Señaló hacia delante en el hilo, donde unas fornidas siluetas negras bajaban en dirección a los Garou—. Parece que hay un montón.

—¿Qué son? —La voz de Grita Caos acusaba una nota de pánico.

—Arañas Cazadoras. Protegen a la Urdimbre de todo lo que amenace su integridad. —Miró hacia abajo para dedicarles lo que parecía una sonrisa—. Como nosotros.

—Tenemos que salir de la tela. —La solución estaba clara para Ojo de Tormenta, si bien no tenía ni idea de cuáles podían ser las consecuencias que tendría un salto al vacío en la Umbral. No creía que pudiera acarrear nada bueno, pero parecía mejor idea que enfrentarse a un sin fin de Arañas Tejedoras—. Ahora.

—Todavía no. Si...

—**M**irad! —Grita Caos señaló hacia abajo, más allá de Ojo de Tormenta, o puede que fuese detrás de ella, puesto que la gravedad no parecía tener demasiado sentido en el mundo de los espíritus. Se volvió, medio esperando encontrarse con más Arañas Cazadoras, o quizá con los enfurecidos espíritus del Wyrms de la tormenta, subiendo para envolverlos de nuevo... cualquier cosa

menos lo que sabía que iba a ser: el lobo del Wyrn, que salía de la tormenta siguiendo el hilo como si éste fuese una senda mil veces hollada. Ojo de Tormenta hizo cuanto pudo por aprestarse para la batalla, adoptando una postura semierguida sobre el hilo, sin dejar de flexionar y estirar las piernas para evitar que la inmovilizaran los infatigables espíritus de la Tejedora.

—Vaya, por fin un poco de suerte. —Spencer hizo caso omiso de las miradas de perplejidad de sus compañeros y volvió a sacar su tablilla. Ojo de Tormenta pudo ver que se trataba de una especie de objeto de la Tejedora, con una pantalla brillante que exhibía imágenes. Utilizaba un palito o un lápiz para activarlo mientras lo sostenía en la palma de la otra mano—. A ver si así... A la de tres... dos... uno... *Voilà*.

De repente, el hilo de la Urdimbre al que estaban agarrados se distendió por completo. Cuando Ojo de Tormenta vio el motivo, no pudo reprimir una sonrisa. Detrás del lobo del Wyrn, ascendiendo por la hebra que había hilvanado antes y que ahora volvía a devorar, se encontraba la Araña Tejedora que convocara Julia. Si el lobo del Wyrn corría igual que la brisa sobre tierra firme, la Araña deshacía su obra igual que un viento huracanado. Cubrió la distancia que la separaba del lobo en cuestión de segundos y se produjo una inusitada batalla. Hilachos de humo negro del Wyrn y enloquecidas fibras de hilo de la Urdimbre se mezclaron en un nudo que nublaba el pensamiento.

—Eso mantendrá ocupada a la tela de la Forja del Klaive, pero todavía tenemos que ocuparnos de las Cazadoras. —La Moradora del Cristal quebró los hilos que le rodeaban los tobillos, señaló con gesto ausente hacia arriba y volvió a concentrarse en su tablilla—. Yo os sacaré de aquí, pero tendréis que ganar algo de tiempo.

La Araña Cazadora que iba en cabeza se encontraba muy cerca. Seis de sus ocho patas con garfios, negras como el carbón, se movían por el hilo sin dificultad, mientras el par delantero se extendía hacia delante. Éstas últimas estaban rematadas en garras y cuchillas, y se abrían y cerraban sin cesar. Ojo de Tormenta pasó por encima de sus compañeros y se dispuso a enfrentarse al ser de la Tejedora.

«*Hermano Alce* —llamó en silencio—, *concédeme tu fuerza*».

Sintió cómo se tensaba el cañón alrededor de su bíceps, cómo se aflojaba y cambiaba cuando el espíritu de su interior despertó por primera vez desde hacía un año. El fetiche reptó brazo abajo y sus músculos se abultaron, imbuidos del poder del espíritu. Durante un segundo, la consciencia del lobo y la manada se diluyó y dio paso al bóvido y al rebaño. Rodeada de cientos de los suyos, esgrimió toda su fuerza y poder.

Su consciencia volvió a aplicarse a la empresa que tenía entre manos en el preciso instante en que una de las garras aserradas de la Araña se lanzaba hacia ella. Se zafó lo mejor que pudo sin soltar el hilo y esquivó la primera acometida. En ese momento actuó el segundo apéndice delantero, trazando una trayectoria recta hacia su pecho. En vez de volver a esquivar, no obstante, asió la pata por encima de la cuchilla, evitando que se incrustara en su torso. Cambió su peso y sintió cómo fluía el poder de su fetiche cuando tiró con todas sus fuerzas. Con un chirriante sonido metálico, el miembro se soltó de la articulación de la araña, arrastrando consigo un pedazo de las entrañas del ser. Ojo de Tormenta arrojó el apéndice a la Umbra y el espíritu de la Tejedora retrocedió varios pasos.

«*Gracias, Hermano Alce*».

La Araña Cazadora, claro está, distaba de sentirse disuadida. Sus refulgentes ojos azules se clavaron en Ojo de Tormenta

mientras una nueva pata salía desdoblándose de su interior. La Garou se dispuso a repeler otro ataque, consciente de las otras arañas que descendían por el hilo detrás de su líder.

—¡Ya está! Vamos.

Ojo de Tormenta echó un rápido vistazo a su espalda. Una fina línea temblorosa se arqueaba procedente del cielo de la Umbra sobre sus cabezas. Una senda lunar. Gracias a Gaia.

—¡Saltad! —gritó Spencer, y saltaron.

Capítulo seis



El hilo sedoso tiró del costado de Ojo de Tormenta cuando el encanecido Morador del Cristal hubo suturado la carne. Su pelo gris y la barba jaspeada enmarcaban un rostro ceñudo cuajado de arrugas que hablaban de muchos años de lucha. Sus ojos verdes se ahueaban tras unas lentes de aumento que contribuían a distorsionar aún más su aspecto.

Julia Spencer, la joven Moradora del Cristal que los había sacado de la Forja del Klaive, apareció en el umbral.

—¿Todo en orden, Geoffrey?

—Vamos a ver, ¿invitaste a una Araña Tejedora a un túmulo de los Fenrir, Julia? —Los ojos del anciano no se apartaron en ningún momento de los primeros auxilios que dispensaba. Spencer se apoyó contra una pared próxima en la serie de desvanes reconstruidos que servía de hogar al clan de la Antigua Ciudad—. ¿Sabes que los Garou tenemos leyes contra ese tipo de cosas? No sé si te sonará una bagatela que nosotros llamamos la Letanía.

Ojo de Tormenta se mordió la lengua cuando el anciano pasó de ocuparse de las heridas de su costado a las de su hombro.

Estaba tendida en una mesa metálica elevada, y se sentía fuera de lugar por completo en su forma de lobo en lo que podría tomarse por un moderno hospital de campaña.

—Verás, Taylor —repuso la joven Moradora del Cristal—, lo que tú estás haciendo se parece un montón a ocuparse de las aflicciones de otro. —La paráfrasis de la Letanía estaba bien traída, pero también consiguió erizar el lomo de Ojo de Tormenta, dado que era ella la que estaba permitiendo que ocurriera.

—No es lo mismo, Julia, querida. Incluso los Garras y los Fenrir hacen alguna que otra concesión a fin de remendar sus heridas y poder continuar combatiendo. —Ojo de Tormenta sabía lo veniales que eran tales concesiones, aunque tenía la impresión de que cumplir con la orden directa de Jarlsdottir suponía excusa suficiente. El macho Morador del Cristal, que se había presentado como Geoffrey «con G» Taylor, permanecía impertérrito—. No hay excusa para tratar así a un túmulo. Ninguna en absoluto.

—Estoy segura de que tú habrías sido el enviado perfecto para asistir a la asamblea, Geoffrey. ¿Es ahí adonde quieres ir a parar?

—Lo que intento decirte, Julia —tensó un punto lo bastante como para que Ojo de Tormenta diera un respingo—, es que enviar a una cachorra para hacer el trabajo de un adulto fue una equivocación. Ahora es cuando la jefa se ha dado cuenta. —Esbozó una torva sonrisa.

—¿Y qué hace falta para ser adulto, Geoffrey? ¿Tener miedo hasta de tu propia sombra y lamerle el culo a la jefa? ¿Es ése el motivo por el que estás aquí con nosotros y no con el resto de tu equipo en Hastings?

La aguja y el hilo cayeron al suelo.

—¡Escucha, lobezno! Estoy dispuesto a...

—¡Basta! —Ojo de Tormenta se sentó y permaneció en forma de Lupus, ladrando en la lengua de los Garou—. Permanecer en la

Forja del Klaive constituía una amenaza para el túmulo porque los seres del Wyrn nos estaban buscando. Julia Spencer actuó con arrojo pero con acierto. Llamó de nuevo a la Araña y el hilo de la Urdimbre se deshizo. El túmulo está más a salvo gracias a su acción que nosotros aquí atascados.

—Me pregunto si la Camada opinará lo mismo.

—Es Jarlsdottir la que tiene que decidirlo, no tú. —Ojo de Tormenta fulminó a Taylor con la mirada, retándolo a cuestionar sus palabras. Spencer y Grita Chaos permanecieron clavados en el sitio, congelados por la tensión del momento. Transcurrieron varios minutos.

—Cambia a Homínido o a Crinos —dijo Taylor, al cabo, con la mirada gacha—, para que cicatricen los puntos de sutura. Bastará para que llegues a donde queréis ir, pero esas heridas del Wyrn tardarán algún tiempo en cerrarse.

Ojo de Tormenta descendió de la mesa de un salto y sintió cómo crecían sus músculos en la forma del lobo feroz. La piel cubrió los puntos de sutura y el pelaje se abrió paso de nuevo allí donde había sido afeitado. El dolor de las heridas infligidas por la Danzante y el lobo del Wyrn seguía allí, si bien algo atenuado.

—O a Hispo, qué más da. —Taylor se volvió hacia su compañera de tribu—. Qué amigos más majos, querida. Por aquí, la jefa está esperando.

Taylor los condujo fuera de la enfermería hasta el entresuelo desde el que se dominaba el patio interior del túmulo de los Moradores del Cristal. Por lo que podía ver Ojo de Tormenta, todo el lugar se encontraba dentro de un enorme edificio con aperturas en lo alto para beneficiarse de la escasa luz del sol que brillaba sobre aquella ciudad. Había una especie de jardín en el patio, aunque a ella no se le ocurriría llamarlo natural. Allí era a donde los había conducido la senda lunar; parecía que había muchas

otras estancias alrededor y por encima de aquel sitio. Todo aparecía pulcro y bruñido, semejante a un valle tras una nevada, antes de que las liebres hayan tenido tiempo de imprimir sus huellas. Pero por todas partes se veían paredes y techos. Incluso el patio estaba hacinado en medio de cemento, acero y cristal. No podía ocultarse la presencia de la Tejedora.

Llegaron a un claro en un extremo del jardín, donde se habían reunido varios Garou y algunos humanos miembros de la Parentela. Éstos se delataban al observar atónitos a Ojo de Tormenta, una inmensa loba feroz que caminaba junto a tres humanos. Todos ellos estaban sentados sobre el exuberante césped. Ante ellos había varias tablillas como la de Julia, aunque de mayor tamaño. Presentaban teclas y botones que algunos de los humanos apretaban con una rapidez vertiginosa.

—Bienvenidos al clan de la Antigua Ciudad —saludó una mujer pelirroja, mirando por encima del hombro de uno de los usuarios de las tablillas. Hablaba en Garou, para la visible consternación de varios Parientes—. Espero que Geoffrey haya hecho un buen trabajo, Ojo de Tormenta. Me llamo Nicola Corre por el Río, la supuesta anciana de esta turba de alborotadores. Creo que os interesará acercaros y echarle un vistazo a esto. Al parecer, tenemos un invitado.

Ojo de Tormenta y los demás se acercaron al grupo de Parientes y miraron a las pantallas de las tablillas. Tuvo que forzar su vista lobuna para concentrarse en las imágenes planas a fin de distinguirlas, ignorando el parloteo de los Moradores del Cristal acerca de las excelencias de las «líneas sin cables», fueran lo que fuesen éstas. La tablilla del operador de la Parentela exhibía una imagen del triste cemento del exterior de la ciudad. Había un vehículo negro en una esquina.

—Eso está a una manzana de distancia. El Mercedes lleva ahí media hora. Acabamos de enviar a una manada.



Mick apretó las teclas de control del CD del salpicadero hasta que encontró un ritmo agradable y envolvente. Le molestaba mucho no haberse fijado antes en aquel almacén reconvertido. Hasta que aquella deliciosa voz rasposa no le hubo conducido hasta allí, ni siquiera se acordaba de haberlo visto, y eso que había pasado más de una noche interminable conduciendo por esas calles hostiles en busca de nuevos lugares de reunión y alguna que otra compañera de juegos.

Vaya, que aquello no era normal.

Un guardia de seguridad salió del edificio y caminó hacia el coche de Mick. Qué interesante. No podía verlos, pero olía a los otros que se movían por los tejados y los callejones. De lo más interesante.

—Disculpe, señor —dijo el guardia, cuando se hubo acercado a la ventanilla. Portaba un uniforme claro, portaba una porra de policía y un transmisor receptor—. ¿Puedo ayudarle?

Mick esbozó una sonrisa e inhaló el almizcle lobuno del hombre.

—Pues sí, hombre. ¿Trabajas en ese edificio de ahí?

—¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Verás, organizo bailes nocturnos y estoy buscando nuevos espacios. —Las mejores mentiras eran siempre las que se aproximaban a la verdad. Mick le entregó una tarjeta de visita al pobre muchacho—. Me estaba preguntando si podría alquilar el local

durante un par de días. Ya sabes, para montar una fiesta. Bien remunerado.

—No, no se alquila, señor. —El guardia no cogió la tarjeta y le dedicó a Mick su mirada más inflexible—. A lo mejor tiene más suerte si mira más adelante.

«Uuy, qué miedo». Mick sonrió y puso el coche en marcha.

—Vaya, qué pena. Voy a mirar más adelante.

Cuando hubo dado la vuelta a la esquina y el guardia hubo desaparecido del espejo retrovisor, observó la negrura absoluta que encharcaba el suelo del coche, y a la feroz sonrisa lobuna que flotaba en esa oscuridad.

—Pronto, mascota.



—Parece controlado, se acabó. —Little Tim Bolyn, el Hijo de Gaia que cumplía el turno de guardia esa noche, parecía frustrado por radio—. Era sólo un agente o algo así.

Ojo de Tormenta miró de soslayo a Corre por el Río y vio la expresión preocupada de la mujer. Pensó en que había oído hablar de ella en un par de ocasiones, una guerrera Fianna que se codeaba con los Moradores del Cristal. Al parecer, había ascendido hasta ostentar el mando, y sin perder sus instintos de guerrera.

—De acuerdo —dijo Corre por el Río al aparato de comunicación—, pero ándate con cuidado. Blake, a ver si puedes seguir a nuestro hombre durante unas cuantas manzanas, sólo para asegurarnos de que no vuelve a revolotear por aquí. Corto. —Se volvió hacia uno de los Parientes y añadió—: Mac, sé tan amable de comprobar su matrícula con la DGT, ¿quieres?

Los congregados se afanaron en sus actividades y Nicola Corre por el Río dejó de acucillarse y se incorporó.

—Todo el mundo a su despacho, voy a poner al corriente a nuestros invitados.

Mientras los diversos Garou y Parientes se dirigían a las habitaciones que dominaban el jardín, Corre por el Río llamó a su lado a los dos recién llegados y a Julia.

—¿Cómo iban las cosas por la Forja del Klaive cuando te fuiste, Ojo de Tormenta? Julia me ha contado algo.

Ojo de Tormenta, todavía en su imponente forma de Hispo, se sentó cerca de la líder del clan. Mostraba la debida deferencia, que no sumisión. Ese clan hedía demasiado a Wyrms y a Tejedora como para que un Garras Rojas se sintiera a gusto. Utilizó el lenguaje del lobo, quizá para poner a prueba a aquella homínida.

No muy bien, pero los Fenrir luchan con valor. El túmulo resiste, aunque la batalla es feroz.

—Eso mismo es lo que sabemos del clan del Cielo Nocturno. Al parecer, el margrave y Jarlsdottir le han dado una patada al Wyrms donde más duele, para que haya reaccionado de esta manera. —Se diría que la Fianna no tenía ningún problema para comprender las palabras de la loba, aunque seguía empleando el Garou.

—¿Y el clan del Alba? —La voz de Grita Caos se quebró al mencionar su clan natal.

—Me he puesto en contacto con Pisa la Mañana y estamos preparando una respuesta. Te envía sus mejores deseos.

Tal vez los seres sean un cebo, añadió Ojo de Tormenta. Debilitan las defensas de otros túmulos para que también éstos puedan ser atacados.

Corre por el Río esbozó una sonrisa.

—Tienes madera de líder, Garras. Por eso ha llegado la hora de contraatacar. Si intentásemos abrir los puentes lunares, nos encontraríamos con un batallón de Perdiciones ante nuestras narices. Por suerte, el Wyrn ha elegido asediar unos túmulos bien protegidos.

Tenemos que llegar hasta el Contemplaestrellas Gota de Lágrima. En las tierras de Albrecht.

—Eso me ha dicho Julia, pero no creo que cruzar un puente lunar sea buena idea. Hasta que no comprendamos mejor este fenómeno tormentoso, Pisa la Mañana y yo creemos que lo mejor será limitar el tránsito por los puentes. Intuyo que cruzar el charco es poco juicioso.

Pero tenemos que llegar allí.

—Estoy de acuerdo, y creo que Julia debe de estar a punto de proponer una ruta alternativa.

Ojo de Tormenta no le había prestado mucha atención a Spencer, que se había acercado a una de las tablillas de mayor tamaño para teclear los botones mientras Corre por el Río y ella parlamentaban. La Moradora del Cristal levantó la cabeza y les regaló una sonrisa de satisfacción.

—Tres billetes para el Concorde. De Heathrow al JFK en menos de cuatro horas.

Capítulo siete



La manada de lobos avanzaba hacia el sur cuando Ojo de Tormenta les dio alcance. Formaban una línea que seguía el rastro de un alce en medio de la nieve primaveral. Los añales que cerraban la comitiva oyeron cómo se acercaba y levantaron las cabezas, animados, ladrando su identidad para que lo oyeran los mayores. Corre sin Fatiga y Salta la Liebre se dieron la vuelta y reunieron a la manada. Lo que había sido un desfile de cazadores se convirtió en una atropellada barahúnda de cachorros excitados y adultos más cautos.

Ojo de Tormenta mantuvo firme la mirada y el paso cuando dos de los añales llegaron corriendo hasta ella y le lamieron la quijada, a la espera de comida regurgitada. Consiguió desembarazarse de ellos antes de ver a Salta la Liebre, inmóvil, con la cola en alto en actitud dominante.

Lucha contra el Oso ya no está, proclamó con algunos movimientos y aún menos sonidos. Ha matado a uno de nuestros enemigos y vamos a cantar por él.

Levó la cabeza al cielo oscurecido y profirió un sobrecogedor aullido lastimero, canción que conocía como Endecha por los Caídos. Ensalzaba a aquellos que habían muerto por Gaia, propagando sus nombres para que los espíritus del viento y las estrellas los transportaran y fuesen recordados para siempre. Aunque Gaia permanecía siempre a la escucha, las canciones entonadas con el corazón y por toda la manada eran las que mejor se recordaban. Ojo de Tormenta no tardó en darse cuenta de que la suya era la única voz que se escuchaba.

Los cachorros paseaban de un lado para otro, presas de su propia ansiedad. Algunos estaban tensos, erizado el pelo pero lánguidas las lenguas, como si dijeran «*Esto está mal*» con cada fibra de su ser. Otros parecían rendidos a la nada, tendidos en el suelo, lamentándose en silencio.

Dices que Lucha contra el Oso ha matado a un rival, repuso Salta la Liebre con un gruñido quedo, pero hemos oído disparos de asesino y gritos humanos. No lo entiendo.

Ojo de Tormenta caminó despacio hacia Salta la Liebre, el lobo que iba a convertirse en su macho alfa, sobreponiéndose a la frustración.

No, gañó, a un lobo rival, no. Mató a un hombre.

Fue como si hubiese descargado un golpe sobre el enorme lobo gris, que reculó de repente.

¿Por qué atacó el hombre a Lucha contra el Oso?. Su pregunta, enunciada con rápidas zancadas y creciente ansiedad, sólo consiguió aumentar la tensión de los jóvenes.

No lo hizo, ladró Ojo de Tormenta. Cazamos al hombre asesino de lobos y lo matamos.

Salta la Liebre agachó la cabeza y frunció los labios. Se le pusieron los pelos de punta y roncó un gruñido enojado y peligroso desde lo más hondo de sí.

Esto está mal. Vete.

No. La respuesta de Ojo de Tormenta fue sencilla e inequívoca. Su forma se hinchó hasta convertirse en el corpulento Hispo que podría aplastar a toda la manada. La rabia hervía en su interior. *Ésta es mi manada y tú eres mi compañero.*

Eres una cambiaformas, Ojo de Tormenta Mata al Hombre. Nosotros no. Era Corre sin Fatiga la que hablaba, la hembra más anciana, después de la propia Ojo de Tormenta. *Tus costumbres no son las nuestras. Tu lugar no está entre nosotros.*

☒ *Soy una alfa!*. Ojo de Tormenta gruñó, con sus doscientos kilos de músculo e ira pugnando por liberarse. ☒ *Obedeced!*

No, respondieron al unísono Salta la Liebre y Corre sin Fatiga. Ambos eran fuertes, estaban dispuestos a luchar, y a morir. Ojo de Tormenta podría matarlos a ambos sin ningún problema. Sólo tenía que liberar su rabia abrasadora y la terrible forma de Crinos se apoderaría de ella. Dos lobos no tenían nada que hacer frente a un Garou rabioso. Sería tan fácil...

Ojo de Tormenta dio media vuelta y salió corriendo, rumbo al norte. No volvió la vista atrás.

Capítulo ocho



Ojo de Tormenta había procurado no gritar desde el momento en que llegaron a Heathrow. Por si fuese poco que hubiera tenido que asumir su forma de Homínido, débil, sorda y con el olfato de un cachorro recién nacido, ahora se encontraba a bordo de algún tipo de ingenio de la Tejedora que iba a llevarlos al otro lado del océano.

Tragó saliva y sintió la garganta áspera como una lima. Intentó reducir el pánico al mínimo, diciéndose que hacía años que conocía aquellos aviones. Los había visto surcar el cielo subártico. Incluso había llegado a acercarse a varios de ellos con su manada. Al fin y al cabo, su especie la consideraba una erudita en cuestiones humanas.

¶ero meterse en esa punta de flecha gigantesca era bien distinto! Hasta el último instinto de su cuerpo, lampiño y embutido en esas ajustadas ropas homínidas, se rebelaba contra aquello. ¶ra una locura!

—Esto... —comenzó, y se maldijo por enésima vez por haber empleado la lengua Garou. Una rolliza mujer humana, más gorda

que cualquier vaca que Ojo de Tormenta recordara haber visto jamás, se quedó mirándola con la boca abierta, tras no haber oído más que un sonido animal brotando de sus labios. Ojo de Tormenta se calló y comenzó de nuevo en un inglés susurrado—. Esto no me parece buena idea.

—No nos queda más remedio —repuso Grita Caos, con voz queda. Se tocaba con una gorra de lana que resolvía de forma pasable el problema de sus astas. Con suerte, los mismos espíritus que había convocado Julia para conseguir que el retorcido fetiche metálico de Ojo de Tormenta pasara desapercibido para los humanos contribuirían también a camuflar su deformidad. Ambos estaban situados en una esquina de la sala de espera de British Airways reservada para los pasajeros del Concorde, mientras Julia se ocupaba de un último recado en algo que llamaban Sala de Portátiles.

—Si queremos llegar a los Estados Unidos —continuó el Hijo de Gaia—, ésta es la vía más rápida.

—Está mal. Está mal fiarse de la Tejedora.

—Julia sabe lo que se hace. Tú misma se lo dijiste a ese cretino de Geoffrey. —Dio un sorbo de la botella de agua que le había pedido a la camarera antes de que se fuese Julia.

—Ese cretino estaba retándola por la superioridad, pero no le faltaba razón. Invocar a una araña de aquel modo fue muy arriesgado. Corriendo tantos riesgos sólo se consigue invitar al desastre.

Julia ocupó el tercer asiento frente a la diminuta mesa redonda a la que estaban sentados.

—Vosotros dos, a ver si bajáis la voz un poquito, que estáis asustando a los demás pasajeros. —Asintió con la cabeza hacia su izquierda, donde un niño humano los observaba con ojos como platos. Continuó, en un susurro—: El caso es que traigo buenas noticias. He comprobado mi correo electrónico y, al parecer, una

amiga que tengo en los Estados Unidos está en Nueva York en viaje de negocios. Ha accedido a echarnos una mano cuando aterricemos. Nuestros asientos están asegurados y vamos a embarcar en cuestión de minutos.



Cuando la voz del hombre de British Airways tronó por el intercomunicador para llamar a la puerta de embarque a todos los pasajeros del Concorde con destino a Nueva York, Mick echó un vistazo a su reloj. Los buenos de BA, siempre a tiempo. Tiró su ejemplar del *Times*, pulcramente doblado, a una papelería de diseño y se incorporó a la cola.

Una docena de pasajeros lo separaban del trío, que a sus ojos se asemejaban a un enorme pez fuera del agua. Sintió cómo su maletín se estremecía y susurró un quedo «Calma, mascota» para apaciguarlo.

Y pensar que antes se había considerado afortunado. Esto iba mucho más allá del mero intercambio de sangre y poder. Ahora tenía un propósito. Dirección. Un plan.

Para empezar, su nueva mascota y él se encargarían de los tres cachorrillos de ahí delante. Luego le llevaría sus pieles a la Señora.

La misma Señora a la que sólo había visto la noche de su Primer Cambio, pero que ahora lo llamaba a América. Y después, después sería el día de Jo'cllath'matric.

Esbozó una franca sonrisa cuando le entregó su tarjeta de embarque a la azafata. Tenía un aspecto delicioso, pero la emoción que sentía era tal que había perdido el apetito.

Por ahora.



Ojo de Tormenta (o «Rebecca Sterling», según el pasaporte estadounidense que había conseguido Julia gracias a sus espíritus aliados) no podía soportarlo más. El frío zumbido mecánico de los motores del avión. Los incesantes comentarios de los demás acerca de viajar más rápidos que el sonido. La panoplia de absurdos entretenimientos en las pequeñas pantallas que todo el mundo había sacado de sus asientos. La enorme cantidad de alcohol que todo el pasaje parecía decidido a ingerir.

De puro milagro había conseguido dormirse en algún momento cuando el agotamiento de los últimos días se le vino encima, pero eso sólo le había proporcionado sueños en los que se veía arrastrada por un inmenso río, por encima de cataratas hacia unas rocas que poseían el aspecto y el olor de las fauces de un gran lobo negro. Se había despertado aterrorizada y Julia había tenido que convencerla para que no cambiara de forma y redujera a trizas aquel engendro de la Tejedora. Podía saborear la furia en su boca.

Por fin habían aterrizado, lo que constituía todo un alivio, y habían salido de aquella cosa olvidada de Gaia, pero todo había ido de mal en peor. El aeropuerto John F. Kennedy parecía diseñado a propósito para enfurecer a Ojo de Tormenta. Allí donde mirara veía rebaños de humanos trashumando de acá para allá, divididos a partes iguales entre los que estaban perdidos sin remedio y los que se abrían paso entre ellos igual que alces entre la maleza. Por todas partes chillaba la gente, lloraban los niños, y unas voces mecánicas, tan monótonas como incomprensibles, barruntaban algo desde algún punto sobre sus cabezas. Si alguna

vez había existido un rebaño que necesitara sanear su población, era aquel. Para colmo de males, los oídos la estaban matando.

—Respira hondo, Rebecca —apostilló Julia—. Ya casi estamos fuera.

«Casi» implicaba otra media hora de apretujones en medio de las ovejas humanas, de soportar que un sabueso patético olisqueara su equipaje, y de pelearse para conseguir que un destartado coche amarillo se los llevara. A partir de ahí, un mar de vehículos y canales de asfalto que desembocaban en cañones de cemento, antes de sumergirse en otro océano de lastimera y maloliente humanidad hasta coger un lóbrego tren que se adentró aún más entre traqueteos en aquel erial urbano, a veces sobre plataformas elevadas, a veces a través de largos túneles oscuros.

El atuendo que le habían prestado a Ojo de Tormenta estaba empapado de sudor (otro ejemplo de la debilidad humana) para cuando hubieron desembarcado y se adentraron en la estación subterránea. Aunque hedía a herrumbre y a putrefacción, y la luz sufría para llegar hasta allí, al menos no había muchos humanos. Ojo de Tormenta se quitó por fin las ridículas gafas de sol que Julia había insistido en que se pusiera para camuflar su ojo izquierdo. Por si necesitaba otra prueba que demostrara que la humanidad era básicamente una especie de ovejas parásitas, ésa era su manía de cubrir las heridas de guerra.

—Menudo ojo a la funerala, chica. —La que así hablaba era una mujer, una muchacha al menos, vestida con pantalones holgados, camiseta aún más holgada y un abrigo verde que era el colmo de la holgura. Lo que parecía ser una larga melena negra estaba encajada a medias bajo una gorra con ribete de un curioso tono anaranjado con algún tipo de caricatura impreso. Estaba sentada en el único banco que se tenía en pie en aquel andén, con

un trozo de comida artificial en la mano. Se lo tendió a Ojo de Tormenta—. Tómate un Kit-Kat.

Ojo de Tormenta se sobrepuso al impulso de convertirse en Lupus en aquel preciso instante. En vez de eso, se llenó los pulmones de aire. Incluso con el atrofiado olfato de su forma homínida, pudo embeberse de la fragancia de aquella mujer: Garou.

—¿Carlita? —Julia se bajó las gafas sobre el puente de la nariz a fin de escrutar por encima de ellas.

—Hermanaguapa745 arroba planet punto net, para ti. —Se metió el resto de la barrita de chocolate en la boca, rumió con ganas y engulló de forma audible—. Ñam. Supongo que éstos son la tía mala leche y el pimpollo de los que me hablaste.

Julia estudió los alrededores del pasillo vacío de la estación vacía.

—Carlita, Roehuesos de Tampa, Florida, te presento a Grita Caos, Hijo de Gaia del clan de la Forja del Klaive, y a Ojo de Tormenta, Garras Rojas del clan de los Pinos Celestiales.

—Chica, que pareces una Colmillos o algo así. —La Roehuesos metió la mano en uno de los grandes bolsillos de su desangelado abrigo verde y sacó otra chuchería. Desenvolvió un trozo y lo lanzó al aire. Aterrizó en su boca abierta con un chasquido—. Tú llámame Hermana Guapa, ¿vale?

Julia pareció perpleja durante el minuto que tardó en responder.

—Está bien, Hermana Guapa. Mira, el caso es que te quería dar las gracias por echarnos una mano. Me alegro de que andes por Nueva York.

—Anda que si ando. Estoy de mierda hasta el cuello en Florida. Si no llega a ser porque un capullo se puso a chapotear en la orilla equivocada del río espiritual que no debía allá por Tampa y no pudo venir él, no me habría puesto las pilas en la vida. —Levantó

las manos al cielo y Ojo de Tormenta reparó en un tosco puñal de buen tamaño que pendía de su pulsera—. ¿Qué pensáis hacer?

Ojo de Tormenta olfateó el aire, más por costumbre que otra cosa, y el vello de su nuca de Homínida se erizaron. Aquel hedor oscuro le resultaba familiar, y la piel de gallina le cubrió los brazos hasta los hombros. Se dejó llevar. El pelaje marrón rojizo asomó por los poros. Las piernas y los brazos se estiraron y ganó los primeros gramos de lo que serían decenas de kilos de músculo e ira. Su ropa, al no estar dedicada a su forma, se estiró hasta romperse, pasando de un planchado impecable a no ser más que una colección de harapos en el segundo que tardó en convertirse en Crinos. Recuperados por fin sus sentidos, ya que no tan aguzados como los lupinos, al menos algo más que el estúpido embotamiento propio de la humanidad. La peste era fuerte y clara.

—Wyrn.

—Mi ropa... —balbució Julia, contemplando los jirones que cubrían el deslucido suelo de la estación de metro.

—**W**yrn! —repitió Ojo de Tormenta, entre dientes. Una orden. Los demás Garou lo entendieron por fin y asumieron sus formas guerreras, agazapados contra el techo bajo. Parecía que los lugares atestados no repelían a Carlita. Toda deslucido pelaje marrón, músculos nervudos y colmillos desnudos, se agachó y extrajo su daga colmillo. Todos intentaban determinar la fuente del hedor.

—**A**llí! —Grita Chaos se propulsó hacia delante en pos de una sombra escurridiza. El metis corrió hacia el andén por el que habían venido y dobló la esquina tras la sombra. Aulló de rabia y sed de batalla.

Ojo de Tormenta supo que se trataba de una trampa incluso antes de perderlo de vista. Se volvió hacia la plataforma a tiempo de ver cómo el muchacho hundía las garras en el lobo del Wyrn

que habían visto por último vez cerca de la Forja del Klaive. Su visión le produjo escalofríos, suficiente para que su ladrido de advertencia llegase demasiado tarde.

Las garras de Grita Caos se clavaron en la sombra antes de que pudiera reaccionar, sin tocar más que las baldosas y el cemento del andén.

—¿Qué? Maldición! —En ese momento, con un tintineo imperceptible, un trozo de cadena emergió de otro pasillo y se enroscó alrededor del cuello del joven Hijo de Gaia. Ojo de Tormenta vio cómo los garfios y los anzuelos de la cadena se hincaban en el pálido pelaje gris de Grita Caos, pero lo único que pudo hacer fue proferir un rápido aullido, porque el enorme lobo negro se había vuelto a materializar y estaba encima de ella.

La solidez de la bestia del Wyrn quedó fuera de toda duda cuando golpeó a Ojo de Tormenta, aplastándola con el peso y la fuerza de un oso. El impacto los envió a ambos rodando por el andén hasta las vías. Aprovechó el impulso para sacudirse al ser lobo de encima e intentó evaluar cuanto antes las propiedades de aquel nuevo campo de batalla. El agua que salía de una tubería herrumbrosa le llamó la atención y vio una señal en forma de diamante con un relámpago en su interior. Ojo de Tormenta se dio cuenta de que eso significaba que uno de los raíles era peligroso, estaba electrificado. Gracias a Gaia, no había caído encima de él!

El lobo del Wyrn se acercaba paso a paso y Ojo de Tormenta volcó en él toda su atención. La estaba tratando como si fuera un alce u otro animal de presa, lo sabía, acortando distancias de forma gradual, confiando en obligarla a correr y a exponer así un flanco o un anca vulnerable. La clave estribaba en no correr; el lobo se detendría antes de ponerse al alcance de las defensas de su presa. Por tanto, Ojo de Tormenta esperó, permitiendo que se acercara cada vez más, aguardando el momento adecuado.

Ahora. En el preciso instante en que el lobo del Wyrn daba otro paso, ella saltó. El techo de la bóveda era lo bastante alto para permitirle ascender lo suficiente y caer sobre el ser. *Los Garou no son presas!*, aulló mientras se abalanzaba sobre su enemigo. Sus garras se hundieron en la fría masa negra que era el ser. Sintió, más que oyó, su grito. Mas ya volvía a flotar a su alrededor como la bruma y, antes de que pudiera moverse, se había reformado detrás de ella. Se agarró a ella y corrió sobre su espalda, como si ella hubiese huido, después de todo, y le propinó un feroz mordisco.

Ojo de Tormenta sintió el aguijón del bocado, pero sabía que sería mucho peor si le daba al ser lobo la oportunidad de zangolotearla y desgajar la carne. Intentó retroceder hacia el lateral del túnel, pero la presa era firme. Se zafaba lejos de su alcance cada vez que procuraba sacudírselo de encima, como ya hiciera durante su primera batalla. A falta de opciones, Ojo de Tormenta giró sobre una de sus poderosas piernas de Crinos y se cayó, de espaldas, contra las vías.

La corriente que fluía por el tercer raíl golpeó primero al ser lobo, que emitió un chillido horripilante, al tiempo que emanaba un olor a alquitrán líquido. Transcurridos algunos segundos, el engendro se disolvió en una masa nubosa de cenizas y peste. Ojo de Tormenta rodó para esquivar la vía, sin demasiado éxito, pero unas cuantas quemaduras y sacudidas bien merecían la pena con tal de haber herido a aquel ser abominable. Y lo había herido, sin duda. Se tensó por un momento, preparada para su regreso, mas éste no se produjo.

«*Se está lamiendo las heridas*», pensó. Sería demasiado pedir que hubiese muerto.

Alejar al ser le había costado tiempo, más que suficiente para que los demás hubiesen sucumbido. Saltó fuera del foso y corrió hacia el segundo pasillo. Y se detuvo.

Grita Caos colgaba de una larga cadena que oscilaba sujeta a la escalerilla al final del pasillo, con el cuello y un brazo tembloroso enredados en los negros eslabones con púas. Sostenía la cadena con la mano libre, desesperado por intentar aliviar la presión sobre su tráquea. Ojo de Tormenta corrió en su ayuda y miró hacia lo alto de la escalera para ver qué era lo que había al otro lado de la cadena. Allí, a unos dos metros y medio por encima de ella, un Garou negro en forma de Crinos estaba acucillado sobre la barandilla, tirando de Grita Caos. El pelaje del hombre lobo exhibía un negro aceitoso, demasiado perfecto, y sus orejas eran largas y puntiagudas.

—Ah, qué maravilla —ronroneó el Danzante de la Espiral Negra, con acento inglés—. Otra compañera de juegos.

Capítulo nueve



La rabia de Ojo de Tormenta la llevó muy lejos aquella primera noche fría de primavera tras abandonar a la manada de lobos. Alternando entre la grácil velocidad de su natural forma de loba y el sobrecogedor poder del feroz lobo Hispo, seguía rastros de olor entre los territorios de distintas manadas.

Sabía que así era como sobrevivían los lobos solitarios, recorriendo los límites territoriales establecidos entre manadas. Al contrario que la mayoría de los solitarios, ella era capaz de derrotar en combate a toda una manada de lobos, pero no quería mancharse las manos con esa sangre. No, los límites también ocultaban las sendas que recorría su otra familia, los cambiapielos, los Garou, para llegar a su lugar sagrado. El túmulo de los Pinos Celestiales no era grande ni majestuoso, en honor a la verdad, pero pocas cosas asociadas con la tribu de los Garras Rojas lo eran. En la curva de un río todavía cubierto por el hielo se alzaba un soto de pinos mucho más altos que cualquier otro que creciera en aquel confín del norte. Su altura era tal que tocaban el cielo, según cantaban los Galliard, y los videntes de la luna

confirmaban que los espíritus del viento y de las estrellas apreciaban a aquellos árboles majestuosos. Hacerles daño alguno constituiría una grave ofensa y, por tanto, los Garou se afanaban en su protección.

En la espesura de aquellas vastas tierras de verde perenne, los Garras Rojas del clan de los Pinos Celestiales celebraban sus asambleas y veneraban a sus tótems. Durante seis inviernos tras su cambio, aquel había sido el hogar de Ojo de Tormenta. Allí había aprendido las costumbres de la piel cambiante, la Letanía y las tradiciones de las tribus de Luna. Había observado, embelesada, cómo Huele la Verdad condenaba al traidor Socava al Wym, procurando aprender todo lo posible del egregio anciano que compartía su signo lunar: Philodox, el juez.

Cuando los árboles despuntaron sobre el horizonte y Ojo de Tormenta hubo captado la señal olfativa que anunciaba a las claras «*Esta es tierra de Garou*», intentó concentrarse en aquel momento. No lo consiguió; su mente retrocedió a lo acontecido hacía tres inviernos. Junto al resto de la manada del Sol Estival, se había enfrentado a Socava al Wym cuando éste regresaba acompañado de sus aborrecibles hermanos Danzantes. Aquel día había visto muchas atrocidades (hinchados jabalíes del Wym que escupían sangre y gusanos, la deforme Perdición que el traidor tenía por mascota), pero los Danzantes de la Espiral Negra habían sido lo peor de todo. Garou que se habían sometido al gran devorador, que se habían convertido en lo que habían nacido para combatir.

La batalla fue tremenda aquella noche de verano, y numerosas las pérdidas. Socava al Wym y los demás habían vertido una enorme cantidad de sangre de Garou con sus manos, pero el túmulo resistió. El que aquella supuesta victoria, que tanto le

había costado a Ojo de Tormenta, todavía le supusiera una gran gloria nunca le había ofrecido demasiado consuelo.

Seguía echándolos de menos.

Se dio cuenta de que había dejado de correr, de que se había quedado plantada en el intersticio, impregnado de olores, que dividía el territorio del clan propiamente dicho de los de las diversas manadas de lobos de la Parentela que lo rodeaban. Allí, con las marcas de varios lobos y Garou flotando en el plácido aire de la mañana, se había perdido en los recuerdos. Mas no había venido hasta aquí para dejar su propia impronta. Inclino la cabeza hacia atrás y comenzó a aullar.

Ojo de Tormenta, antaño llamada Juez de los Árboles, acude a los Pinos Celestiales, anunció. Traigo la historia de un héroe de Gaia, para que la entonen espíritus y Garou por igual. ¿Quién protege este título?

Nosotros, fue la respuesta, primero de una voz, luego de un coro de lupinos, la manada de la Estrella Más Radiante defiende este lugar del Wyrms y la Tejedora.

Nosotros, se escuchó una segunda melodía de aullidos, la manada de los Seis Inviernos también cuida de los árboles de los espíritus del cielo y los protege de todo mal.

Ojo de Tormenta corrió a lo largo de la orilla del río en dirección al curso de agua y a los altos pinos de las cercanías. No hubo transcurrido mucho tiempo antes de que aparecieran varios lobos para darle la bienvenida. El primero fue el pàrvulo Garras adecuadamente bautizado como Veloz como el Vendaval, que saltó ante ella, risueño, ostentando su posición de Garou adulto sin por ello retar a Ojo de Tormenta. No tardaron en unírseles otros, entre ellos el Wendigo Philodox Escucha a la Noche y la Garras Theurge Habla por los Árboles. Destacaba por su ausencia el anciano de la

manada de los Seis Inviernos, el Galliard Oído por Gaia, el guardián de las costumbres más veterano del clan.

Durante la siguiente media hora, Ojo de Tormenta retozó con los demás lupus Garou, correteando por los alrededores y revolcándose con ellos en batallas fingidas igual que cachorros que jugasen a establecer rangos. Todo aquello poseía un talante indudablemente lobuno, con la excepción de que, como Garou, era bien recibida sin reservas en aquel territorio. Una loba solitaria que entrara en el territorio de otra manada de lobos podía tener la seguridad de que le dispensarían un recibimiento mucho más letal, como ella bien sabía. Incluso aquellos que descendían de homínidos eran bienvenidos al túmulo, siempre y cuando se integraran con sus primos lupus. Ojo de Tormenta se regocijó en el recuerdo de aquel orgulloso Uktena Ahroun que había sido incapaz de jugar a cuatro patas y que se había marchado corriendo entre bufidos.

El sol llegó a lo más alto del cielo mientras los hombres lobo se presentaban; al cabo, se impuso la seriedad. Mientras establecía que aún ostentaba un alto rango, si bien no el más alto entre los Garou de los Pinos Celestiales, Ojo de Tormenta confirmó que Oído por Gaia se encontraba ausente del túmulo. No había escuchado ninguna endecha por aquel gran aullador de la luna, por lo que dudaba que hubiese perecido en combate. De todos los Garras de los Pinos Celestiales, ella habría sido la primera en sentir su muerte.

Oído por Gaia está lejos, dijo Habla por los Árboles. *Se ha ido a visitar el túmulo del Cruce del Caribú*. Aquel lugar sagrado, protegido por Garras Rojas y varios Uktena, quedaba a varios días de viaje hacia el norte. Pese a su carácter sacrosanto, se le atribuía un oscuro pasado, de ahí la presencia de una manada de Uktena Cuidadores de Perdiciones.

¿Por qué? Es un largo viaje para tan anciano bardo.

El viento le contó a Oído por Gaia que se iba a celebrar una importante asamblea en una tierra lejana. Si a Habla con los Árboles le molestaba que los espíritus hubiesen elegido al Galliard como receptor de su mensaje, no daba muestras de ello. Hay quien sostiene que había que enviar emisarios, y Oído por Gaia ha partido para propagar nuestra opinión. Tenemos que montar guardia en el túmulo hasta su regreso.

Por último, la Theurge preguntó:

Y, ¿para qué has venido?

Una parte de Ojo de Tormenta se dio cuenta de la brusquedad que entrañarían esas mismas palabras para oídos humanos; sin pretensión de cortesía, sin falso servilismo, tan sólo una pregunta directa. Tales eran las costumbres de los lobos, y así había de ser para los Garou.

He venido para que se cante la Endecha por los Caídos por mi compañero de manada, Lucha contra el Oso, y para que se cante por mí el Rito del Ultimo Cachorro.

Escucha a la Noche, el imponente Philodox blanco y gris que había sucedido a Huele la Verdad como juez principal del túmulo, fue el siguiente en tomar la palabra.

Lucha contra el Oso era un lobo, no un Garou. Era una aseveración, no una pregunta. ¿Cómo murió?

Combatiendo al Wyrn, contestó Ojo de Tormenta, con un aullido orgulloso y una postura aún más altiva. Cazamos a un asesino de lobos y falleció matando al hombre.

¿Un lobo ha matado a un hombre?, preguntó Habla por los Árboles, con un gañido ansioso, como expresaban sorpresa los lupus. ¿Cómo? ¿Porqué?

Ojo de Tormenta era consciente de cómo la observaba Escucha a la Noche, con la punta negra de su cola enhiesta y las patas

plantadas en el suelo. No había enseñado los dientes ni se le había erizado el pelaje, pero no hacía falta. Era una mirada de evaluación. Quiso responder «*Porque sí*», pero el idioma de los lobos no se prestaba a medias verdades ni a hechos encubiertos. Es una lengua de pequeños movimientos, olores excretados, respiraciones rítmicas y ladridos ocasionales, de ojos algo mohínos.

Porque yo se lo pedí.

Se acercaron otros Garou, relleno así el silencio subsiguiente con sus siluetas de depredador. Aumentaba la tensión y los jóvenes hombres lobo se paseaban nerviosos imitando, sin darse cuenta, la reacción de la manada de lobos ante la misma noticia.

Los lobos no matan hombres, proclamó Escucha a la Noche con un rápido ladrido. *Los matamos nosotros. Es uno de los mandamientos de Gaia.*

El hombre merecía morir. Era un asesino de lobos. Las respuestas de Ojo de Tormenta vinieron enunciadas por su pelo erizado y sus gruñidos desafiantes.

En ese caso, ¿por qué no lo mataste tú, Hija de Dos Mundos? El que Habla por los Árboles empleara el antiguo nombre de Ojo de Tormenta, el que narraba la historia de por qué su ojo herido miraba ahora hacia dentro para atisbar las profundidades de la Umbra y, así, la verdad, significaba que la Theurge estaba dándole una oportunidad.

—Se merecía la gloria que concede la muerte de un guerrero. —Aunque quería hablar en la lengua de los lobos, había muchos conceptos que sólo encontraban voz en el idioma Garou. Se dio cuenta de que los lobos no sabían cómo decir «gloria» ni «guerrero». — Era un alfa —continuó, al tiempo que avanzaba un paso y encontraba cómo expresar la idea en palabras de lobo—: *Su deber consistía en defender el territorio de la manada.*

Escucha a la Noche permaneció inmóvil durante varios minutos, recriminando a Ojo de Tormenta en silencio, con su férrea mirada. Al cabo, se dio la vuelta y ganó, diciendo:

Ésa no es nuestra costumbre.

Aquellas palabras, procedentes del juez máximo del túmulo, no constituían un mero reproche. Eran una condena, y el resto de los Garou allí reunidos no tardó en comprenderlo así.

Oh, espíritus, comenzó el aullido de Habla por los Árboles, *escuchad el relato de Ojo de Tormenta Más Sabia que Gaia*. Lo que algún cachorro podría haber confundido por un título honorífico era, sin lugar a dudas, una crítica elevada a todos los Garou allí presentes: Sólo los necios se creen más sabios que la madre Gaia. El resto de los hombres lobo no tardaron en sumar sus aullidos al de la anciana Theurge, cargando la vergüenza de Ojo de Tormenta a lomos del viento. *La que está ciega en dos mundos*, la llamaron. Peor aún: *La que convierte a los lobos en hombres*. Si existía una condena peor para una Garras Rojas Philodox, a Ojo de Tormenta no se le ocurría cuál podía ser.

La rabia se acumuló en su interior, partió en dirección al norte, consciente de que los espíritus del viento y la luz de luna transportaban su infamia mucho más rápido de lo que ella podría correr jamás.

Capítulo diez



La cadena dentada se clavó en el cuello de Grita Caos y éste emitió un gorgoteo gutural. Unos espumarajos escarlatas tiñeron el pálido pelaje de su mejilla. El Danzante de la Espiral Negra, por su parte, continuaba con su diatriba.

—¿Que no te gusta estar colgado? ¿Que no se vive bien sin aire ni esperanza? —El ser esbozó una sonrisa maliciosa y le propinó otro tirón a la cadena—. Lo que me figuraba. Pues, verás, es lo mismo que le hicieron los vuestros a él. Estuvo así, gritando, durante más tiempo del que eres siquiera capaz de concebir.

Ojo de Tormenta dejó que siguiera parloteando, sin apenas prestar atención a las palabras, y se movió un metro hacia la izquierda. Tensó las patas y se dispuso a saltar hacia arriba pero, en ese momento, su enemigo se volvió, balanceando a Grita Caos enfrente de ella para bloquear su brinco.

—Ah, ah, ah, nada de saltos. —La sonrisa del Danzante se ensanchó más de lo que debería ser posible, con hilera sobre hilera de dientes como alfileres resplandeciendo a la tenue luz del neón hundido en la pared. Balanceó a su presa hacia delante y atrás,

clavando a Ojo de Tormenta en una esquina del hueco de la escalera—. Me parece que te vas a quedar ahí mirando a tu amiguito, igual que llevamos nosotros viendo a los nuestros desde hace tanto tiempo.

Clavó los ojos en él para asegurarse de que concentraba toda su atención en ella, y comenzó a aullar. La llamada consistía en una serie de gritos y ladridos, acentuados por un veloz estribillo extraído del Himno de Guerra de los Garou. Rezó para que los cliath que le había concedido Gaia estuvieran prestando atención.

—Aúlla a la luna todo lo que quieras, tu especie no va a encontrar ayuda en este lugar.

Ojo de Tormenta mantuvo la mirada impertérrita y dio gracias a los Incarna porque parecía que el Danzante no comprendía los detalles de su invocación. Por eso, y por los remolinos y los destellos que aparecieron en el aire encima del traidor del Wyrn.

Carlita saltó fuera de la Umbral y se abalanzó sobre el Danzante de la Espiral Negra con un clamoroso grito de guerra de los Roehuesos. Su daga colmillo se hincó en el correoso pelaje del ser, en la carne, y éste profirió un alarido.

—¡Bien! —aulló Carlita.

El Danzante soltó la cadena y Grita Caos se desplomó al suelo de golpe. La tensión que lo constreñía cedió al fin, su forma guerrera se encogió a la de un lobo delgado y se escurrió entre sus ligaduras, dejando trozos de carne recubierta de pelo prendidos de los garfios. Patinó sobre las baldosas y hubo recuperado la forma de Crinos para cuando hubo emprendido el ascenso de las escaleras en dirección a su torturador. Ojo de Tormenta eligió una ruta más directa; sus poderosas piernas la transportaron tres metros y medio hacia arriba de un enérgico salto. Aterrizó sobre la misma barandilla en la que había estado apoyado el Danzante hacía apenas unos segundos.

La primera estocada de Carlita había encajado su puñal en el bajo vientre del Danzante, e intentaba encontrar la oportunidad de asestarle una segunda y definitiva, pero no iba a resultarle tan sencillo. La bestia se sujetaba las entrañas con el brazo izquierdo mientras retrocedía por el pasillo que coronaba la escalera, sin ofrecerle un blanco fácil a la muchacha. Se movía hacia delante y atrás, esquivando sus envites y atacando con las largas garras bruñidas de su mano derecha que, al igual que sus dientes, eran tan afiladas como estiletes y parecían hechas de acero. Carlita presentaba ya varios cortes en el brazo izquierdo, pero se negaba a desistir.

Ojo de Tormenta miró hacia las escaleras, donde Grita Caos acababa de aparecer, y ladró una orden. Ambos adoptaron sus esbeltas formas de Lupus y se adentraron en el pasillo a la carrera. Aunque cualquier pasajero lo bastante desafortunado como para haberse topado de bruces con ellos habría pensado lo contrario, los dos lobos eran pequeños en comparación con los colosales Crinos que batallaban en el interior del pasillo. Ojo de Tormenta profirió un gañido, aceleró el paso y se colocó a la izquierda de Carlita, mientras Grita Caos se apostaba a la derecha. Otro segundo y habrían dejado atrás a los combatientes, alcanzando así la vulnerable retaguardia del Danzante.

Mas Carlita, ansiosa por esquivar las garras del Danzante, dio un inopinado paso a su diestra. Su musculosa pierna de Crinos golpeó de pleno a Grita Caos y el metis, herido con anterioridad, profirió un quejido lastimero. La combinación del tropezón con el Hijo de Gaia y su grito distrajo a Carlita, que se miró la pierna en vez de mantener los ojos clavados en su oponente.

El Danzante de la Espiral Negra abrió las fauces y vomitó un ensordecedor enjambre de agresivos insectos verduscos. La nube se apresuró a envolver a Carlita, pese a los denodados aunque

fútiles intentos de Grita Caos por ahuyentar a los bichos. La oportunidad de Ojo de Tormenta de atacar al Danzante por la espalda se había evaporado, a menos que estuviera dispuesta a dejar a su merced a la joven Garou que acababa de cegar. Acumuló la masa extra que le confería la forma de Hispo y se abalanzó sobre él.

La vio venir. Alzó el brazo derecho para detenerla. El espacio estaba demasiado atestado como para que las garras resultaran efectivas pero, aún así, consiguió conectar con el abultado pecho de la loba. Por un segundo, la inercia la mantuvo allí colgada, inmóvil contra el brazo de la presa a la que no podía llegar. Se enseñaron las fauces abiertas, impotentes, antes de que él la empujara lejos de sí, contra la pared. Carlita y Grita Caos ya habían conseguido desembarazarse de los insectos, así que optó por emprender la huida por el pasillo y dobló la primera esquina con la que se topó.

Los tres Garou partieron en su persecución, pero el lóbrego pasillo estaba vacío cuando se asomaron a él. Les bloqueaba el paso una reja herrumbrosa que no debía de haberse abierto desde antes del Impergium. Ojo de Tormenta se apresuró a escrutar los alrededores. Su propio reflejo le devolvió la mirada desde el resquebrajado panel de Plexiglás que cubría un ajado mapa del metro.

La Umbra, ladró, antes de caminar de lado.

El doble en la Penumbra de la abandonada estación subterránea era tan gris y deslucida que a Ojo de Tormenta le recordó a la descripción que le había ofrecido Mephi Más Veloz que la Muerte de la tierra sombría de los fantasmas. Las paredes, ya mugrientas en el mundo físico, aquí aparecían cubiertas por una gruesa capa de moho y ceniza. Enormes cucarachas espíritu albinas se paseaban por la inmundicia que alfombraba el suelo y goteaba de las corroídas Urdimbres que adornaban el techo. La

reja de hierro aquí no era más que una delgada cortina de eslabones roñosos, una barrera anecdótica. Ojo de Tormenta vio destellos de colores procedentes del pasillo, al otro lado de la puerta, y en medio de aquellos haces de luz, la silueta del Danzante. Se lanzó en pos de él.

Llegó a la siguiente cámara justo detrás del Danzante, al tiempo que escuchaba cómo Carlita entraba caminando de lado en algún punto a su espalda. La Moradora del Cristal Julia Spencer, en su cimbreña forma de Crinos negra y marrón, flotaba con las piernas cruzadas en el suelo de la Umbra, sumida en una especie de trance. También el lobo del Wyrm estaba allí, aunque atrapado en una sólida masa de refulgentes Urdimbres. Cerca de Julia aparecían cantidades ingentes de Arañas Tejedoras, tan grandes como conejos, emitiendo todas ellas un brillante haz de color al materializarse. Comenzaron a hilvanar otra hebra de Urdimbre, envolviendo aún más al lobo del Wyrm. El Danzante no aminoró la marcha. Se agazapó, manteniendo las mortíferas garras a ras de suelo, y corrió directo a por Julia.

Ojo de Tormenta profirió un sonoro ladrido de advertencia, rompiendo la concentración de Julia a tiempo de salvarle la vida. La Moradora del Cristal se cayó al suelo y se giró hacia el Danzante que se le echaba encima. Su instinto de supervivencia era muy agudo, por suerte, y se apresuró a agacharse y a protegerse el torso y el rostro con el brazo izquierdo.

El Danzante cambió de objetivo de inmediato... o puede que hubiese pretendido amagar el ataque a Julia desde el principio, después de todo. En cualquier caso, saltó por encima de la joven Theurge y, de un tajo formidable, deshizo gran parte de los finos hilos de Urdimbre que aprisionaban al lobo del Wyrm. Sin el hálito de Julia para *impulsarlas*, las pequeñas Arañas Tejedoras

carecían de motivación para seguir hilando y, de una sacudida, el ser lobo se liberó.

Los dos engendros del Wyrm se volvieron hacia los Garou. Ojo de Tormenta, Julia y Carlita se erguían en forma de Crinos, con los colmillos desnudos y las garras extendidas. Carlita esgrimía su daga colmillo, en guardia. El Danzante retrocedió un paso hacia la lóbrega pared, con el lobo pegado a sus piernas. Ojo de Tormenta se dispuso a saltar, pero se vio privada de oportunidades. Con el húmedo sonido de la carne al desgarrarse, una gigantesca boca cuajada de dientes se abrió en la pared, detrás del Danzante. Permaneció así por un segundo, goteando baba verde de sus colmillos, antes de extenderse para engullir a los engendros del Wyrm. Aquel mordisco, profundo y ensordecedor, hablaba de bestias hambrientas tan grandes como ciudades. Cuando la boca se hubo cerrado, se formó una herida fresca en la pared de la que había surgido, supurando pus amarillo.

—Un agujero del Wyrm. —Julia observaba aquella enorme ampolla en la Umbra, con los ojos cerrados, concentrada. En un segundo, las numerosas Arañas Tejedoras se afanaban en tejer una tensa telaraña sobre el agujero. Abrió los ojos sin que las arañas aminoraran el ritmo. Al parecer, no hacía falta que nadie les ordenara sellar tan flagrante irrupción del Wyrm en su dominio, sólo que las apercibieran de su existencia—. Vale. Por ahí no van a volver. —Se volvió hacia sus compañeros—. El Danzante ya debe de estar muy lejos.

Momentos más tarde, los tres Garou había desandado sus pasos por el pasillo y habían caminado de lado para reunirse con Grita Caos en el mundo espiritual. El metis las recibió en su forma natural de Crinos, sentado con la espalda apoyada en la pared, cerca de la escalera. Tenía el pelaje y la carne lacerados por magulladuras, cortes y heridas profundas, fruto de la cadena

fetiché. Tenía el cuello en carne viva, sangrando. Carlita se arrojó junto al Hijo de Gaia; su talante bravucón había cedido el paso a la preocupación, el dolor y la fatiga. También su brazo izquierdo presentaba largos tajos provocados por las garras del Danzante. Julia, por su parte, parecía ileso pero, cuando hubo recuperado su forma de Homínida, Ojo de Tormenta pudo ver que estaba tan pálida como la cera. Hasta su olfato llegó el olor de la pátina de sudor frío que le cubría la piel. Invocar y dirigir a tantos espíritus le estaba pasando factura. También ella se dejó caer al suelo. La propia Ojo de Tormenta seguía resintiéndose de las heridas de su espalda y su costado, resultantes de su primer enfrentamiento con el ser lobo. Se le ocurrió que era extraordinario que ninguno de ellos hubiese muerto todavía.

—¿Qué queréis que os diga? —dijo Grita Caos, entre flemosas expectoraciones—. ¡Le hemos dado una buena paliza! —Exhibía una amplia sonrisa, sus oscuros ojos castaños resplandecían con una llama ante la que empalidecía el dolor y toda la sangre derramada.

La estación de metro abandonada no tardó en resonar con las cuatro voces que, en armonía, entonaban el gran aullido de victoria de los Garou.



Mick atravesó el callejón, con una cojera tan visible como torva era la sonrisa que adornaba su rostro. Al parecer, aquellas rarezas de la naturaleza sí que sabían plantar cara. Supuso que no se daban cuenta de la futilidad de su causa. La venida de Jo'ellath'mattric estaba próxima, y ningún piojo iba a poder evitarlo.

Empero, podrían complicar las cosas. Empañar la perfección. La Señora exigía perfección.

Bajó la mano hasta el cinturón de sus pantalones de Gucci y se percató de que estaba empapando de sangre su camisa borgoña. Qué pena, estropear así una seda de Yves Saint-Laurent. Esa canija Roehuesos iba a tener que pagar por ello, un día u otro. A lo mejor le metía esa repugnante daga colmillo por el...

«*Ea, ea, no nos pongamos groseros —se recriminó—. Concéntrenos en lo que tenemos entre manos*».

Sacó su minúsculo teléfono Nokia y marcó una larga serie de números. En el preciso instante en que comenzó a sonar, apretó con toda la fuerza que le había concedido la Señora. El teléfono se agrietó, chispeó y se redujo a añicos cuando el pequeño espíritu atrapado en su interior sufrió una muerte tan lamentable como útil, por lo estridente. Llegarían enseguida.

Se adentró aún más en el callejón, observando los montones de periódicos y de harapos que podrían ser humanos, basura, o ambas cosas. La escalera del final de la salida de incendios ya estaba bajada cuando él se asió a ella y comenzó a trepar. Se detuvo en el tercer rellano, para inhalar el aire viciado que flotaba entre las viviendas y la antigua fábrica que se erguía tras ellas. Qué delicia, casi como en Londres. En el último rellano antes de llegar a la estancia, lanzó a un gato por el borde de una patada y oyó cómo se estrellaba contra el asfalto con un golpe sordo y satisfactorio. Seguía sonriendo cuando hubo sorteado los últimos peldaños y emergió al tejado alquitranado.

—Salid, todos.

Lo hicieron, cuatro. Mick, como tenía por costumbre, se fijó primero en las mujeres. Una era alta, con talle de avispa y cabello de ala de cuervo. Iba embutida en cuero y constreñida por un corsé con broches de hierro. Olía a sexo y a tierra podrida, y se hacía

llamar la Dama del Tajo. La odió de inmediato, por culpa de sus patéticos intentos por imitar a la Señora.

La otra mujer prometía mucho más, sin lugar a dudas. Menuda, ataviada con vaqueros raídos, botas militares con puntera metálica y una camiseta gris impresa con las palabras Property of SUNY Athletics. Tenía el rostro salpicado de marcas blancas de quemaduras que contrastaban con su piel caoba y le conferían una elegante textura cerosa. Se llamaba Naz. Mick la nombró su segunda.

El hombre exhibía más a las claras que alojaba a una Perdición en su interior. Era alto, delgado y enjuto. Crestas óseas se apretaban contra su carne, formando un diseño sin duda reminiscencia de la gran espiral que la Señora le había mostrado a Mick con tanto mimo hacía años. Su cabello, de un blanco estridente, se erizaba formando ángulos extraños y servía de halo para su rostro, que sólo ofrecía un rasgo: una gran boca redonda, semejante a la de una lamprea. Una lengua roja coleaba dentro de aquellas fauces, lamiendo todos los olores que impregnaban el aire. Se llamaba Anguila.

Luego estaba el perro. Producto de generaciones de endogamia entre mastines, al parecer, pesaba más de cien kilos y su cara era enorme y achatada. Sus impresionantes mandíbulas resultaban visibles a través de la piel traslúcida. El resto de su cuerpo estaba cubierto, no de pelo, sino de una masa rizada de lombrices blancas. Se caían a puñados sobre el negro tejado al compás de su trote, pero se diría que crecían del interior del cuerpo del perro, porque en ningún momento quedaba expuesta su piel. Ése sería Chico.

Sí, éstos servirían, sin duda.

—Gracias, mi Señora —le susurró Mick al aire viciado—. Os servimos y, por medio de vos, a Jo'cllath'mattric y, por medio de él, al Padre Wyrm.

Estaba a punto de partir a la cabeza de su nueva manada, cuando Anguila percibió un rastro. Su lengua restalló hacia delante y atrás y emitió una hermosa cacofonía de chillidos. No estaban solos.

—¿Qué demonios? —El viejo holgazán surgió de detrás de los postes de la torre de agua que descansaba sobre el tejado. Las drogas, el alcohol, la inhalación de gases químicos, o una combinación de las tres cosas, hacía mucho que le habían freído la mayor parte de la sesera, pero conservaba el suficiente juicio como para dar media vuelta y empezar a correr. Todos los fomori miraron a Mick, que esbozó una tenue sonrisa.

—Chico, tráelo.

Capítulo once



El lugar sagrado de los Garras Rojas llamado Cruce del Caribú quedaba a dos semanas de viaje hacia el norte de los Pinos Celestiales. Para llegar allí, una loba solitaria como Ojo de Tormenta tenía que atravesar los territorios de una docena de manadas o más, rodeándolos todos si quería evitar cualquier tipo de contacto. Los espíritus que propagaban su deshonor viajaban mucho más deprisa que ella, desde luego, pero eso no le impedía correr tan rápido como se lo permitían sus fuerzas. El clan del Cruce del Caribú escucharía su relato por voz de sus propios aullidos, no el informe de la reprimenda de los que la habían condenado. Oído por Gaia prestaría atención; la llamada del Garras Rojas más ilustre de la región restauraría su renombre y se extendería hasta el último confín.

Pero antes tenía que llegar hasta el túmulo, y los humanos que tenía enfrente no iban a facilitarle las cosas. Había captado su rastro hacía algunas horas, cuando el viento hubo cambiado al ponerse el sol. No tardó en oír el gruñido de su vehículo, que

atravesaba el territorio del lobo y sus presas con la acostumbrada presunción.

Quizá debiera dejarlos estar. Quizá debiera desviarse un poco hacia el este, tardar un día más en llegar al Cruce del Caribú y evitarse problemas. Quizá eso fuese lo que preferiría Escucha a la Noche. En vez de eso, siguió adelante, siguió sus huellas y siguió acercándose. Gaia estaba de su parte, lo sabía. ¿Por qué si no había reventado el neumático de aquella condenada máquina mientras ella los seguía? Ahora estaban justo delante de ella, intentando reparar el artilugio. Presa fácil.

Avanzó con sigilo, tal y como hiciera junto a Lucha contra el Oso. Él había sido incluso más silencioso que ella, lo recordaba. No había producido ni un sonido mientras sus viejas patas se hundían en la nieve y en la hojarasca de la primavera del norte. Se movió igual que él lo había hecho, manteniendo el hocico vuelto al viento a fin de que el olor de su presa llegase hasta ella al tiempo que se llevaba lejos el suyo. Pensó que él se habría sentido orgulloso.

Pero también recordaba detalles curiosos acerca de la última cacería en la que él había participado. La cola y la mirada gachas. El sutil olor a sumisión, a miedo, incluso. Los ansiosos gañidos y las vacilaciones que ella había tenido que atajar a fuerza de miradas fulminantes y gruñidos. Aquel no era el comportamiento propio del orgulloso alfa que había sido Lucha contra el Oso durante ocho inviernos completos. Era el comportamiento de un cachorro, acobardado ante un adulto temible.

Ojo de Tormenta enterró los recuerdos y procuró concentrarse. Un gesto de lo más humano, se dio cuenta. Lo cierto era que aquella conexión con el mundo del hombre condujo a otras a medida que los balidos de ansiedad y frustración que escuchaba

de su presa se traducían en palabras y frases. A su pesar, comprendió... como hiciera el día que murió Lucha contra el Oso.

—Deja de preocuparte, Gene —dijo el que estaba arrodillado delante del camión. Había sacado el neumático inservible y estaba colocando uno nuevo sobre la llanta—. El día que no pueda cambiar una puñetera rueda será cuando haga las maletas y me vuelva a Calgary.

—Sí, ya, pero sigo diciendo que deberíamos llamar. —El segundo hombre estaba de pie cerca del camión, escrutando el horizonte sin reparar en Ojo de Tormenta. Sostenía un rifle—. Ya sabes lo que le pasó a Gregory Tootosis, ¿no?

—No, me pasé toda la charla durmiendo. Los apuntes que cogí eran sólo un espejismo. Venga, Gene, pero si estabas sentado justo a mi lado.

—Vale, ¿y entonces? Si hay lobos por ahí corriendo con la rabia o vete a saber qué, tendremos que andarnos con cuidado. —Éste estaba tan nervioso que estaría dispuesto a disparar a lo primero que se moviera.

—Una cosa es tener cuidado y otra ser idiota, Gene. Un lobo se cargó a Tootosis, o al menos eso es lo que dice el tío de Asuntos Indios y del Norte, pero ese lobo está muerto y van a examinarlo. A lo mejor tiene la rabia o cualquier otra cosa, pero lo que está claro es que no se levantó un buen día y decidió que sería buena idea salir a cazar futuros jefes Cree. El que el Viejo Hubert y los demás anden desbarrando acerca de lobos asesinos no quiere decir que nos lo tengamos que tragar.

—Ya lo sé, Tom. Ya sé lo que decís tú y los demás licenciados, pero tú no te has criado por aquí. Se oyen historias, ¿sabes?

—¿Ah, sí? ¿Y quién las cuenta, el Viejo Hubert? Cuando llegué aquí, fuiste tú el que me dijiste que era un beodo y un hijo de puta, Gene. —Tom se incorporó para enfatizar sus palabras—. Si

la memoria no me engaña, tus palabras exactas fueron, y cito textualmente, «sacaría a su madre de la cama de su remolque y la vendería si eso fuese a conseguirle más amistades en el consejo de la tribu», fin de la cita.

—Vale, sí, pero...

—Pero nada, panoli. Le está dando bombo a este asunto del gran lobo feroz y organizando la batida de caza sólo para ganarse el respaldo de la comunidad. Vamos, que no me joda con todo ese rollo de Caperucita Roja. ☞Espíritus del lobo oscuro», los cojones! ¿Qué pasa, acaso eres uno de los Tres Cerditos, Gene?

—No, pero...

—¿Pero qué?

—Pero tampoco pasa nada por levantar una casa de ladrillos. Si eso implica salir con el Viejo Hubert y llamar por radio si se nos pincha una rueda, pues que así sea. Tú siempre puedes regresar a Calgary. Yo no.

Tom levantó los brazos para expresar su frustración.

—☞Genial!

El momento era idóneo. Ojo de Tormenta se había acercado sin que ninguno de los humanos la hubiese oído, visto ni oído. Una carrera y no serían más que sangre en el suelo, alimento para los gusanos y las aves de carroña. En vez de eso, reanudó la marcha, atormentada por los recuerdos de lobos moribundos y desdeñosos aullidos de Garou.

Capítulo doce



Allucious «Little Al» Henry rumiaba su puro a medio fumar igual que haría un bulldog con un trozo de cuero, pasándolo de un lado de su ancha boca al otro. Sus grandes labios carnosos y sus abolsados e hirsutos carrillos se movían al compás para suavizar el tabaco liado.

Little Al llevaba décadas librando su propia guerra contra el Wyrn. Su tío y una de sus hermanas poseían el don cambiante y ocupaban altos cargos entre los Roehuesos de Queens. Él era lo que llamaban un pariente, nada más que un hombre, aunque ni tan ciego ni tan obtuso como los demás. Puede que si tuviera hijos, alguno de ellos desarrollara el don del cambio, pero no había tenido tiempo para eso. Además, a Little Al nunca se le habían dado bien las mujeres.

Con hijos o sin ellos, él cumplía con su parte por la causa. Nadie se fijaba nunca en él, no era más que un mulo de carga con los ojos fijos en el camino, y así era como a él le gustaba. Tiempo atrás, cuando era un niño y los Roehuesos andaban locos con liarlas cuanto más gordas, mejor, había hecho alguna que otra

trastada. Ahora le dolían los huesos cuando se despertaba por la mañana y su vista ya no era la de antes, así que se dedicaba a otros quehaceres. Por lo general, remolcaba la basura procedente incluso de Albany, Hudson abajo, que salía de la ciudad para ser vertida al mar. Claro está que eso no era lo que hacía en realidad, pero la buena gente de Poughkeepsie no tenía por qué saber dónde terminaban sus desperdicios. Empleaba su gabarra como parte de la red de transportes clandestina de los Roehuesos, pasando objetos y personas por debajo de las narices de los tipos malos. Así era como aquel grupo había acabado a bordo de la niña de sus ojos, el *May Belle*.

Al no se cansaba nunca de decir lo rara que era la vida. ¿Quién iba a imaginarse que esa gente eran guerreros sagrados o como quiera que les gustara llamarse? Se encontraban en la proa del *May Belle*, observando cómo el agua salobre se estrellaba contra ella y, por tanto, disfrutaba de una buena panorámica de los cuatro. Había oído hablar de Hermana Guapa, la Roehuesos de Tampa que, según tenía entendido, era una joven prometedora por aquellos andurriales pero, viéndola ahora, tuvo que contener la risa. Pero si era una niña, Jesús del cielo. Una niña malcarada que podría ponerle el culo del revés sin parpadear siquiera, vale, pero parecía diminuta dentro de aquel gigantesco abrigo militar que la envolvía. La inglesita alta que tenía a su lado no podría haber sido más distinta. Parecía una abogada, vestida con ese traje que debía de costar más de lo que ganaba Al en un año. No se explicaba cómo no lo ensuciaba ni una sola mota de polvo. Increíble. Junto a ellas iba un hippie vestido con algo que parecía ante y una gorra de lana de la Armada. Al estaba más que seguro de que había un par de cuernos bajo esa gorra.

Luego estaba la salvaje. Se encontraba de pie, algo apartada de la borda, y Al tenía que esforzarse para ver algo más que su

coronilla. Su cabello largo y desgreñado conseguía que Al se sintiera joven de nuevo. No conseguía olvidarse de que se había presentado en pelota picada cuando Hermana Guapa había llegado ante él con todo el grupo para pedirle un paseo río arriba. Lo único que llevaba puesto ahora era una de las pesadas gabardinas de Al, y seguía sin acordarse de abrochársela.

Al suspiró en el atestado puente del *May Belle*. Nunca se le habían dado bien las mujeres.

—¿Qué le pasó a tu ojo? —Grita Caos formuló la pregunta sin mirar a Ojo de Tormenta. Su voz ronqueaba levemente por culpa de su laringe magullada. Aunque habían transcurrido ya algunos días desde su reyerta en la estación de metro, sus heridas aún tenían que sanar por completo. Al parecer, no era el único que seguía resentido; cuando Ojo de Tormenta lo miró, sus ojos negros estaban cargados de tristeza contenida. Debía de haber puesto el dedo en la llaga—. Perdona. No debería haber preguntado.

—No —repuso la Garras Rojas, en su brusco inglés—. Está bien. Vivimos según nuestras historias, ¿sí?

—Bueno, sí. Supongo. —Grita Caos se apoyó contra la barandilla de la embarcación, de espaldas al agua—. Pero yo nací lejos de aquí, bajo la luna menguante, así que puede que mis costumbres no sean como las tuyas.

Ojo de Tormenta miró al metis, aprensiva. Sus padres habían quebrantado la Letanía, a propósito, al aparearse. Su mera existencia debería ser una ofensa para ella, no hacía tanto que había sumado su voz a las que clamaban por la muerte del muchacho en la Forja del Klaive. Sin embargo, había peleado con tesón estos últimos días. Había permanecido a su lado y sólo había vacilado en una ocasión, presa de su deseo por defender su hogar adoptivo entre los Fenrir.

—Nuestras costumbres no son tan distintas.

—He oído cosas de ti, claro. Incluso en el clan del Alba había Galliard que hablaban de la Garras Rojas que corrió junto a Mephi Más Veloz que la Muerte hacia las fauces del Wyrm. —Caraspeó para aclarar la garganta—. Contábamos esa historia como ejemplo de cooperación entre tribus.

—Ja, típico de los Hijos de Gaia. —Avanzó un paso para observar el agua desplazada por el bote. La luz de la tarde se reflejaba en la rota superficie del río. De vez en cuando, las aguas se tornaban tan aceitosas que podían verse las nubes del cielo mirando hacia abajo—. La mía es una historia de venganza, Galliard. Venganza por los difuntos. Después de mi Primer Cambio, los ancianos me dieron el nombre de Juez de los Árboles. Corría con la manada del Sol Estival y defendíamos al clan de los Pinos Celestiales, que me vio nacer. Todos éramos jóvenes y estábamos llenos de esperanza. Había pocos humanos y muchos lobos en el protectorado, y creíamos que nos enfrentábamos a la tormenta del Apocalipsis. Nos reíamos del Wyrm igual que un puñado de Ragabash y aullábamos nuestras victorias a la hermana Luna. —Sonrió al agua y sus ojos se llenaron de sombras—. Aquello no podía durar.

Volvió a atisbar el cielo en el agua. Era hermoso, libre de la mancha escarlata que había terminado con su inocencia. No era visible en el mundo físico, ni siquiera de noche. Todavía.

—Tendríamos que habernos dado cuenta cuando Arrancabrazos se pasó al devorador. Había sido nuestro compañero de manada, pasamos juntos nuestra iniciación y, sin embargo, no lo vimos venir. Sólo el anciano Huele la Verdad desveló su traición.

—Este Arrancabrazos, ¿era un Danzante de la Espiral Negra?

—Por aquel entonces... la verdad, no lo sé. —Intentó acordarse de los detalles de aquel terrible momento, seis inviernos atrás—. Huele la Verdad descubrió que había estado invocando

Perdiciones por algún motivo, y dictó sentencia según la Letanía. Cambió su nombre por el de Socava al Wyrm y lo sentenció a muerte, pero el traidor huyó antes de que pudiéramos ejecutarlo.

—Esto me recuerda a las historias que hablan de Lord Arkady.

—Sí, existen algunos paralelismos. Por lo menos, esta lección nos enseña que tenemos que encontrar pronto a Arkady. Siempre dijimos que iríamos a buscar a Socava al Wyrm, pero nunca lo hicimos. Siempre había otros asuntos que requerían nuestra atención, batallas más inmediatas que librar. Todo cambió hace tres veranos, cuando apareció la estrella roja. —Miró al joven metis—. ¿Tienes la edad suficiente para acordarte de eso?

—Fue cuando superé mi Rito de Iniciación. —Grita Caos miró hacia el cielo por un segundo, antes de volver a fijarse en Ojo de Tormenta—. Recuerdo que Anthelios brillaba la primera vez que me adentré en la Umbra.

—Aquella estrella cambió muchas cosas. Señalaba los albores del Apocalipsis, y fueron muchos los seres que respondieron a su llamada. Seres viles, algunos antiguos, otros jóvenes. —Cerró los ojos, invocando las imágenes y los olores de aquel momento—. Uno de aquellos seres era Socava al Wyrm.

—¿Atacó?

—Sí, junto a un ejército de engendros del Wyrm. Por aquel entonces ya era un Danzante, sin duda. Vino con sus hermanos negros, con Perdiciones de lluvia ácida y enormes bestias de guerra. Vino para apoderarse del túmulo y nosotros nos alzamos para defenderlo. Aullábamos como estúpidos. Pensábamos que ningún traidor Ragabash sería rival para nosotros. Nos equivocamos.

Los ojos homínidos de Ojo de Tormenta lagrimeaban como si los azotara una gélida ventisca de invierno, pese a la placidez del clima.

—Socava al Wyrm tenía una Perdición como mascota y la lanzó contra nosotros. Era algo enorme, medio reptil, medio insecto. No tuvimos ninguna oportunidad. Nuestro alfa, Fuerza de la Tierra, encabezaba nuestro ataque. Vi cómo caía partido por la mitad tras un latigazo de la cola con púas del ser. Al instante siguiente, sus fauces se cerraban alrededor de la cabeza de Aúlla Escalofríos. Canto de Garras de Hierro consiguió conectar varios golpes poderosos, y yo también, antes de que se revolviera, más veloz de lo que hubiese creído posible, y redujera a trizas a mi último compañero de manada.

—¿Cómo escapaste?

—Lo cierto es que no escapé. Socava al Wyrm apartó al ser para ocuparse él mismo de mí. Estaba loco, despotricando acerca de la «verdad interior» y la «verdad superior» y de cómo tenía que darme cuenta por mí misma. Al parecer, significaba algo especial para él porque habíamos superado juntos el Rito de Iniciación. —Se llevó la mano al ojo izquierdo, ciego y surcado de cicatrices—. Me ató con correas negras y luego utilizó sus garras para ayudarme con mi visión. Socava al Wyrm me habría matado de no ser por Mephi, que había estado siguiendo las huellas de los seres que habían respondido al despuntar de la estrella roja y llegaba a tiempo de defender el túmulo. Me liberó de las ligaduras de Socava al Wyrm y, junto a los demás Garou de la tribu, repelimos al enemigo.

—¿Fue entonces cuando adoptaste el nombre de Ojo de Tormenta?

—Eso ocurrió después de que Mephi y yo matásemos por fin al traidor y a su bestia. —Soltó una breve carcajada, cargada de pesar mal encubierto—. Lo perseguimos hasta el invierno siguiente y, mientras estaba débil, atacamos. Matamos a su

perdición en medio de una gran ventisca. A él lo destripé yo. Después de eso, cambié de nombre.

Grita Caos parecía algo impresionado, sin saber qué decir a continuación.

—No te sientas decepcionado, Galliard. No soy ninguna cuenta cuentos. Mephi consigue que todo suene mucho más glorioso. Pídele que te cuente su versión la próxima vez que lo veas. —Volvió a mirar al agua—. Si es que volvemos a verlo.

En ese momento, el río se aclaró por un segundo y Ojo de Tormenta vio que el lobo del Wyrn caía desde el cielo reflejado.

—¡Agáchate! —En el preciso instante que adoptaba la forma de Crinos, empujó a Grita Caos lejos del peligro, amplificado su empujón por el brazo que se extendía y se transformaba. Cuando hubo acumulado todo el peso de la forma guerrera, la cubierta del bote crujió y la embarcación se escoró ligeramente. Desacostumbrada a los viajes fluviales, Ojo de Tormenta se quedó paralizada durante una décima de segundo... suficiente para que el lobo del Wyrn se desplomara sobre ella y ambos cayeran por la borda.

El agua estaba fría y pegajosa. A tenor de la eficacia con la que el ser lobo la arrastraba hacia las fangosas profundidades del Hudson, se diría que estaba hecho de piedra. Ojo de Tormenta descubrió que la forma de guerra Garou, tan adecuada para reducir a sus adversarios a trizas sanguinolentas, no estaba diseñada para la natación. Cuanto más bregaba en el agua, más se hundía y más líquido frío y oscuro se filtraba por su nariz y su garganta.

Supo mantener la calma y pensar en caminar de lado hacia la Umbra. Un Garou no sobrevive durante diez inviernos si es incapaz de que se le ocurra algo así. Por desgracia, para caminar de lado necesitaba observar su propio reflejo y fundirse con él; no sólo le faltaban superficies refractarias, sino que había dejado

toda la luz de Helios a treinta metros sobre su cabeza. Junto al aire necesario para respirar.

La rabia martilleó en su corazón y se rindió a ella. Se contoneó para agarrar al enorme y plúmbeo ser de su espalda. Dejó de sentir cómo sus dientes le rasgaban la carne, o cómo le ardían los pulmones, hambrientos de oxígeno. Un poderoso aullido de guerra nació en sus entrañas y se abrió paso hasta sus fauces abiertas... y el agua la inundó.

Todo se volvió negro.



Ojo de Tormenta despertó... en otro lugar.

El lobo del Wyrn había desaparecido, pero seguía sintiendo su mordisco fresco en la espalda. Cuando quiso echar el brazo hacia atrás para tantear en busca de sangre, cayó en la cuenta de que se encontraba en su auténtica forma. Todo lo que la rodeaba poseía una tonalidad azulada y lechosa. Borrones de movimiento zumbaban junto a ella, procedentes de su retaguardia, perdiéndose a lo lejos, arrastrados por algún tipo de corriente invisible.

No, no los arrastraba ninguna corriente. Ellos eran la corriente. Siguió una estela con los ojos, lo bastante rápido como para ver los contornos mercúricos y la resplandeciente luz interior propios de un espíritu del río elemental. ¿Estaba en la Umbral? Era probable, pero parecía distinto a cualquier otra de sus incursiones en la Penumbra. Estaba más adentro.

Olfateó el aire y éste no era tal, sino agua. No la asfixiante agua fría y oscura que había tragado antes. Ésta era vigorizadora, límpida, y transportaba oxígeno nutriente a sus pulmones, como si de aire se tratase. No, mejor que el aire. El agua también contenía

olores. ☞ qué olores! Ojo de Tormenta podía oler los bancos de peces corriente arriba, y las ranas, y la hierba. Y la lluvia estival y el deshielo de primavera de las que se alimentaban las plantas. También podía oler lo que había corriente abajo. Inmensas desembocaduras a un océano tan profundo que cubría al mundo. Enormes ballenas y calamares gigantes que nadaban en sus simas como hicieran mucho antes de la locura de la Tejedora y la rabia del Wyrn. Aquel era un río importante, sin duda.

No era ninguna Theurge, pero Ojo de Tormenta sabía que aquel era un momento especial, y se dejó maravillarse por él. Permitted que las aguas refrescantes fluyeran dentro y fuera de ella. Cerró los ojos. Se sintió en paz. Era...

Un dolor lacerante en la espalda terminó con su ensueño y se volvió para ver una cinta de sangre escarlata que manaba de ella y se alejaba con la corriente. Las marcas de los mordiscos de su espalda ardían como la plata; todos sus músculos se tensaron a medida que aumentaba la agonía.

—¿Por qué? —exclamó, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Por qué no puedo detener a este lobo del Wyrn? He exterminado a fomori, a Danzantes, a Perdiciones y a monstruos de la plaga a lo largo de mis diez inviernos. ¿Por qué es diferente este ser lobo?

La voz que respondió era sobrecogedora, profunda y aterradoramente silenciosa.

Las respuestas a tu pregunta yacen en tu interior.

Comenzó a ascender.



Ojo de Tormenta rompió la superficie del río y tragó una bocanada de aire dulce. Se dio cuenta de que estaba en forma de Homínido cuando pataleó en el agua y se aclaró los ojos con una mano.

—¡Cuidado! —Era Julia Spencer en forma de Crinos, gritando desde la proa del *May Belle*, que se abalanzaba sobre Ojo de Tormenta a toda máquina. Agitó una mano, antes de estirar su largo brazo marrón y tenderle una pértiga—. ¡Ógete!

Ojo de Tormenta no tuvo tiempo de preguntarse cómo había terminado delante de la embarcación después de haberse caído por la borda. Se estiró y asió la pértiga en el preciso instante que iba a resultar arrollada. Julia tiró de ella con fuerza, izándola por encima de la barandilla. Ojo de Tormenta cambió a Crinos en cuanto hubo aterrizado, ya que saltaba a la vista que se estaba librando una batalla.

Tras el puente de mando de la embarcación, Carlita y Grita Caos, ambos en sus respectivas formas guerreras, se enfrentaban a una nueva bestia del Wyrms. Se asemejaba a una mujer humana, si bien su cintura era demasiado diminuta y sus caderas demasiado anchas. Se cubría con cuero negro y reía como una histérica. De dos grandes tajos que rezumaban en su espalda se extendían cuatro largas alas transparentes de insecto. De otros cortes más pequeños en las palmas de sus manos, restallaban largos tentáculos negros, todos ellos rematados con un afilado aguijón. Ojo de Tormenta sabía reconocer a un fomor, un humano que le había vendido al Wyrms la poca alma que tuviese, cuando lo veía.

Grita Caos embistió al ser, arrojándose sobre él con las garras extendidas. Con un sobrecogedor zumbido de sus alas, la mujer saltó a tiempo y esquivó el ataque. Por suerte, el metis se zafó del contraataque. Los tentáculos punzantes golpearon a escasos centímetros de él. Carlita intentó aprovechar la distracción de la

fomor y lanzó una estocada con su daga colmillo, apuntada a las amplias caderas. De nuevo, el ser se alejó volando.

Ojo de Tormenta miró a Julia, que asintió con la cabeza. Un instante después, la Theurge se desvanecía en la Umbra, pero Ojo de Tormenta ya había dado el siguiente paso.

—¡Las alas! —gruñó a sus jóvenes protegidos—. ¡A por las alas!

Los Garou ni siquiera miraron en su dirección, se limitaron a actuar. Carlita describió un círculo y apuñaló de nuevo al engendro con su daga colmillo, que una vez más ascendió lejos de su alcance. Mas en esta ocasión Grita Caos estaba preparado y propinó un zarpazo en la dirección en la que intuyó que iba a volar. Sus garras golpearon el borrón que zumbaba debajo del fomor y las alas quedaron reducidas a jirones. El ser lanzó un chillido y se desplomó sobre la cubierta.

Ojo de Tormenta se sumó a sus compañeros y, entre todos, acorralaron a la criatura. Estaba herida, pero seguía siendo letal; sus tentáculos rematados en punta surcaban el aire, listos para golpear. Estaba a punto de hacerlo cuando su cuerpo se estremeció de repente con una violenta tos. Flema y sangre brotaron de su nariz y de su boca, y el miedo centelló en sus ojos lechosos.

Julia. En la Umbra, atacando al espíritu Perdición enroscado dentro de la fomor. Gracias a Gaia.

Otro acceso de tos sacudió el cuerpo del ser, que levantó los brazos para efectuar un último ataque desesperado. Ojo de Tormenta ladró la orden y sus camaradas y ella actuaron al unísono. Saltó en forma de Hispo mientras Grita Caos empleaba sus temibles garras de Crinos. Carlita, por su parte, golpeó desde abajo, hundiendo su daga colmillo en la carne del Wyrn. Inmersa en una sangrienta tormenta de furia Garou, la fomor lanzó un alarido y murió.

El aullido de victoria fue largo y glorioso, roto tan solo por la súbita aparición de una voz nueva.

—Y yo que venía a ayudar. —Un joven alto (nativo americano, a juzgar por su amplio rostro, piel tostada y larga melena negra) se erguía al otro extremo de la cubierta. El aire vibraba tras él, por donde había caminado de lado para salir de la Umbra. Su torso desnudo desplegaba un impresionante cuervo tatuado. Portaba una lanza larga y se conducía como un guerrero—. Me llamo John Hijo de Viento del Norte. Antonine Gota de Lágrima me envía para recogeros.

Capítulo trece



El clan del Cruce del Caribú estaba más que despierto. Una hoguera ardía con fuerza, visible desde kilómetros de distancia. El coro de voces de lobo y humanas que la rodeaba podía escucharse desde aún más lejos. Cuando Ojo de Tormenta hubo coronado la colina que se alzaba al sur del túmulo, al borde de las señales olfativas que delimitaban el poblado, pudo ver las siluetas de Homínidos, Glabro y Crinos que danzaban alrededor del fuego. Los Garou Lupus formaban una manada numerosa a unos cincuenta metros de distancia, llamando a las bestias y a los espíritus con un aullido solemne. Una de las canciones sonaba más nítida que las demás; de alguna manera, capturaba la resonancia del viento y la piedra con exactitud, y parecía que el mismísimo aire vibrase. No era el aullido más alto ni el tono más agudo, pero Ojo de Tormenta reconoció sin ningún problema la voz de Oído por Gaia.

Corrió a paso largo hacia la manada de cantantes. Su primer instinto fue el de unirse al coro, llevar su propio relato al viento y al firmamento. *Somos los guerreros de Gaia, los hijos de Grifo y Uktena, de Caribú y Luna*, aullaban. También ella lo era y

anhelaba proclamarlo de viva voz... pero se contuvo. Se contuvo porque resonaban otras canciones en sus gachas orejas de lupino, canciones que hablaban de vergüenza y desdén. *Ojo de Tormenta Más Sabia que Gaia*, la zaherían aquellas canciones desde el coro de su recuerdo. *La que convierte a los lobos en hombres*. Ojo de Tormenta se tumbó en la colina y asistió al majestuoso concierto, forastera entre los suyos.

Su taciturnidad impidió que lo apreciara al detalle pero, al parecer, la asamblea era un acontecimiento sonado. Además de a Oído por Gaia, el grupo de voces lupinas incluía a otra media docena de Galliard de rango elevado, todos ellos cantando acerca de sus propios tómulos y manadas, diseminados por el norte de Canadá. Los hombres lobo de menor rango (en su mayoría Garras Rojas u otros descendientes de lobos) respaldaban con sus voces a aquellas personalidades insignes. Los descendientes de homínidos se concentraban alrededor de la hoguera. Entre ellos se contaban varios Uktena, a juzgar por las marcas tribales que exhibían, así como algunos Wendigo y Furias Negras. Una mujer, su pelaje de Crinos negro y plateado a la luz del fuego, empuñaba un klaive grabado con las inscripciones de Uktena y Caribú. Resultaba evidente que ostentaba cierta posición y era merecedora de deferencia, puesto que incluso un joven Wendigo Ahroun, atrapado por el frenesí de la danza del fuego y la luna llena prendida en lo alto, se apartó cuando ella quiso salir del círculo.

Ojo de Tormenta tardó algunos minutos en percatarse de que la Uktena acudía a su encuentro. La mujer se encogió a su forma de Glabro cuando hubo llegado a escasos pasos de distancia y se arrodilló para observar a Ojo de Tormenta.

—El viento susurra historias acerca de ti, cachorra extraviada.

Hacia muchos inviernos que nadie llamaba cachorra a Ojo de Tormenta, y no le hizo ninguna gracia. Antes de que tuviese

tiempo de reflexionar, estaba enseñando los dientes en actitud de protesta. La Uktena apenas parpadeó ante aquel reto, se limitó a sostener la mirada de la enorme loba iracunda y a hablar con voz sosegada.

—¿Quieres acobardarme igual que haces con los lobos, cachorra?

La rabia y la vergüenza se mezclaron en el interior de Ojo de Tormenta, convirtiéndose en pesar. Su cabeza volvió a pegarse al frío suelo.

—Antes de que hagas lo impensable, cachorra, recuerda que antaño te llamaban Hija de Dos Mundos. No es poca bendición. —La Uktena se incorporó y comenzó a alejarse. Cuando se hubo reincorporado al baile cerca del fuego, añadió—: Te sugiero que procures merecértela.

Al día siguiente, cuando los bailes y las canciones se hubieron terminado y los celebrantes se encontraban descansando, Ojo de Tormenta se acercó al Garras Rojas Galliard que había venido a ver desde tan lejos. Sabía que el propósito real de la asamblea (sin duda algo de suma importancia, para haber congregado a tantas personalidades) comenzaría sin retraso al caer la noche. Si quería disponer de la atención de Oído por Gaia, tendría que ser en ese momento. Encontró al gran lobo gris y marrón merodeando cerca de los restos de las hogueras, olisqueando las cenizas.

Levantó la cabeza y la miró cuando ella se hubo acercado a diez metros de él, gesto que indicaba tanto que había sabido que ella estaba allí desde el principio y que se apresuraba a proclamar su posición de superioridad. Ojo de Tormenta apartó la mirada y la clavó en el suelo, indicando que se daba por apercibida. Cuando también él hubo apartado la mirada, se acercó.

Saludos, cantante, saludó, con afecto contenido, *tu voz es fuerte y clara.*

El Galliard acarició a Ojo de Tormenta con el hocico, como si de una cría se tratara.

Saludos para ti, hija.

Hacía varios inviernos que Ojo de Tormenta no veía a su padre, desde que Mephi Más Veloz que la Muerte y ella hubiesen partido para vengarse de Socava al Wyrn, desde que había vuelto a correr con los lobos. Debería rendirse a él como alfa, como habían hecho los cachorros ante Lucha contra el Oso. En vez de eso, su corazón se aceleró al sentir su roce cariñoso.

Estás preocupada, hija.

Ojo de Tormenta se tensó, como dispuesta a atacar. Su padre estaría en su derecho si la inmovilizara contra el suelo y le aplicara una severa reprimenda.

Has escuchado el viento.

El viento cuenta muchas historias, repuso Oído por Gaia con un zangoloteo ausente de la cola y un gañido, que precedieron a una dura mirada que atravesó a Ojo de Tormenta. *Cuéntame la tuya.*

Así lo hizo. Sin disculpas ni adornos, sin vacilación ni desafío. Cómo había corrido junto a la manada de lobos que la había visto nacer y se había sentido más libre que en ninguna lucha contra el Wyrn o la Tejedora como Garou. Cómo se había unido a Lucha contra el Oso y había esperado tener cachorros con él. Cómo le había asaltado la tristeza al ver que decaía su salud, en estridente contraste con el inmerecido vigor de ella. Cómo sabía que él sería olvidado por lobos y hombres lobo por igual cuando no consiguiera regresar de la caza; cuán injusto era aquello. Cómo se merecía una muerte heroica, mucho más que ningún lobato alocado que pereciera en alguna insignificante escaramuza en un pozo del Wyrn para ser celebrado como mártir de Gaia. Quería que su hermano

lobo tuviera lo que se mereciera, al diablo con la tradición. Que los vientos la llamaran estúpida, no se avergonzaba de ello.

Cuéntame, repitió su padre, con una firme mirada.

Ojo de Tormenta se esforzó por encontrar los gestos y las miradas que pudieran comunicar lo que sentía, las profundas verdades que exigía su padre. Por fin, recurrió al idioma de los Garou.

—Sólo que recuerdo cómo siempre me desafiaba, hasta que lo acobardé. Él no quería ir, y yo le obligué. Ahora, nadie va a cantar su canción y... Y no sé. —Las palabras, tan humanas, amargaban en su boca de loba.

Oído por Gaia se sentó y su pelaje claro y plateado comenzó a fluctuar. Crecieron los brazos y los hombros, se retrajo el hocico. Cambiaron los ojos y las orejas se replegaron a los costados de su cabeza mientras cambiaba a forma homínida ante la mirada de su hija. El pelaje se ocultó bajo la piel y una larga melena negra y gris se derramó de su cabeza. La trenzó mientras hablaba, antes de echarse un grueso abrigo sobre los hombros.

—¿Has oído la historia de las grandes piedras erectas, hija?

Ojo de Tormenta ladeó la cabeza tan sólo para decir «No», pero no podía ocultar la ansiedad que le producía ver a su padre con piel humana. ¿Era el mayor bardo lunar de aquellas tierras e iba a contar un relato con voz humana? Aquello no le parecía nada apropiado.

Oído por Gaia cerró los ojos por un segundo, antes de comenzar el relato.

—Hace mucho tiempo, antes de que hubiera ciudades en esta tierra, antes del Impergium y la Guerra de la Rabia, antes de que la Tejedora extendiera tanto sus redes, muchas cosas eran distintas. Entre estas cosas se contaban las piedras. —Movié el brazo

como si quisiera abarcar el horizonte—. Has visto las grandes piedras que se yerguen en las llanuras del norte.

Así era. Inmensos cantos de entre nueva y doce metros de diámetro que se erguían lejos de cualquier curso de agua y de cualquier otra piedra en medio de las estepas subárticas donde cazaban los lobos del norte. Algunos decían que habían sido depositadas allí hacía mucho tiempo por los glaciares, aunque había quien defendía otras versiones. Al parecer, su padre era uno de éstos.

—En la antigüedad, las piedras eran igual que los lobos o los osos, grandes cazadores. Eran temibles, y poderosas, y rebaños enteros de caribúes les servían de alimento. Surcaban las llanuras y la tierra se estremecía. Ningún lobo podía atravesar su piel de piedra, por lo que cazaban a su antojo. Incluso los Garou tenían que inclinarse ante su poder. Mas, como tantas grandes criaturas, las piedras pecaban de orgullosas. —Oído por Gaia bajó la mirada, cariacontecido—. Creían que era indigno de ellas seguir a los rebaños de caribúes, siempre tras los pasos de unos insignificantes herbívoros. Se cansaron de aquello, alzaron el rostro hacia sus montañas abuelas y dijeron: *«Ellos no siguen a los rebaños de caribúes. Si ellos no lo hacen, nosotros tampoco»*. Y así, dejaron de hacerlo. Se sentaron allí mismo, para descansar. Se sintieron de maravilla. ¿Acaso no llevaban caminando tras los rebaños de caribúes desde que Gaia las invocara? ¿Acaso no habían demostrado su superioridad frente a las demás bestias, no se merecían un descanso por ello? ¿Acaso no podían volver a caminar de nuevo, si así se les antojaba? ¿Quién era nadie para decirles lo que tenían que hacer?

Se detuvo, como si esperara que su hija respondiera a la pregunta, pero Ojo de Tormenta no sabía qué decir.

—Exacto —continuó Oído por Gaia—. Nadie era quién. Los caribúes continuaron con sus migraciones y los lobos siguieron

cazándolos. Las piedras sintieron hambre al principio, pero su fuerza era tal que incluso podían olvidarse del hambre. Y así, siguieran sentadas. Y siguieron. Y siguieron. Hasta que, un buen día, una de las piedras vio a un águila que planeaba y deseó volver a caminar. El águila volaba veloz, y la piedra se dio cuenta de que añoraba ver lugares nuevos y recorrer las llanuras. Por eso, intentó moverse de nuevo. —El Galliard hizo una pausa, para mayor efecto dramático—. Pero, se preguntó, ¿cómo se mueve uno? Parecía algo de lo más complicado, y ya había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que lo hiciera. Escarbó en su memoria, pero no conseguía acordarse. Sabía que se había movido en el pasado, sabía que era capaz de ello, pero no podía recordar cómo hacerlo. Intentó acordarse durante muchos años, mas nunca lo consiguió. No tardó en olvidarse también del águila, y decidió que, para empezar, nunca había querido moverse. Por eso las piedras permanecen sentadas, inmóviles. Para siempre.

Oído por Gaia le dedicó una sonrisa a su hija y se incorporó. Se marchó para ocuparse de los detalles de la asamblea, dejando a Ojo de Tormenta sola con sus pensamientos.

Dedicó las horas siguientes a observar cómo se reunía la asamblea. La Uktena que hablara con ella era, sin duda, una Therurge de alto rango. Desempeñaba un papel importante en las convocatorias y los ruegos que acompañaban a todas las congregaciones de Garou. Mientras la luna despuntaba en el horizonte y el sol se hundía cada vez más, dirigió a los demás lunas crecientes en un gran Rito de Apertura del Puente, invocando a las Lúnulas para que abrieran un trémulo portal a otro emplazamiento sagrado. Ojo de Tormenta podía ser muchas cosas, pero maestra de la invocación de espíritus no era una de ellas. Con todo, incluso ella sabía reconocer un gran puente cuando lo veía.

Se concentró, cerró el ojo bueno y se obligó a ver con el otro. En su interior se abrió la consciencia y, cuando volvió a abrir el ojo sano, la Celosía se apartó para permitirle atisbar la Umbrá. Tan al norte, el Wyrm y la Tejedora quedaban muy lejos, y el frío Kaos ofrecía un hermoso espectáculo en su forma más pura. Las estrellas relucientes brillaban incluso más que en la oscuridad física. Un inmenso puente lunar se estaba formando en el centro del t́mulo. Las Lúnulas, enardecidas por la luna llena, surcaban el firmamento espiritual, formando un gran puente refulgente. La profética estrella roja brillaba a lo lejos; Ojo de Tormenta pensó que parecía mucho más radiante que la última vez que se había fijado en ella.

Ojo de Tormenta permitió que la maravilla del mundo espiritual la bañara igual que una brisa refrescante. Hacía mucho que no viajaba al otro mundo, e incluso el mero hecho de espiar por la Celosía constituía una delicia. Al mirar hacia abajo desde la majestuosidad de los cielos, podía ver que el suelo de la Umbrá estaba marcado por millares de huellas de pezuñas, marcas de los grandes rebaños de caribúes espíritus que se reunían en aquel lugar sagrado. Veía un racimo de ellos a lo lejos, pero conocía los relatos que hablaban del increíble número que se reunía allí durante el solsticio de verano. Contempló la gloria de Gaia hasta que el puente se hubo solidificado y escuchó que daba comienzo la asamblea.

—Guardianes de Gaia, invitados del Cruce del Caribú —comenzó el anciano Philodox de blanco pelaje, Thomas Ojos Serenos—. Bienvenidos. **S**omos la Nación Garou y no conocemos la derrota! —Los hombres lobo reunidos, una treintena larga, vitorearon y aullaron a modo de respuesta, levando sus voces al cielo—. Nos encontramos aquí porque ha recorrido el norte la noticia de que se está celebrando una asamblea en tierras de los

Fenrir. Existe una disputa entre los Fenrir y los Hijos de Gaia, y hay quien sostiene que Lord Arkady El que Conoce al Wyrm es el responsable. Cuentan que será prendido para pagar por sus crímenes. Nos han pedido que enviemos a un representante.

—Disculpe —intervino una voz joven, fuerte y humana—, pero ¿a nosotros qué nos importa? —El que así hablaba, pronunciando la pregunta que afloraba a muchos labios, era un joven de larga melena negra. Estaba sentado en el suelo, en forma de Homínido, cubierto tan sólo por unos vaqueros andrajosos. Adornaba su pecho el enorme tatuaje de un cuervo, dibujado al estilo de las tribus nativas de tierras lejanas. La primavera se aproximaba al verano, pero aquel era el norte y las noches distaban de resultar cálidas. No obstante, parecía sentirse de lo más cómodo al frío aire, y su carne conservaba un tono saludable, protegida quizá por algún espíritu del invierno. O por pura testarudez.

Ojos Serenos se tomó su tiempo antes de responder.

—Has viajado hasta aquí para aprender algunas de las costumbres de nuestro pueblo, los Wendigo, John Hijo de Viento del Norte, y las preguntas forman parte del aprendizaje. Pero también escuchar. —Se volvió para dirigirse a la multitud—. Hay un precio de sangre que saldar en todo esto, un Hijo de Gaia acogido que debe morir porque un Fenrir pereció mientras estaba al cuidado de su tribu. El líder de este túmulo de los Fenrir es Karin Jarlsdottir.

Ojo de Tormenta observó que muchos de los presentes reconocían el nombre, al igual que Ojos Serenos.

—Algunos de nosotros trabajamos amistad con ella hace varios inviernos, cuando se embarcó en un viaje por las tierras del norte, un viaje de aprendizaje similar al de John. Quizá otros hayan oído hablar de sus logros tras asumir el lugar de su padre como alfa del

clan de la Forja del Klaive. Todos sabréis que es una mujer sabia con la misión de ser juez y madre para una manada complicada.

—Querrás decir un puñado de chauvinistas malhumorados, anciano —añadió la Uktena Theurge, con una carcajada.

—Es una forma de decirlo, Sarah Camina por el Río —repuso Ojos Serenos, con una sonrisa—, pero este asunto reviste la mayor gravedad. El que un Garou asesine a otro Garou no es algo que deba tomarse a la ligera, ni tampoco los cargos contra Lord Arkady, acusado de ayuntamiento con el Wurm. Karin Jarlsdottir desea que asistan delegados al juicio, a fin de que las lenguas obsequiosas y los negros corazones no propaguen difamaciones acerca de sus actos. Sabia decisión cuando las tribus del hombre están implicadas.

Ojo de Tormenta no podía estar más de acuerdo. Los rumores, los escándalos y las mentiras eran legados que los Garou habían aprendido de sus antepasados humanos.

—Por tanto, Sarah Camina por el Río ha abierto un puente al túmulo de la Forja del Klaive, en las tierras del norte que los humanos llaman Escandinavia. Sólo necesitamos elegir a un observador que nos represente. Alguien que pueda viajar entre nuestro mundo y el de la Camada, que sepa utilizar los dones del juicio y la sagacidad. ¿Quién será?

Ojo de Tormenta pensó en los paisajes de la Umbra que había visto y en los largos viajes que había emprendido junto a los Garou. Hacía tanto tiempo, ya casi se le había olvidado cómo era... igual que una piedra a la que se le hubiese olvidado cómo caminar. No se dio cuenta de que se había ofrecido como voluntaria hasta que hubo reparado en la agitación de la cola de su padre.

Capítulo catorce



El protectorado de Catskills estaba atrapado en ese momento que separa al verano del otoño, cuando el bosque se encuentra al borde de convertirse en una feroz cacofonía de naranjas, rojos y amarillos, pero el sol sigue siendo cálido. Algunos árboles, proclives al cambio, ya se cubrían con abrigos granates, una pincelada de color que resaltaba en medio del verde exuberante del bosque.

Ojo de Tormenta podía oler que aquellos bosques rebosaban de vida salvaje. Las huellas de liebre, ardilla y mapache despertaban el apetito en su estómago, y una vaharada a esencia de ciervo sólo consiguió empeorarlo. Sabía que las presas de menor tamaño estarían fuera en gran número, aprovisionándose de víveres para los inminentes meses de invierno. Unos pocos giros de Luna y aquellas colinas se verían engalanadas de un blanco helado.

No obstante, aquella espesura no era prístina. Se apreciaba el tufo en el viento de los groseros motores de automóvil; Ojo de Tormenta sabía que una carretera importante bordeaba los

aledaños orientales de las colinas. Los humanos acudían allí para recrearse, tal y como atestiguaban las dispersas latas metálicas aplastadas y las ajadas bolsas de plástico. Esperaba que algún humano con sobrepeso se dejase caer por allí y los viera. Qué espléndido sería ver el terror en el rostro de la oveja con dos patas que se encontrara de bruces con cinco lobos enormes.

Habían estado de marcha casi todo el día, tras haber dejado a Little Al y al *May Belle* amarrados en un pequeño puerto fluvial. Desde allí, una rápida carrera lejos de las instalaciones humanas, hacia el bosque. Desde ese momento, habían avanzado en forma de lobo, atravesando bosques y pequeñas granjas, manteniéndose ocultos.

Ojo de Tormenta recordaba a Hijo del Viento del Norte de la primavera anterior en aquel clan del norte. Él abría el camino y Ojo de Tormenta le pisaba los talones. Los demás los seguían a cierta distancia, menos acostumbrado a permanecer tanto tiempo en forma de lobo.

¿Cuándo te fuiste del Cruce del Caribú?

—Al acabar la primavera, por ahí. —Incluso en aquella forma, el joven Garou se sentía incómodo con el idioma de los lobos y se decantaba por la lengua Garou—. Evan vino a buscarme y nos marchamos al sur.

¿Con Gota de Lágrima?

—No de inmediato. Creo que seguía en la Forja del Klaive por aquel entonces. No, pasamos un tiempo con el santón de Albrecht, y también estuvimos una temporada en el sudoeste. Pasar del Ártico a Arizona fue un cambio de tres pares de narices.

Viajas mucho.

Ojo de Tormenta pensó en sus recientes vagabundeos. Aquellos bosques también estaban lejos de su hogar, pero al menos

olían a Gaia. No como las dos ciudades infectas que había visitado en los dos últimos días.

—Háblame de ello. Evan no deja de enumerarme las excelencias de recorrer el ancho mundo. Para ver todas las tribus y multitud de clanes distintos. Para «ver por lo que combatimos», como dice él. —Saltó por encima de una valla de madera podrida y Ojo de Tormenta lo imitó—. Para él, todo es...

«*Sana el Pasado*». El Wendigo Evan hacía honor a su nombre, al parecer. Hacía todo lo que estaba en su mano por acercarse a las tribus. *¿Qué dicen tus alfas de esto?*

—Supongo que no les hace tanta gracia. Los Wendigo de donde provengo no son demasiado dados a compartir, me parece. Y creo que los entiendo.

En ese caso, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué lo permiten?

—Bueno, supongo que mi madre tiene algo que ver. Ella no es... no cambia, pero tiene cierta influencia entre los ancianos, y creo que Evan también. Parece que creen que soy especial o algo así, o por lo menos que me hace falta ver algo más de mundo. —Volvió la cabeza, quizá para comprobar que los demás no se rezagaban—. Por lo que a mí respecta, no sé, ya que así salgo de casa, ¿por qué no? O sea, antes no era más que un crío malcarado, con algo de suerte conseguiría una beca para jugar fútbol con los Beavers del estado de Oregón. Ahora, en fin, ahora tengo algo más.

Esto no es ningún juego, Hijo del Viento del Norte.

—Ya, ya lo sé. —La voz del Wendigo acarreaba una ambivalencia humana que desconcertaba a Ojo de Tormenta. Ningún Garou alcanzaba ni siquiera la corta edad de este párvulo sin haber saboreado la tragedia.

Corrieron el resto del camino en silencio.

Llegaron cerca del anochecer, cuando el sol rojo agazapado en el oeste estiraba las sombras entre los árboles, convirtiéndolas en oscuros estanques de noche. Los insectos revoloteaban en el aire que se enfriaba y Ojo de Tormenta podía sentir que la lluvia se acercaba sobre las colinas, agolpándose dentro de las nubes. También sabía que estaba en un lugar especial.

A lo largo de la pasada estación, había visitado una amplia variedad de túmulos. Desde los sencillos hogares de los lobos de los Pinos Celestiales y el Cruce del Caribú, hasta el abarrotado reducto de la Camada y el calvero urbano de los Moradores del Cristal londinenses. Sin embargo, era aquí donde la pureza de la tierra se hacía más evidente. Quizá fuese el contraste con la ciudad de la que había salido hacía escasos días, o incluso con la espesura mancillada por el hombre de los bosques circundantes, pero se sentía como si le hubiesen quitado un peso de encima.

El viento se abría paso entre las hojas con un melódico frufnú, el aire transportaba el fresco aroma del pino y el arce. Irguió las orejas ante el canto lejano de un arrendajo y el gorgoteo más cercano de un arroyo. La tierra bajo sus patas, rica tras un verano de vida y la caída de las primeras hojas, estaba embebida de una humedad deliciosa. Por primera vez en semanas, Ojo de Tormenta se sintió en paz.

—Guau —exhaló Carlita. Todos los demás habían reducido el paso a un trote y miraban a su alrededor sin disimular su asombro.

—Pues sí —dijo John Hijo del Viento del Norte—, es tope intenso.

Encontraron a Antonine Gota de Lágrima minutos después, junto al riachuelo que habían oído. Medía unos nueve metros de ancho y poseía una vigorosa corriente que sorteaba y cubría varias rocas de buen tamaño. Gota de Lágrima se encontraba en lo alto

de una de esas piedras, de pie en su forma rubia plateada de Cri-nos. Ojo de Tormenta vaciló a la hora de considerarla una forma guerrera, dado que no parecía alterar la paz del escenario. En vez de eso, se erguía con sus tres metros de gloria, ejecutando una serie de movimientos lentos y precisos. El agua corría junto a los dedos de sus pies, pero su equilibrio parecía seguro y giró con un brazo extendido.

Ojo de Tormenta había oído hablar de los Contemplaestrellas y de sus extrañas costumbres, de un arte marcial que llamaban Kailindo, basado en golpes rápidos y precisos y en la supresión de la rabia, según contaban algunos. Ella nunca lo había visto. Los Contemplaestrellas siempre habían escaseado en el norte, y no habían hecho sino volverse aún más escasos desde que los ancianos de su tribu se hubiesen retirado de la Nación Garou en los albores de la aparición de la estrella roja.

—Vaya, hola a todos. —Gota de Lágrima había abierto los ojos. Una amplia sonrisa enmarcaba sus dientes de lupino. Pisó de piedra en piedra y se encogió a Homínido cuando hubo llegado a tierra firme. En su forma humana, no parecía un gran guerrero ni un sabio, tan sólo un hombre de mediana edad de rostro curtido por los elementos. Llevaba el pelo negro descuidado y salpimentado con las primeras canas. Se cubría tan sólo con un taparabos, su torso exhibía la flaccidez y la falta de tono propias de la edad, pero sus movimientos eran fluidos y precisos. Dio una zancada y abrazó a Grita Caos, que asumió la forma de Homínido a su vez—. Gracias a Gaia, lo has conseguido.

El Hijo de Gaia parecía algo cohibido por la calurosa bienvenida.

—Este, gracias. Ha sido un viaje muy largo.

—La Forja del Klaive estaba siendo atacada cuando nos marchamos, Contemplaestrellas. —Ojo de Tormenta retuvo su

forma natal de Lupus, pero empleó la lengua Garou—. ¿Tienes alguna noticia?

—Poca cosa. El túmulo no ha sucumbido, pero no sé más. He intentado ponerme en contacto con Albrecht en varias ocasiones, pero no lo he conseguido. ¿Sabéis dónde está Mari?

—La, ah... —Grita Caos se atragantó con las palabras—. La hirieron. En Bosnia, creo. Mephi Más Veloz que la Muerte iba a llevársela a Albrecht.

Gota de Lágrima recogió un montón de ropa tirado junto a un árbol y se vistió; vaqueros desteñidos, una camiseta de los Orangemen de Siracusa y una chaqueta de lana. Sus movimientos perdieron su gracia acostumbrada, impedidos por la preocupación.

—Albrecht la habría traído aquí. O Evan habría dicho algo. Vamos a la cabaña.

Los Garou, todos en forma homínida a excepción de Ojo de Tormenta, trotaron tras el Contemplaestrellas siguiendo el curso del riachuelo. En lo alto de la elevación apareció una pequeña cabaña sita en un claro donde, si era posible, el aire olía aún más fresco. Ojo de Tormenta observó que una especie de catalejo sobresalía de una trampilla en el tejado. La misma preocupación que sin duda sentía Gota de Lágrima por esa tierra se dejó oír cuando volvió a hablar, sin mirar atrás.

—¿Qué le ha ocurrido a Mari, exactamente?

Grita Caos comenzó a responder:

—En realidad, no lo sabemos, es que... ella...

Ojo de Tormenta se atuvo a los hechos:

—Está luchando con un espíritu del Wyrn en su interior. La ha paralizado, pero volvió con un nombre del Wyrn.

—Sí, un nombre que no me suena de nada —añadió Julia Spencer—. Jo'cllath'mattric.

Cuando la última y antigua sílaba del nombre hubo escapado de los labios de la joven Theurge, Ojo de Tormenta sintió que el aire se agriaba en su garganta. Un olor acre a podredumbre y a muerte consiguió que se atragantara; un cacareo desquiciador resonó en sus oídos cuando atacaron los fomori.

Anguila fue el primero. Salió de detrás de un arce coloreado de oro y herrumbre, con una hedionda nube de olor a pescado vi-ciando el aire que lo rodeaba. Se agazapó ante Julia, la más próxima a él, y pareció que se quedara mirándola. Salvo por el hecho de que su rostro lechoso sólo exhibía un rasgo: un enorme fruncido que, muy despacio, floreció hasta convertirse en una serie de hileras superpuestas de dientes aserrados.

El grito procedente de John Hijo del Viento del Norte hendió el aire igual que una sierra que atravesara el metal. No se trataba de un grito de guerra formal, ni del ululante himno de los Wendigo que Ojo de Tormenta recordaba de sus días en los Pinos Celestiales. No, aquel era un aullido de rabia desatada, de furia y aversión que salían a la superficie, abrumando a la mente consciente del joven Garou y sumiéndolo en un frenesí asesino. Se ir-guió en su colosal forma de Crinos mientras gritaba; su negra melena dio paso a un pelaje gris oscuro que cubrió el tatuaje de su pecho. Cargó de frente contra la monstruosidad, con los ojos llenos de rabia.

Naz y Chico aparecieron a continuación, cayendo de una apertura en el cielo nocturno, a unos tres metros en el aire. El perro lombriz se abalanzó sin dudarle sobre Gota de Lágrima, que lo vio venir impertérrito. Cuando el ser hubo saltado buscando su pecho y su garganta, el Contemplaestrellas fintó, giró en redondo y asumió la corpulenta forma humana de Glabro. Apartó al perro lejos de sí sin proferir ningún sonido.

Grita Caos no tuvo tanto éxito con Naz. La mujer menuda aterrizó cerca del metis, que asumió su forma natural de Crinos sin dudarle ni por un momento. Embistió, con la cabeza gacha para golpearla con sus enormes cuernos de carnero, por lo que no vio ni olió la sustancia que relucía sobre la ampollada piel de la mujer. Ésta se movió igual que una torera algo lenta de reflejos y le propinó un golpe de refilón, que envió un torrente de la cobertura venenosa sobre el costado del Hijo de Gaia. Grita Caos profirió un alarido cuando la sustancia corrosiva le quemó el pelaje y la carne.

Durante el combate contra la fomor con alas de avispa, a bordo de la embarcación, Julia le había propinado el golpe de gracia al herir a la Perdición de su interior desde la Penumbra. El que esos fomori hubiesen surgido del mundo de los espíritus (algo que, según los ancianos, rara vez les resultaba posible) indicaba que disfrutaban de ayuda allí. Así pues, Ojo de Tormenta miró a la Moradora del Cristal Theurge junto a ella. Sin necesidad de que se lo pidieran, Spencer sacó un espejo de mano y ambas se adentraron en la Umbra. Carlita las imitó al otro lado del claro.

El mundo espiritual suponía tal contraste que las Garou tardaron un instante en sobreponerse. Por encima de todo, el reflejo en la Penumbra del territorio de Gota de Lágrima era una gloriosa sinfonía de colores y aromas. Los árboles hacían gala del verde más brillante que Ojo de Tormenta hubiese visto jamás, o componían un salvaje ramillete de sombras flamantes que anunciaban el otoño con la fuerza de unos clarines. Allí, el riachuelo era algo más que un río veloz; aparecía prístino y disparando esquirlas de cristal cada vez que se estrellaba contra las rocas jaspeadas. Mas, en las alturas, se fraguaba una tormenta. No la furia cinética de los espíritus del trueno, sino la rabia aciaga de la tormenta espiritual que se desatara sobre la Forja del Klaive. Si

bien aquella tormenta había parecido apropiada allí, ésta se veía distante y ominosa; un portentoso de las tinieblas que lo engullirían todo. Ojo de Tormenta tuvo la diáfana impresión de que estaban observando la misma tormenta que había azotado a la Forja del Klaive; de alguna manera, el paisaje de la Umbría cruzaba el océano.

La amenaza más inminente, no obstante, la constituía la nube negra que borboteaba en medio del calvero. Ondulaba igual que la tinta encima del agua, formando ondulaciones y remolinos de una oscuridad tan completa que parecía anular el color que la rodeaba.

—¿Qué demonios? —Carlita, al otro lado de la nube, se adelantó, daga puñal en ristre.

—**El** lobo! —Ojo de Tormenta sabía lo que iba a ocurrir a continuación y saltó a su derecha, distanciándose de Julia para proteger a la Moradora del Cristal. De repente, la nube se desplomó para dar forma al correoso y mortífero lobo del Wyrn que llevaba acosando a Ojo de Tormenta desde que diera comienzo todo aquello. Ya surcaba el aire cuando se reformó y voló en dirección a las Garras Rojas, sin vacilación. Ojo de Tormenta rodó con el impacto y vio que el Danzante de la ciudad de Nueva York había aparecido con el lobo. Ladró su aviso a Carlita y a Julia, antes de que el lobo se ensañara con ella.

Mordía y se agarraba con la furia de un frenesí asesino, pero Ojo de Tormenta consiguió zafarse de él antes de que consiguiera imprimirle más que algunos arañazos. El lobo saltó de nuevo y, de nuevo, Ojo de Tormenta lo apartó con sus poderosos brazos de Crinos. La confianza la inundó ante aquella pequeña victoria. **¶** a derrotar a aquel engendro, aquí y ahora! En ese momento, pisó el agua corriente. Se dio cuenta de que no había estado repeliendo al lobo, sino retrocediendo frente a sus ataques. Echó un rápido

vistazo sobre su hombro para confirmar que, en efecto, la había acorralado contra el río, tal y como haría un lobo experimentado con una presa desprevenida.

En cuanto se hubo vuelto, supo que había cometido un terrible error. El lobo saltó, exhibiendo todo el control del que antes parecía que careciese, y le hundió sus largos dientes donde se juntaban el hombro y el cuello. La carne y el pelaje del Crinos la protegieron en parte, pero sintió que los puñales de oscuridad se hincaban en ella. El lobo comenzó a revolverse y Ojo de Tormenta se cayó a los rápidos. Su sangre dibujó una cinta escarlata en medio del agua cristalina.

El lobo lo había sabido. Había sabido que ella apartaría la mirada. Había sabido que se confiaría y se volvería descuidada. Había sabido cómo iba a combatir y a atacar. Era como si el ser la conociera mejor de lo que cabría esperar en ningún enemigo, como si fuese un amigo, como si se tratara de un compañero de manada. En ese momento, mientras el lobo la empujaba hacia las rocas y el frío cieno, recordó su primera cacería como loba. Y al oso que había matado su hermano. De aquella misma manera.

—¿Lucha contra el Oso? —Su voz era un gorgoteo entre dientes, pero sintió que el lobo del Wyrn se crispaba.

Había reconocido su nombre.

Capítulo quince



Ojo de Tormenta visualizó todo lo que había ocurrido mientras se hundía en el río espiritual. Lucha contra el Oso, su compañero de camada, su macho alfa, el favorito de todos sus lobos, se había vendido por entero al Wurm. Los lobos fomori no eran algo inusitado; los ancianos Garras Rojas contaban que los Danzantes de la Espiral Negra los utilizaban como sementales, al igual que solían hacer con los humanos enfermos y dementes pero, que un Garras se rindiera a la fuerza del mal, era inimaginable.

Sí, inimaginable.

No era una voz, como tal. Era el idioma de los lobos, la mezcla de movimientos, vocalización y olores que constituía la impronta del auténtico lobo. Reconocía al orador. Era Lucha contra el Oso. Aquel tipo de comunicación debería haber sido imposible, claro está, sobre todo si se tenía en cuenta que estaba mordiéndole el cuello y el hombro. No había forma de que Ojo de Tormenta pudiera verlo ni oírlo, y las aguas espirituales se llevaban todos los olores. Mas ésa era la Umbra, al fin y al cabo, un reino en el que la diferencia entre el pensamiento y la realidad era mucho más

fluida que en el mundo físico. Había oído historias acerca de algunos Garou que hablaban sin emitir sonido, sin moverse y sin desprender olor alguno, gracias a su vínculo mental y espiritual. Si aquello era posible, ¿por qué no aquel tipo de telepatía en la propia Umbra?

Inimaginable. Repitió la «voz» de Lucha contra el Oso, y Ojo de Tormenta supo que alguien le había dicho lo mismo en otra ocasión.

Sarah Corre por el Río. La Uktena Theurge del Cruce del Caribú había empleado aquella palabra. Había estado hablando acerca de entonar la endecha por Lucha contra el Oso, ¿no era así? Había querido decir que los lobos de verdad, parientes o no, no actuaban impulsados por la gloria. No pensaban en aquellos términos. Jamás.

¿Jamás?

La voz era burlona y amarga, y consiguió que la enormidad de los crímenes de Ojo de Tormenta aflorara a su memoria. Había obligado a Lucha contra el Oso a asesinar al cazador de lobos. Le había obligado a morir como un guerrero aun cuando él no supiese lo que significaba esa palabra. Le había mostrado, en sus minutos finales, el terrible mundo de la guerra y la causa, de la búsqueda de la gloria y el odio por el enemigo. Había convertido lo inimaginable en factible. Le había impuesto una consciencia y una carga que eran su derecho de nacimiento, no el de él.

Y así, debían de haberle asaltado otros pensamientos. Tristeza, quizá. Dolor, sin duda. Dolor porque su hermana y hembra alfa lo había empujado a una muerte que no le correspondía. Y con la tristeza y el dolor había venido el...

Odio.

Ojo de Tormenta sentía cómo el río tiraba de ella, sumergiéndola deprisa en el mundo espiritual. El lobo del Wyrn, Lucha

contra el Oso, mordía y desgarraba su carne; supo que había sido ella la que se había ganado a pulso aquella traición. El odio que sentía hacia ella se había convertido en un odio hacia todo, en un deseo por destruirlo todo y a todos. Y aquel odio universal tenía un nombre. Se llamaba Wyrn.

Una tristeza abrumadora engulló a Ojo de Tormenta y floreció a su vez en odio y rabia. Aulló en las aguas espirituales y apenas se percató de que no estaba asfixiándose. En vez de eso, bregó y se giró, arrancándose su propia carne a fin de encararse con el ser en que se había convertido el mejor lobo de su manada. Atacó a la oscuridad que era ahora su hermano, y desfalleció. Desfalleció a la vista de aquel terrible final. Desfalleció por la vista de la muerte de la manada del Sol Estival, hacía dos inviernos. Desfalleció por la desaparición de Mephi Más Veloz que la Muerte, su único amigo entre los Garou. Desfalleció por su padre, que con tanto cariño la llamaba «Hija de Dos Mundos» aunque supiera que estaba ciega en ambos. ¿Por qué le había concedido Gaia aquel recuerdo si no servía más que para catalogar su dolor? ¿Por qué tenía que llegar el cambio con aquel infierno humano de lástima y remordimientos? ¿Por qué no podía ser una auténtica loba y olvidar?

Puedes.

Ojo de Tormenta, furiosa porque aquel negro engendro tuviera acceso a sus pensamientos, arremetió contra él con vigor renovado. Le arrancó aceitosos pedazos oscuros y, con cada uno, sintió cómo se aliviaba la carga que pesaba sobre ella. El dolor de su Primer Cambio se desvaneció igual que la niebla por la mañana. Se acabó la soledad tras ser rechazada por la manada y encontrada por los Garou. La repulsión al ver las primeras trazas del Wyrn en el mundo... nada. El deseo de amasar gloria a los ojos de su padre y la ira por no conseguir acaparar nunca toda su

atención... nada. La enloquecedora y amarga ansiedad de la traición cuando Arrancabrazos hubo abrazado al Wyrm... nada. La angustia, terrible y sobrecogedora, cuando el resto de la manada del Sol Estival hubo muerto a sus manos... nada. La negra y odiosa necesidad de venganza... nada.

Nada, ni siquiera el ser al que estaba descuartizando. Una parte de sí sabía que había sido importante para ella, pero ahora sólo era una amenaza a exterminar. Algo que quería impedir que se alimentara. Algo que matar.

Las aguas espirituales discurrían por encima y a través de ella y, por lo tocante a ella, así era el mundo entero. Aquel era todo el mundo... sin pasado, sin futuro, tan sólo un presente eterno. Sin dolor ni remordimiento. Sólo instinto. Se acabaron los porqués.

Dentro, dijo otra voz. Las respuestas yacen en el interior.

Ojo de Tormenta sintió que había oído antes aquella voz, en otro lugar como ése. Cuando miró hacia él, vio que el río poseía un rostro. La cara, compuesta de arremolinadas ondulaciones espirituales e hilachos de deshechos de la Umbra, era en parte puma y en parte ciervo. Poseía el cuerpo de una inmensa serpiente y unos ojos que lo veían todo.

¿Qué ves tú? La pregunta abrió la gran boca del río y brotaron de ella las imágenes. Lo primero en arrollar a Ojo de Tormenta fue una loba de oscuro pelaje rojizo y marrón que atravesaba el suelo helado en pos de una criatura negra y deforme.

Me veo a mí misma.

Vinieron otras imágenes, escenas de otras personas y otros lobos. Al igual que la primera loba, que ella, se encontraban en un mundo más sólido que ése, como un reflejo tangible del abstracto mundo impresionista que era el único que conseguía recordar. Era aquel un mundo de dolor y de gloria que ella llamó, con un súbito estremecimiento de la memoria, «físico».

Había cinco. Cinco seres como ella, lobos cambiantes.

¿Qué ves?

Uno era enorme y de pelaje gris, una masa de furia y músculos que sostenía una lanza larga y escupía su furia.

Veo a un guerrero.

Otro era más pequeño, de pelaje claro y corto, descuidado y moteado de rubio. Se contoneaba y giraba con movimientos gráciles, manteniendo a raya a un monstruo devorado por los gusanos.

Veo a un maestro.

Otro se enfrentaba a un monstruo que era todo dientes y lengua. Su pelaje gris y marrón aparecía marcado por cicatrices y quemaduras, pero seguía luchando. Dos cuernos enroscados coronaban su cabeza y le conferían el aspecto de algo extraño y, al mismo tiempo, maravilloso.

Veo a un alumno.

Dos más combatían juntas a un hombre de negro pelaje. Ambas mujeres, aunque polos opuestos. Una era esbelta y de pelaje marrón oscuro, sus movimientos diestros y organizados. La otra era más baja y desgarbada, y esgrimía una gran daga curva con rabia y precisión. Cooperaban para acorralar a la monstruosidad a la que se enfrentaban.

Veo a sabias mujeres.

Todos los miembros del pueblo lobo se enfrentaban juntos a sus enemigos, conteniéndolos, protegiéndose los unos a los otros. Sabía que la situación era delicada. Sólo era cuestión de tiempo antes de que uno de los monstruos lograra traspasar sus defensas, los agotara y se aprestara a asestar el golpe de gracia. Aun así, controlaban su miedo y se mantenían en su sitio.

Veo una manada.

Las aguas espirituales se arremolinaron de nuevo y volvió a ver su reflejo. Aquella loba roja oscura estaba ahora en el río, con un lobo negro encima de ella, mordiéndola. Era ella misma de nuevo pero ¿qué era ella? Y, ¿qué era el ser que tenía encima? La cuestión la martirizaba, ardían en medio de sus deseos de olvidar. Si se desprendía del recuerdo, se desprendería del placer así como del dolor, del honor así como de la desgracia. No podía hacer eso. No podía traicionar a los que peleaban, ni a los que habían combatido junto a ella en el pasado. Como había hecho Lucha contra el Oso.

Pensó en la cosa que tenía en la espalda y no conseguía olvidar. Era un enemigo, un monstruo, pero no podía desprenderse de los recuerdos del lobo que había sido su hermano, su alfa, su maestro, su compañero. ¿Había traicionado a Gaia, impulsado por la rabia y la soledad? No podía saberlo. Iba a enfrentarse a ese monstruo porque ése era su deber, pero no olvidaría a su compañero de manada. Nunca.

Los demás recuerdos regresaron de golpe. Recordó haber corrido junto a su manada, Mephi Más Veloz que la Muerte y Lucha contra el Oso. Recordó las victorias y las derrotas. Recordó haber gritado victoria sobre Perdiciones y bestias por igual. Recordó la alegría y la esperanza. A los amigos caídos, que no olvidados. Miró su propio reflejo y dijo:

Veo a una líder.

Miró al ser de su espalda y recordó otras cosas. A la Danzante de la Espiral Negra de la Forja del Klaive que había invocado a sus espíritus oscuros con un encantamiento susurrado y que había utilizado una cadena fetiche antes del ataque del lobo del Wyrm. Cómo el lobo del Wyrm había ido siempre a por ella, como si viniere de ella. Cómo resumía el odio y la ira que sentía ella. Cómo

Lucha contra el Oso nunca había albergado tales sentimientos, ni siquiera al final.

Veo mi culpa, no la suya.

La imagen cambió y vio la verdadera forma del ser: la de una Perdición con alas negras, con la cola deforma enroscada a su alrededor. Era igual que el ser del interior de Mari Cabrah, como los que había visto Mephi. Era su propio recuerdo, pervertido. Era la corrupción por parte del Wyrn de lo que ella sentía por Lucha contra el Oso, la violación del recuerdo de aquel gran lobo. No pensaba tolerarlo.

Veo a mi enemigo.



—[A] río! —El grito de Ojo de Tormenta brotó de sus fauces en cuanto hubo alcanzado la superficie del agua.

Los demás Garou respondieron sin bajar la guardia. John Hijo del Viento del Norte, lanza en ristre, rodeó a la fomor Naz y la empujó al flujo que ya bajaba formando un torrente. Julia y Carlita se arrojaron a la vez contra el Danzante de la Espiral Negra, que retrocedió para esquivarlas, hundiéndose en el agua que ahora desbordaba sus orillas. Grita Chaos se mantuvo en su sitio cuando atacó Anguila, para cambiar a su grácil forma de lobo en el último segundo y conseguir que el fomor errara el salto y se cayera al río.

Gota de Lágrima propulsó a Chico, el ser perro, por encima del hombro en dirección a la corriente.

Los monstruos emergerían en un instante para volver a atacar, pero nadie pensó en huir sino que, como uno solo, saltaron a la inundación. Ojo de Tormenta estaba allí y no tenían intención de

abandonarla. En cuestión de segundos, todos estuvieron inmersos.

Bajo la superficie, la Celosía que separaba lo sólido de lo intangible se diluía en nada y las aguas espirituales se mezclaban con las físicas. No tardaron en ver que los espíritus arremolinados formaban un gran rostro totémico. Flotaron allí, suspendidos por la tremenda corriente antes sus enemigos poseídos por el Wyrm.

—Uktena —susurró Julia Spencer. Carlita y Gota de Lágrima asintieron, pues reconocían al gran espíritu del agua que tenían delante. Era el tótem de toda una tribu, conocido por elegir a los justos y descartar a los viles. Creía en la sutileza y en la sagacidad, en el coraje en todas sus formas. Se enfrentaba al Wyrm en un baile eterno y esperaba que sus acólitos hicieran lo mismo. Verlo de aquel modo, flotar ante él o, para ser más precisos, dentro de su propia forma, constituía un inmenso honor, pero también podía suponer el preludio de un desastre. Sólo los dignos sobrevivían a aquellos encuentros.

Las imágenes acudieron a ellos como hicieran antes con Ojo de Tormenta. Veían más allá de los tres fomori y el Danzante de la Espiral Negra que flotaban delante de ellos en el aquí y ahora, y vieron muchos más enemigos. Las desatadas Perdiciones aladas que ululaban en una gigantesca tormenta que azotaba la Penumbra. Los Danzantes que atacaron la Forja del Klaive. El inmenso y corrompido espíritu del río Tisza, royendo una colosal cadena de Urdimbre, engendrando más y más de aquella nueva raza de Perdiciones. Y, enroscado en el suelo ensangrentado, vieron lo que estaba al final de aquellas cadenas, un engendro del Wyrm tan descomunal que podría devorar a toda la Nación Garou de un solo bocado. Tan vil que había sido olvidado por todos y que había aprendido a devorar la misma memoria. Uktena, el río, preguntó:

¿Qué veis?

Vemos al enemigo al que debemos enfrentarnos, respondieron los Garou, al unísono. *Vemos a Jo'clath'matric*.

Una siniestra cacofonía chirrió hasta brotar de las entrañas del Danzante de la Espiral Negra al escuchar el nombre de su patrono impío. Igual que el cristal digerido por una trituradora gigante, la canción oscura despertó ecos entre las aguas espirituales, infectándolo todo. Las aguas espirituales se arremolinaron y sisearon a causa de las tenebrosas reverberaciones y liberaron al Danzante de su presa de hierro.

Ojo de Tormenta reconoció el grito infernal de la Forja del Klaive. La Danzante había ahuyentado a los espíritus protectores de Guardián de la Tejedora con aquel mismo ruido negro, que allí creó una burbuja nociva libre de la esencia de Uktena. Las corrientes del tótem se precipitaban alrededor de la esfera maligna, zarrandeando a los Garou y a los fomori como si fuesen astillas en una tormenta, pero el único efecto fue que ascendieron hacia la superficie, dejando al Danzante de la Espiral Negra solo en el corazón del gran espíritu.

No, solo no. La Perdición que había atormentado a Ojo de Tormenta desde su estancia en la Forja del Klaive se enroscó alrededor de las piernas de su señor y se acomodó sobre los sedimentos del lecho del río. Estaba cambiando de nuevo, reasumiendo la forma usurpada de un feroz lobo negro.

¡No!. Ojo de Tormenta buceó, enfrentándose a la corriente embravecida del tótem espíritu, mientras el resto de su manada y sus presas salían despedidos hacia la superficie, cegados por las aguas. No podía permitir que aquellos seres permanecieran allí. Había abandonado su deber en demasiadas ocasiones. Había llegado el momento de actuar.

Como si quisieran responder a su convicción, las corrientes que la rodeaban cambiaron y la propulsaron hacia la burbuja de

odio. Podía escuchar la canción distorsionada en medio de las aguas espirituales, y se le rompió el corazón. Mas no vaciló, anduvo sobre el afilado borde de su rabia hasta que se hubo adentrado en la burbuja para aterrizar delante del aullador Danzante. Se tensó, esperando su ataque, pero éste no se produjo.

¿Qué ven?

Era la voz de Uktena, el río.

Nada, se percató Ojo de Tormenta. *No ven nada*. Uktena tenía fama de ser un tótem sutil que ocultaba a sus protegidos de espíritus enemigos. Ojo de Tormenta estaba beneficiándose de esa cualidad. La pregunta era qué hacer con aquella invisibilidad. No se hacía ilusiones de que pudiera permanecer oculta durante mucho tiempo; sin duda, no después del primer golpe. El Danzante era poderoso. Habían necesitado toda su fuerza combinada para mantenerlo a raya en Nueva York y, ahí abajo, Ojo de Tormenta estaba sola. Estaba en desventaja, igual que una liebre que se enfrentara a un lobo... o un lobo que se enfrentara a un oso.

Se encogió a su grácil forma de loba y rodeó al Danzante hasta colocarse detrás de él, con la Perdición enfrente. Saltó, como hiciera Lucha contra el Oso hacía tantos inviernos y, al igual que su compañero de camada, mordió con fuerza a su presa en el hombro y el cuello, provocando oleadas de pánico y de dolor. La primera reacción del Danzante fue intentar sacudírsela, pero lo único que consiguió fue desgarrar aún más su carne aceitosa.

La Perdición no estaba inmovilizada, no obstante. Mientras seguía intentando asumir la forma de Lucha contra el Oso, golpeó a Ojo de Tormenta. El Danzante de la Espiral Negra estaba al borde del pánico y, al parecer, ver a aquel inmenso lobo negro saltando sobre él bastó para empujarlo al vacío. Manoteó en todas direcciones y clavó sus garras aserradas en el lobo del Wyrn, extrayendo hilachos de icor negro de su carne.

La Perdición no se tomó bien aquel recibimiento. Se desplomó sobre el légamo del lecho del río, pero se levantó enfurecido. De un poderoso zangoloteo, abandonó la forma del lobo orgulloso que había robado y degeneró en la sinuosa serpiente negra alada que estaba condenada a ser. Con un chirrido estridente, voló derecha a por el Danzante de la Espiral Negra que se había atrevido a herirla y se enroscó alrededor de su garganta y su cabeza, acalando de cuajo su cacofónica canción.

Se produjo un sobrecogedor latido de silencio después de que muriese la última nota, antes de que Uktena ejerciera de nuevo su poder. Las aguas contenidas por la tenebrosa melodía se apresuraron a inundar y a purificar la burbuja, estrellándose contra los tres con la fuerza de una locomotora. Faltos de asidero, rodaron atrapados por la tremenda corriente. Las mareas espirituales tiraban de Ojo de Tormenta, pero se mantuvo agarrada a su presa durante varios minutos. El Danzante se debatía con la Perdición que le desgarraba el cerebro y con la loba que tenía sobre su espalda, en vano.

Ojo de Tormenta no lo soltó hasta que hubieron cesado sus movimientos.

Emergía, del fondo y del propio río espiritual. Atravesó la gasa de la Celosía en algún momento antes de encontrar la superficie y sentir cómo se le llenaba la boca de agua fría. Se atragantó y pugnó por respirar, pero lo que encontró fue un fuerte brazo que tiraba de ella para sacarla de la corriente y depositarla en la orilla.

—¿Estás bien? —preguntó John Hijo del Viento del Norte, su rescatador. Por toda respuesta, Ojo de Tormenta tosió y se sacudió el pelaje empapado.

—Gaia bendita —musitó Grita Caos, en las proximidades—. **M**irad! —Señaló de nuevo hacia el río.

Ojo de Tormenta se volvió, al igual que los demás Garou, y se sintieron bendecidos. La luz del sol, procedente del filo del horizonte occidental, debería haber mostrado un tono ambarino rosado, en lugar de reflejarse en el agua con un cegador fulgor blanco. El río, durante unos maravillosos segundos, fue de plata.

Capítulo dieciséis



—Esto sigue sin gustarme. —Carlita cogió un puñado de amarillas hojas resacas del suelo y las pulverizó.

Grita Chaos estaba sentado en el suelo del bosque, con las piernas cruzadas, observando a la menuda Roehuesos mientras paseaba de un lado para otro.

—¿Qué es lo que no te gusta, Hermana? Le hemos visto la cara al mismísimo Uktena, ¿recuerdas? Hemos derrotado a los fomori y Ojo de Tormenta se libró del Danzante y de la Perdición. Lo único que tienes que hacer es tomártelo con calma hasta que los ancianos estén preparados.

Se encontraban todos en la cima de una de las colinas que dominaban las quebradas que rodeaban al túmulo de la Mano de Gaia, cerca del lago Séneca. Habían acudido allí después de que se retiraran las aguas crecidas, y se habían despertado sobre el húmedo suelo fuera de la cabaña de Antonine Gota de Lágrima que, en aquellos momentos, se había ausentado para ultimar los detalles.

—Yo estoy con Hermana Guapa. —John Hijo del Viento del Norte llevaba una hora sin sentarse. Acudía cada poco al borde de la colina, para ver qué hacían los ancianos del túmulo, o paseaba inquieto, alternando entre las formas de hombre y de lobo cada pocos minutos—. No soporto esta espera.

—Sí, eso. —Carlita se volvió hacia Julia Spencer, sentada en un tocón, algo alejada de los demás. De alguna manera conseguía que su ropa no tuviera ni una arruga—. ¿Tú qué dices, chica? ¿A ti te gusta que te mangoneen así?

—No sé qué decirte. Todavía me hago un montón de preguntas. ¿Se convirtió el río en plata de verdad o fue un efecto de luz? Aunque así fuera, ¿era un buen o un mal presagio? Pero era Uktena con el que estuvimos, Carlita. Un tótem espíritu que no goza de fama por su naturaleza franca y sincera.

—A eso voy, odio que me manipulen, y eso es lo que hizo aquella cosa.

—¿Qué dices? —John Hijo del Viento del Norte saltó de la rama donde había permanecido sentado durante un tiempo récord de ocho segundos—. ¿Quién te ha manipulado?

—El gran U, por el amor de Gaia! Nunca habría ido a Nueva York de no ser porque un espíritu fluvial cabreado le echó el freno a nuestro mensajero habitual. No creo que fuera ninguna coincidencia. —Carlita se giró para asegurarse de que todos la escuchaban—. Me apuesto lo que sea a que algún espíritu fluvial o del agua tiene algo que ver con que todos vosotros terminarais aquí. Así es como funcionan este tipo de cosas.

Ojo de Tormenta, tumbada en forma de loba, vio en los rostros de todos cómo iban cayendo en la cuenta, uno por uno. Aún no conocía todas sus historias, pero podía imaginárselas. ¿En cuántas ocasiones había visto ríos y otros tipos de cursos de agua a lo largo de las últimas estaciones?

—Maldita sea, nos han utilizado —dijo John—. Gota de Lágrima y Evan se van a enterar!

—¿Y qué es lo que piensas decirles, Hijo del Viento del Norte? —Ojo de Tormenta cambió a su forma humana para encajar entre sus compañeros homínidos—. ¿Que piensas volver a tu vida de hombre? ¿Que renuncias a la piel cambiante?

—Ah, es... —El joven Wendigo miró alrededor, buscando el apoyo de sus compañeros—. Pero que pasa es que no me gusta que me tomen por tonto!

—¿El río te tomó por tonto cuando te arrastró? ¿O fuiste tú el tonto por no nadar?

—¿Cómo?

Ojo de Tormenta los miró a todos.

—Qué sencilla sería la vida si no hubiésemos cambiado, ¿a que sí? Vosotros viviríais vuestras vidas humanas. Yo correría junto a una manada de lobos, muy lejos de aquí. Haríamos lo mismo que hace todo el mundo y nos daríamos por satisfechos, ¿no es así?

—Supongo —espetó Carlita—. Pero cambiamos.

—Sí, así es, y no podemos corregir el pasado, por mucho que queramos. Igual que no podemos ignorar la corriente del río.

—Pero...

—Los ríos no utilizan a nadie, arrastran. Nos ha cogido y no podemos cerrar los ojos ante eso. Nos empuja hacia Jo'cllath'matric, y podemos luchar contra la corriente o dejarnos llevar para alcanzar nuestro objetivo. —Bajó de la colina a paso largo, hacia el corazón del túmulo, donde las llamadas de los ancianos se elevaban hasta alcanzar un timbre enfervorizado—. A lo largo de los últimos días, nos hemos enfrentado juntos a enemigos feroces y a nuestros propios miedos. He combatido contra un engendro del Wyrn que me abrasó con mi propia vergüenza, y triunfé gracias al coraje que me rodeaba. Si Uktena ha decidido llamarme, sea.

Tras algunos pasos más, se alzó en su majestuosa forma guerrera de Crinos. Levantó el rostro al firmamento nocturno y aulló las canciones de guerra de los Garou.

—Soy Ojo de Tormenta Hija de Dos Mundos, juez de la luna y Garras Rojas. Abrazo mi destino. Que tiemble esta bestia del Wyrn, Jo'clath'mattric, porque voy a por ella. —Se volvió hacia los demás—. ¡Igual que mi manada!

John fue el primero en sumarse al aullido, seguido de Julia, Carlita y, por último, Grita Caos. Desde abajo llegaba la voz de Antonine Gota de Lágrima y las de los Garou reunidos en el clan de la Mano de Gaia. Juntos, entonaron los solemnes aullidos de celebración que señalan la forja de una manada. Muy por debajo y, al mismo tiempo, por encima de aquella llamada, Ojo de Tormenta y los jóvenes Garou escuchaban la voz líquida del río.

¿Qué veis?, preguntó.

De nuevo, respondieron al unísono.

—Una familia.

Epílogo

Recordados y olvidados



Oído por Gaia se propulsó por los aires y aterrizó en lo alto de una de las gigantescas piedras erectas del norte de Canadá. Donde algunos no veían más que un enorme peñasco, él oía las historias de los que fueran grandes guerreros, caídos en desgracia por culpa de su orgullo. Mas esa noche, con Luna apenas una astilla en el firmamento, los espíritus del viento narraban otro relato. Un relato que él tendría que transmitir. Echó hacia atrás su cabeza de lupino y comenzó un aullido potente y glorioso.

Gaia, madre de todos nosotros, escúchame. Espíritus del cielo y de la tierra, escuchadme. Grifo, padre de nuestra tribu, escúchame. Lobos y Garou de todo pelo, escuchad mi relato y transmitidlo. Canto acerca de la gloria y la sabiduría de una de los nuestros. Canto acerca de Ojo de Tormenta Hija de Dos Mundos, media luna de los Garras Rojas, hija del túmulo de los Pinos Celestiales y sangre de mi sangre.

El resto de la manada de los seis inviernos, a unos cien metros escasos de distancia, se sumaron a aquella voz, sirviendo de coro

para su gran bardo lunar. Habla por los Árboles reconoció la dicha que sentía el Galliard al entonar la alabanza de su hija, y aunó encantada su voz a aquella llamada.

Ojo de Tormenta está bendecida con la sabiduría de Gaia y el coraje de Luna. Avanza hacia el Wyrn con decisión y sin miedo, atravesando su corazón. Ha formado la manada que Corre en el Río de Plata, bajo la mirada del misterioso Hombre Río Uktena en persona. Ha reunido a Moradores del Cristal y a Wendigo, a Hijos de Gaia y a Roehuesos. Los espíritus me cantan sus alabanzas y yo las entono para todos.

A la luz de la sabiduría de su Madre, ha reconocido sus errores y los ha convertido en lecciones. Ha forjado una manada con aquellos de los que antes se habría burlado. Se ha liberado de los grilletos del pesar y el orgullo y camina con el beneplácito de Gaia.

Es la Hija de Dos Mundos, hija de lobo y hombre, de espíritu y piedra. Que el Wyrn tema sus dientes y los Garou busquen su consejo!

Habla por los Árboles escrutó las profundidades del mundo de los espíritus. Levantó la mirada hacia los majestuosos pinos que estaban a su cuidado y vio emprender el vuelo a los búhos espíritus que allí anidaban. Transportaban la canción hacia el norte, hacia el Cruce del Caribú, a través de las tierras del norte. Las Lúnulas y los vientos salvajes no tardarían en imitarlos, y la Nación Garou, esparcida y dividida como estaba, oiría hablar de Ojo de Tormenta como habían hecho ellos.

Sólo rezaba para que Ojo de Tormenta y su manada de Plata sobrevivieran y pudieran oír la canción por sí mismos.



Todavía no le habían cambiado la ropa a Mick. Durante las veinticuatro horas siguientes a su despertar, medio asfixiado, sobre el limo que flota en la superficie del East River en septiembre, ni una sola de las personas que había visto había hecho ademán de ayudarlo. Su camisa de Versace y sus pantalones de Gucci se adherían a su piel pegajosa. Su cartera, junto al pasaporte y las tarjetas de crédito, había desaparecido.

Y se había olvidado de algo. De algo importante.

Había caído en la cuenta cuando el madero que lo había encontrado en los muelles le había preguntado cómo se llamaba. Había querido responder. De verdad. Pero no podía. Era como si hablar fuese algo que no hubiera hecho antes.

Después, cuando aquel poli hubo llamado a otros memos, lo único que había querido era reducirlos a trizas. Pero tampoco conseguía acordarse de cómo hacer eso. ¿Cómo se cambiaba?

Al menos, después de que los paramédicos hubiesen examinado las cicatrices de su pecho, depositadas allí con tanto cariño por la Señora hacía mucho tiempo, lo habían dejado al cuidado de gente que podría ayudar. Desde entonces, había permanecido en el laboratorio de Megadon, en Long Island. Ellos deberían ser capaces de ayudarlo.

O no. En vez de serle de ninguna ayuda, todos aquellos cretinos vestidos con batas de laboratorio se la habían pasado pinchándolo y auscultándolo. Mick sabía que debería tener aquella situación bajo control, en vez de soportar tantas inyecciones y análisis como una rata de laboratorio cualquiera. Sabía que había una palabra que podía devolverlo todo a la normalidad. Ojalá consiguiera recordarla. Intentó decirla, pero lo único que brotó de su garganta fue un graznido.

—Ja... Jak...

Así transcurrieron tres días. Los hombres de las batas blancas decidieron al fin desnudarlo y atarlo a una mesa de metal. Luego comenzaron a usar cuchillos. El dolor era amargo y falto de gracia, carente del cariz artístico que le había mostrado la Señora.

—¿Éste es nuestro huésped misterioso? —Su voz resonó en su cabeza con la fuerza de un trueno. Se volvió para verla en toda su gloria, de pie en la entrada del laboratorio. Cabello largo, negro como ala de cuervo, que envolvía un cuerpo de músculos tonificados. Cuero ajustado que ceñía dos metros de tal belleza que dolía mirarla. Sus ojos eran tan oscuros como el abismo, y estaban clavados en él. Sí, ahí estaba, por fin. La Señora Zhyzhak, elegida de los Danzantes de la Espiral Negra, cuya ferocidad sólo era igualada por la del propio Padre Wurm. Ella lo había criado desde el momento de su oscuro nacimiento, y ahora iba a salvarlo.

—Sí —respondió uno de los científicos—. Exhibe escarificaciones que recuerdan a las de vuestra colmena, *milady*, por lo que nos preguntamos si podrías identificarlo. Lo cierto es que nos tiene desconcertados.

Estudió a Mick con toda su vil inteligencia y éste le sostuvo la mirada, a la espera de la aprobación que supondría su salvación. O la reprimenda que le indicaría que estaba castigándolo por su fracaso. En vez de eso, no vio ningún indicio de reconocimiento en absoluto.

—No, doctor. Es la primera vez que veo a este hombre.



PHILIPPE BOULLE. Nació en Montreal (Quebec, Canadá) el 8 de septiembre de 1971, y su nombre legal es Philippe R. Boulle. Es diseñador de juegos de rol y escritor de novelas de fantasía y horror. Boulle estudió un Grado de Artes, Historia y Ciencias Políticas en la Universidad McGill y es padre de dos niñas (Charlotte y Elizabeth).

Empezó como editor en *Storyline*, aunque su carrera profesional le ha llevado desde la escritura por libre, hasta la ocupación de varios cargos dentro de la empresa White Wolf (desarrollador, gestor de editores, director de marketing). Siendo parte del equipo de White Wolf produjo varios manuales de sus juegos de rol y novelas para la serie de *Mundo de tinieblas*.

Posteriormente dejó White Wolf y en la actualidad trabaja para Relic Entertainment como desarrollador de juegos de rol, entre los que se encuentran el conocido *Warhammer 40.000: Marines espaciales*.

